

Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

Por J Agustín Chaho (*)

Traducida por «MARTIN DE ANGUIOZAR»

BAYONA

El viajero que recorre Castilla reconoce al primer golpe de vista la mezcla o más bien el residuo de las diversas poblaciones que la invasión guerrera y la conquista han hecho pesar desde hace cuarenta

(*) La segunda edición de esta obra, que es la que tenemos a la vista, fué publicada en Bayona, P. Lespés, Editeur, 12 Rue Chegaray, 1865. Puede ser consultada en la Biblioteca de la Sociedad de Estudios Vascos, Palacio de la Diputación, San Sebastián (Nota de la Redacción).

Al vertirla al castellano, nos es indispensable hacer constar que no siempre es posible solidarizarse con las opiniones emitidas por el autor hace cien años frente a una guerra que tanto exacerbó los ánimos de los contendientes en ambos bandos y que de ningún modo debe ser relacionada con los tiempos actuales. No obstante, nos hemos permitido limar ligerísimamente algunas asperezas que pudieran dar lugar a torcidas interpretaciones.

Agustín Chaho (1811-1858), ilustre hijo de Atarratze (Tardets), en Zuberoa, escribió entre otras obras: *Paroles d'un Biscayen aux libéraux de la reine Christine* (Paris, 1834, in-8.º); *Philosophie des révelations* (1835, in-8.º); *La propagande russe a Paris* (1837, in-8.º); *L'Espagnolette de Saint-Leu* (1841, in-8.º); *Agonie du parti révolutionnaire en France* (1838, in-8.º); *Philosophie des religions comparées* (Bayona, 1846, in-8.º); *Histoire primitive des Euskariens Basques* (Bayona, 1847, in-8.º); *Saffer et les houris espagnoles* (1854, 2 tomos, in-8.º); *Dictionnaire basque, français, espagnol et latin* (1856-1858, in-4.º), que dejó sin terminar, y *Voyage en Navarre pendant l'insurrection des Basques*, 1830-1835 (1.ª edición, 1836, in-8.º; 2.ª edición, 1865, in-8.º. (Nota del traductor).

siglos sobre la patria de los viejos Iberos. Múltiple y variada, enriquecida en mil fuentes, la lengua del inmortal Saavedra refleja a maravilla los tintes fisonómicos del carácter nacional; a la vez grave y sonora como la del orador romano e ingénuo como un dialecto visigótico, imita la pompa y el hechizo del morisco con las aspiraciones y sonidos guturales tomados de la aspereza del desierto. El Castellano, libertado de su esclavitud hereditaria por el federalismo pirenaico y la religión de Cristo, ha conservado del Celtíbero la sobriedad y los gustos sencillos; del Romano opresor, la altivez; del Visigodo, el instinto de un valor salvaje; del Moro, su genio exaltado, contemplativo, sus celos desenfrenados en el amor y la perfidia de sus venganzas. Hay que agregar a esas impresiones generales la que produce sobre el extranjero el aspecto de una tierra naturalmente fértil, pero inculta, con pocas aldeas y ciudades pobres en que vegeta una población agotada en su fuente por el libertinaje y la miseria. Ahí, bajo el más hermoso de los soles, el hombre duerme agachado en la ignorancia, sin nada de sociable y vivo si no es el culto supersticioso con sus legiones de curas y frailes (1); nada de monumental, si no son las iglesias. Al sonido incesante de las campanas, se creyeran voces aéreas encargadas de proclamar a cada instante del día el genio dominador de la comarca. Un soplo de maldición parece planear sobre esos campos áridos y esas ciudades solitarias donde se cree escuchar todavía la salmodia de los inquisidores y ver relucir las llamaradas de sus hogueras en medio de las plazas públicas (2).

Castilla tiene al Ebro por límite en el lado de los Pirineos. Este río permaneció navegable hasta la Edad Media; sus aguas han sufrido desde hace algunos siglos el mismo decrecimiento que las del Garena. Los montañeses vecinos de sus fuentes, cuentan que al acercarse las tormentas se escuchan profundos ronquidos en las entrañas de los valles, como si una lucha de fuegos subterráneos correspondiera a la agitación del aire exterior. El agua del río brota entonces turbia y humeante entre peñas. El Ebro conserva a distancia de algunas leguas el calor que aporta al nacer y jamás permanecen sus ondas cautivas bajo los hielos, reinando la más tibia temperatura en sus bordes. Pero en cuanto el viajero sigue su ruta hacia el norte, siente un aire, más vivo; se elevan colinas sombreadas de

(1) ?..... (Nota del traductor).

(2) Esta visión de Chaho correspondía a principios del siglo XIX (N. del T.).

bosques surcados por torrentes; los accidentes del terreno se multiplican y se yergue a sus miradas sobre un horizonte fantástico el anfiteatro de los Pirineos, cuyos declives pueblan los Vascos.

El viajero no ha hecho sino cruzar un río y la naturaleza ha cambiado de aspecto; el hombre, de fisonomía. Una escena completamente nueva despierta su curiosidad y, a poco que su imaginación soñadora se preste a ilusiones poéticas, podrá creerse transportado a una tierra inexplorada, bajo cielo lejano, en medio de un pueblo desconocido.

De Castilla a Vasconia es completo el contraste cautivador. No lo es menos del lado de Francia cuando, después de haber recorrido desde Burdeos esas landas arenosas donde erran como fantasmas entre pinos miserables pastores encaramados sobre altas pértigas y cubiertos de pieles de ovejas, el viajero franquea el Adur y penetra en los valles de los Vascos cispirenaicos. Recientemente libertado del yugo feudal, el Novempopulaniano habla un dialecto celta-romance fuertemente acentuado, que denuncia a la vez su servidumbre bajo los Romanos y su origen bárbaro. La villa de Bayona, situada en la frontera del País Vasco, acerca a los dos pueblos sin confundirlos, y la vecindad de las cabezas gasconas sirve para hacer resaltar mejor todo lo que la fisonomía del montañés pirenaico presenta de originalidad poética.

Los Vascos, hacia fines del siglo VI, expulsaron a los Francos de la Novempopulania, y la Aquitania recobró un instante su independencia a la sombra de su estandarte federal. Entonces los montaraces llevaron hasta el Loira el nombre de *Vasconia* (3), asignado antiguamente por los Romanos a la Navarra peninsular. Dos siglos después, los Vascones se vieron a su vez rechazados hasta los Pirineos por los Carlovingios; y el día en que el Euskariano (4), terminando sus luchas sangrientas por la victoria de Roncesvalles, se atrincheró definitivamente en sus límites actuales con el orgullo de su antiguo origen noble, con los misterios de su idioma patriarcal y su libertad secular, la Novempopulania no conservó otras trazas

(3) En bastardilla (N. del T.)

(4) Dice el autor al frente de su obra: «El lector hallará en este libro un boceto casi completo de la historia, costumbres y leyes de las tribus navarras y cántabras (I). He devuelto a los Montañeses su nombre histórico, el de Iberos; y su nombre original, el de Euskaros o Euskarianos). Nosotros nos hemos permitido suplantar el nombre de Iberos por el de Euskarianos o Euskaros cuando se refiere *exclusivamente* a éstos; y lo mismo haremos en el de Cántabros y Navarros, con lo que evitaremos confusiones (N. del T.)

del dominio protector de los Euskaros sino el nombre corrompido de *Gasuña*, convertido en proverbial merced a las agudezas del ingenio hiperbólico de los Gascones.

Los siglos de paz que siguieron para los Vascos desde sus guerras de la Edad Media y la expulsión de los Moros, habían dejado caer, a ese pueblo en profunda oscuridad. Los montañeses acaban de salir de ella con gloria por la insurrección y esa guerra de libertad de la cual Zumalacarregrui se constituyó en el Viriato. Los rumores más mentirosos acompañaron a su sublevación. Ignoro hasta qué punto el periodismo parisino pudo ser víctima de los errores que ha acreditado durante tanto tiempo y de la ilusión en que ha mantenido cuidadosamente a la opinión francesa acerca de las causas reales y del carácter distintivo de esta insurrección. La verdad traspasa por fin la nube; pero la prensa cuotidiana no se ha despojado aún del maquiavelismo idiota que ciertos órganos de nuestra *Babel* política manejan tal vez como profunda habilidad. Los sofistas habían pronunciado sentencia de muerte sobre un pueblo heroico, idólatra de sus instituciones igualitarias y de su nacionalidad original, no cesando de invocar contra él la brutalidad del sable. Fué entonces cuando la indignación arranco de mi pluma novicia (5) el folleto *Vizcaíno*. Defendí en él, con celo más ardiente que diestro, la causa santa de esos hombres libres que son mis hermanos, creyendo aún en la buena fe de los partidos. La sencillez del *Vizcaíno* hizo reír a los sofistas, y su imprudente franqueza hirió su vanidad. De todos modos la *Nacional*, súbitamente iluminada, advirtió la sospecha de que los montañeses euskaros combatían en el fondo por sus *doctrinas* y que la libertad virgen no envejece. Hizo a este respecto hasta un poco de historia inédita a expensas del *Vizcaíno* y cesó de presentarnos la federación de los Vascos como una institución, *añeja* en pugna con *métodos* de nueva invención. Esta conversación súbita valió al *Nacional* la polémica del *Monitor* oficial y los sinceros cumplimientos de la *Gaceta de Francia*. No me encargo de explicar por qué extrañeza el mismo diario, volviendo a su tema abandonado, se ha apasionado con la más viva ternura por el general Mina y trenza todavía laureles al estrangulador e incendiario de Lekaroz.

La llegada de la primavera y la entrada en campaña del viejo guerrillero reanimaron la confianza de su partido. Su talento real

(5) Agustín Chaho escribió y publicó la presente obra antes de cumplir los veinticinco años de edad (N. del T.)

y su fama popular prometían un rival digno de Zumalacarreghi; todo presagiaba acontecimientos decisivos y me apresuré a abandonar París con el pensamiento de unirme a la insurrección para llegar a ser testigo de las últimas victorias de, los Vascos o de sus primeros reveses. Recuerdo haber salido el 15 de Marzo, dejando a la guardia de Dios y del señor profesor Lerminier un libro mío recién aparecido bajo el título de *Filosofía de las Revelaciones*, exposición débil, sin duda, pero verdadera de la doctrina social y filosófica de las civilizaciones ibéricas personificadas en EL VIDENTE.

Cerca de Bayona rogué al conductor de la diligencia que me dejara en la carretera. Puso algunas dificultades. Tal vez suponía que mi intención era sustraerme al ojo vigilante de la policía al entrar solo en la ciudad. Esta precaución hubiera sido vana, pues no me pidieron pasaporte menos de cinco o seis veces. No pude dejar de reflexionar con amargura en que, desde el origen de las guerrillas navarras, hordas de innobles agentes habían ensuciado con su barro de París los matorrales de mis montañas. El policía francés, espionando bajo el vestíbulo patriarcal los misterios de un techo hospitalario, me pareció el más odioso símbolo de la servidumbre del Vasco desde el año 89.

Me detuve algunos instantes sobre la colina al pie de la cual parece bañarse Bayona en el Adur. La vegetación primaveral de las montañas imprimía al aire matinal un perfume de vida y de frescura. El tiempo era magnífico. El pico del Vignemale, el de Gers, el Orhi, en el territorio de los Vascos Suletinos, y el Larun, que domina a San Juan de Luz, son los puntos culminantes de los Pirineos, cuya cadena parece descender hacia el rincón del Golfo de Vizcaya para replegarse bruscamente y huir al interior de Guipúzcoa. Admiraba yo el amontonamiento caprichoso y la extraña arquitectura de estas montañas azuladas que la óptica acercaba a mis ojos; podía distinguir sus cimas dentadas dibujadas con precisión y gran nitidez sobre un horizonte sereno. Imaginé un instante ver sentada ante mí a la virgen Pirene, amante de Hércules, dejando caer al borde del Océano los pliegues de su vestido verde; vestido ondulante que era la provincia de Laburdi con sus retamas doradas, brezos y praderas, las aldeas desparramadas, los mil jardines, los ramilletes de árboles frutales y sus casas blancas con persianas rojas, respirando bienestar y limpieza.

Un puente echado sobre el Adur separa la villa de Bayona del

arrabal Santo Espíritu. Los *arrieros* que recorren las calles seguidos de sus mulos cargados, el aspecto de los almacenes y de los balcones que adornan la mayor parte de las casas, dan a Bayona un aire de ciudad española. Esta impresión se hace más sensible por el vacío y soledad que la ruina de su comercio deja reinar hoy allí. A mi entrada en la villa acentos de varias lenguas acudieron a mi oído, armonizando con lo abigarrado de su población. Los Gascones se hacían reconocer por su dialecto, por la energía cínica de sus juramentos y, sobre todo, por la trivialidad de su portante. Noté en los paseos públicos numerosos oficiales castellanos del partido de la reina, cuyo torpe portante y color aceitunado contrastaban singularmente con la buena facha, el aire marcial y la elegancia de los oficiales franceses. Algunos refugiados españoles envueltos en sus capas, fumaban el *cigarrillo* al sol, graves y taciturnos. Los Vascos que salieron por la mañana de las aldeas vecinas, llegaban por grupos alegres, y cada muchacha iba acompañada de su amante. Cintura de seda roja, chaqueta azul a la carmañola, boína azul inclinada a la oreja, corbata a la marinera, ligeras alpargatas adornadas de cascabeles, tal es el traje de rigor para un joven Laburdino en día de fiesta; la mayor parte se hacían distinguir, además, por la larga cabellera que nuestros montañeses han conservado mientras ha sido atributo de nobleza y signo distintivo de hombres libres. Marchaban, según costumbre, puesta la mano alrededor del talle de su linda pareja y el brazo enlazado. Una novia se llama en lengua vasca *emastegei*, futura esposa; un novio *senargei*, futuro marido; y los montañeses saben conciliar con la mayor libertad de amor la santidad de las costumbres patriarcales y primitivas.

¡Qué placer fué para mí volver a presenciar las costumbres de mi país natal; escuchar de boca de mis hermanos los sonos expresivos, las modulaciones originales de este idioma euskaro, tan misterioso, tan rico, tan perfecto! Seguía con mi vista a cada Vasco y hubiera querido hablarles a todos, ya que las escenas más indiferentes me inspiraban interés. Ví llegar una joven Laburdina: se detuvo a sacudir con un pañuelo el polvo de sus pies desnudos, se calzó coquetamente los zapatitos de terciopelo negro que tenía en la mano y, después, irguiendo su talla esbelta, dejó ver la más picaresca carita morena, un poco tostada por el sol. Su pañolón fino, artísticamente replegado detrás de la cabeza y anudado en roseta sobre la frente, iba sobrepuesto por pequeño sombrero de paja ador-

nado con cintas; tocado encantador que el capricho de la moda parisina honro ya con su sufragio y que el gusto alemán se apresuró a adoptar. Mientras soñaba en esas bonitas rubias de Alemania, tocadas a lo vasco, un suboficial de la guarnición se acercó a la joven y la dirigió algunas palabras aduladoras; ella contestó locuela y riende. Pero un observador peligroso, gallardo mozo de veinticinco años, en el cual el galante militar no había parado mientes, se hallaba a algunos pasos cruzado de brazos, apretando convulsivamente en su ancho pecho el bastón rojizo de níspero. Estaba hermoso en, su actitud amenazadora y fiera, en su postura académica, vigilando a la linda amada, a la prometida. Ante la sonrisa desdeñosa que desflora sus labios, ante el fuego de celos que brilló en su mirada, se puso de manifiesto que la villa de Bayona protegía al sensible hombre de tropa mucho mejor que su sable-puñal.

La noticia de la toma de Etxarri-Aranaz por Zumalacarregrui y los voluntarios vascos, acababa de extenderse por la ciudad. Me apresuré a encontrar un guía, impaciente de llegar al teatro de guerra tan gloriosa para nuestros hermanos españoles.

Conocía yo en Bayona una vieja posadera vasca cuya casa era frecuentada por contrabandistas de la frontera. Acudí allí y un nuevo incidente me detuvo en una calleja. Era un contrabandista de anchas espaldas el que se movía con aire teatral delante de un estanco cerrado jurando con voz temblona por el diablo, ¡*Debruya!*, y blandiendo su bastón ferrado. Los espectadores se habían alejado prudentemente dejando campo libre al fogoso montañés. Furioso se lanzó sobre la puerta, la agitó y la conmovió; cual nuevo Sansón, iba a arrancarla de sus goznes cuando me acerqué a él:

—Amigo, sigue tu camino—, dijo con el brillo de voz y una de esas miradas que la embriaguez y la cólera dan al Vasco.

No tuve cuidado en recular ante esta amenaza, protegido, a pesar de mi traje francés, por la boina nacional con que me había ataviado y también por el bastón a punta de hierro que tenía en la mano. El contrabandista dejó caer sobre mí una mirada fija, una sospecha de ganancia atravesó su espíritu y desvaneciéndose la expresión terrible de su cara para hacer lugar a la más notable sangre fría. Nada iguala a la movilidad de la fisonomía del Vasco; los movimientos más contrarios cambian su alma con la rapidez del relámpago. Esto ocurrió al contrabandista. Se acerco a mí lentamente e, inclinándose a mi oído con aire misterioso, dijo:

—Mil perdones, señor, cada cual tiene su curiosidad. ¿No es

verdad que V. viene de donde sabe para ir donde le convenga, aunque sea a España?

Ante esta pregunta permanecí serio y repuse con una señal de cabeza para invitarle a seguirme. Lo hizo sin vacilar sacando de su bolsillo un tubo de pipa rota cuya vista excitó nuevamente su furor. Se volvió bruscamente hacia la tienda y salió de su pecho vibrante el grito de los montañeses, ¡*Achut!* (6), expresando la amenaza o el desdén. Creí que iba a volver a comenzar su estrépito, pero no tardó en acudir para caminar a mi lado con paso de beodo, mientras las puntas férreas de nuestras makillas nos hacían compañía sobre el pavimento. El contrabandista pronunciaba en su marcha mil frases sueltas a guisa de soliloquio, ora a media voz, ora alto y fuerte, mirando con aire farruco al pasante: «¡*Achut*, los Bayoneses! ¡Gascones de Gascones! ¡Rrrr...! A veces quisiera echar al Adur todas estas barracas..... ¡Paciencia! Cada país produce su caza; hay águilas en el Larun; no se encuentran en Bayona sino gorriones..... y el procurador del rey..... y ese cagotillo que ha tenido la picardía. porque estoy ebrio, de apoderarse de mí pipa para meter en ella pólvora y hacerla saltar en astillas, ¡mi buena pipa guarnecida de latón!....., con riesgo de reventarme un ojo..... Al fin y al cabo no era nada para quien conoce tan bien como yo la pólvora de los pantalones rojos y de los aduaneros».

El contrabandista refunfunó esta última frase y, machacando con rabia el tubo de fa famosa pipa, arrojó los residuos por entre las piernas de un centinela. ¡*Achut!* Acabábamos de cruzar la *Puerta de España*. Me ha sido fácil reconocer en el lenguaje y en la apostura de mi Laburdino, que tenía que habérmelas con un contrabandista subalterno, un hachero o mozo de cuerda; pero no desesperé de adquirir los informes que precisaba. No era yo víctima de su embriaguez disimulada, y se dió cuenta del agrado con que le seguía en la conversación, detalle que excitó su numen:

—El proverbio dice que hay ojos y oídos debajo de las breñas; aquí veo tantas orejas como adoquines y tantos ojos como granos de arena, a pesar de que todo hombre tiene secretos.

Al hablar así, el contrabandista fijaba en mí sus miradas penetrantes:

—Perdone, señor, perdone mil veces; pueden vernos, pero desafío

(6) Lo escribimos como en el original. Sabido es que la «ch» francesa debe pronunciarse como «sh», y la «u» con el sonido que la es peculiar en francés (N. del T.)

a quien Sea a que nos oiga. Vuestro plumaje me anuncia un pájaro que no está obligado, como yo, a ir a buscar su alpiste bajo el fuego de los cazadores. ¿Está V. de paso?

No pude menos de sonreír ante esta pregunta alegórica.

—Se lo digo, —prosiguió—, porque al fin cada cual tiene su idea y, si la vuestra fuera la de cruzar al otro lado de los montes, conozco el sendero que se debe seguir, el bosque en que se puede descender y la rama sobre la cual conviene balancearse.

El contrabandista se detuvo como para escuchar mejor mi respuesta, que no se hizo esperar:

—Amigo, le creo tan fino como un zorro viejo y cuento con vuestra fidelidad de vasco a toda prueba. Se trata de servir de guía a uno de mis amigos que desea salir esta tarde para Lesaca.

—¡Bien!, —repuso el hachero—, eso se llama hablar euskera, hablar claro. Digo, a mi vez, que no podré acompañar yo mismo a vuestro amigo, puesto que he dado mi palabra al amo; y si los pantalones-rojos y los aduaneros no se hallan más despiertos que de costumbre, espero atravesar el Larun después de media noche con un saco de salitre sobre la espalda. Pero vuestro amigo no perderá nada, ya que tendrá por compañero al jefe de fila. Más fuerte que tres, más audaz, más astuto que toda la banda, ese fué amantado por famoso jugo lácteo. ¿Dónde se hospeda vuestro amigo?

—Sería inútil decíroslo.

El contrabandista reflexionó un instante.

—Pues bien, —dijo—, que venga al oscurecer junto a esta gran cruz que se halla al borde del camino. Bolsa ancha y paquete pequeño, tal es la consigna, ¿me entiende?

—Muy bien, amigo, mientras tanto ahí va para pipas.

Con distracción afectada recibió el dinero que le ofrecí y sellamos lo convenido con un apretón de manos; el hachero entró a grandes pasos en Bayona.

Continué solo mi paseo a lo largo del Nive. Este río desempeña un papel importante en la leyenda de San León, que los Bayoneses soñaron haber sido su primer obispo. Lapurdum, a principios del siglo x, estaba en poder de los Normandos y, si hemos de creer a las crónicas contemporáneas, los Vascos hacían dura caza a los Bárbaros. San León llegó por el camino que bordea el mar y encontró cerradas las puertas de la villa, cuyos centinelas se negaron a abríselas. Se vió obligado a refugiarse sobre una colina a orillas del Nive y paso la noche en una choza de ramas. Algunos Vascos,

llevando antorchas encendidas, acudieron a sacudirle bruscamente para despertarle, y hasta le amenazaron con sus armas haciéndole en su idioma varias preguntas que, según la leyenda, San León no pudo comprender. Probablemente no había recibido el don de lenguas. Pero hablaba muy bien el dialecto normando, porque, dos días después, irritó talmente a los bárbaros con sus predicaciones, que le segaron la cabeza. Las fábulas populares acompañan este relato histórico con circunstancias maravillosas. El altar de San León es famoso en Bayona por el tratado de paz que allí se juró el año 1357 entre Bayoneses y Vascos.

Hay que saber que los montañeses, apretados por las armas carlovingias en sus antiguos límites de Zuberoa, Benabarre y Laburdi, habían conservado entre los Gascones la más alta estimación y privilegios honorables, resto de su glorioso dominio en esas comarcas. Los Vascos Suletinos disfrutaban de entera libertad para el transporte de sus mercaderías y productos. hasta Tolosa y en todo el radio de las provincias tan valientemente defendidas por nuestros antepasados. Los Laburdinos reclamaban las mismas franquicias para sus mercancías a las entradas y salidas de Bayona. Este privilegio, ejercido imperiosamente por los montañeses desde hacía cinco siglos, disgustaba singularmente al consejo municipal de la ciudad, habiendo contestado hasta entonces con frecuentes oposiciones; pero los Vascos hicieron triunfar en todos estos pleitos su derecho por las armas. Cierta gentilhomme Landés, llamado Pierre de Puyane, era el enemigo más acérrimo de los privilegios vascos. Había mandado una flotilla inglesa en el célebre combate de la Eclusa, y sus hazañas contra los Franceses le conquistaron el favor del rey Eduardo. Su reputación de bravo y hábil marino, y sobre todo el odio que sentía hacia los Vascos, le valieron el año 1341 la dignidad de alcalde. El primer acto de su administración fué hacer abolir por los cien pares de Bayona la franquicia de los Laburdinos. Hizo más: informado de que sus mercancías se transportaban libremente en Laburdi por el puente de Villafranca sobre el Nive, colocó allí guardias e hizo exigir un peaje inusitado, en virtud, según el, de los antiguos títulos de la villa, que hacían ascender su jurisdicción sobre este río hasta el punto de la más alta marea. A esta noticia, los Vascos corrieron al puente de Villafranca, invadido por los satélites del alcalde, y mataron a unos o cazaron a otros diciendo con ironía que acudían a constatar amigablemente si la marea del Océano subía tanto como pretendían el alcalde y la cor-

poración de Bayona. Las crónicas atestiguan que desde el tiempo del peregrino Eulogio, los Vascos dejaban circular pacíficamente en sus valles a los traficantes que el espíritu industrial y el comercio de los Moros atraían cada año a Zaragoza; pero el enemigo, cualquiera que fuere, sintió siempre su venganza implacable y pagó el pasaje de sus montañas con tributo de sangre. Los Bayoneses no tardaron en saberlo, pues algunos de sus mercaderes que se dirigían a España fueron muertos en Laburdi y pilladas sus mercaderías. Una carta amenazadora de Eduardo III no consiguió que las autoridades de Laburdi trataran con rigor a los autores de tales venganzas públicas. En carta siguiente, el monarca inglés autorizó al alcalde y a los cien pares para entender en los hechos de muerte, dado que los Vascos, a pesar de las advertencias que se les hizo, no querían renunciar a sus viejas costumbres.

San Bartolomé, fiesta patronal de Villafranca, se acercaba. Los Vascos acudían allí en masa cada año para entregarse a juegos y ejercicios en que sobresalían todos los pueblos vecinos. Puyane, que había jurado saciar su odio, se informó por un espía de que la muchedumbre de Vascos y cinco de sus principales caballeros pasarían la noche en el castillo de Miotz, que hoy no es sino montón de escombros. Por la noche los Vascos, después de las diversiones fatigantes del día, a las cuales se habían entregado con la pasión y coquetería de costumbre, reposaban en el castillo hospitalario con la profunda seguridad que inspiran los regocijos públicos en país amigo. Secretamente llegado de Bayona con una turba de bandidos, Puyane cercó el castillo de Miotz. A la señal convenida las puertas saltaron y se invadió el castillo. Los Vascos, sorprendidos en lo mejor de su sueño, desnudos, sin armas, fueron asesinados y los cinco caballeros reservados para una venganza más refinada, del alcalde. Les hizo ahorcar bajo su vista y ser arrastrados hasta el puente de Villafranca, donde se les ató a los arcos del puente. Mientras la marea ascendiente les batía con sus olas, dispuesta a tragarlos, el Gascón gozaba en su odio y decía con tranquila derisión que vino, a su vez, a constatar amistosamente si la marea del Océano subía efectivamente tanto como el alcalde y la corporación de Bayona pretendían. La traición de Puyane se convirtió en señal de guerra. Mucha sangre fué vertida, según el cronista, hombre contra hombre y bando contra bando. Al fin los Bayoneses, amenazados de exterminio, propusieron a los Laburdinos la elección de un árbitro para dirimir la querrela en la persona de Bernardo

Ezy, señor de Albret. Los Vascos lo aceptaron sin vacilar. El árbitro condenó a la villa de Bayona a pagar a Laburdi como reparación la suma de mil quinientos escudos de oro nuevos y a fundar diez prebendas en honor de los caballeros muertos y para reposo de sus almas. Los Bayoneses reclamaron de esta sentencia ante el rey de Inglaterra, cuyo favor poseían, pero este monarca cedió sus poderes al príncipe de Gales, su representante. en Guiena. Un fallo definitivo dado en Burdeos el 11 de Abril de 1357 redujo a quinientos escudos de oro la multa de los Bayoneses, y a seis el número de prebendas por fundar. Confirmó la sentencia del señor de Albret en todo el resto de su contenido. Los Laburdinos, conforme a los términos del documento, fueron a jurar sobre el altar de San León que concertaban para el porvenir la paz con la villa (con este nombre designan los montañeses a Bayona). Pero excluyeron nominalmente del pacto de paz a los dos hijos de Puyane, reservándose el derecho de matarles allí donde pudieran encontrarles. En cuanto al padre, había perecido miserablemente en las matanzas precedentes.

Hasta la revolución del 89, época en la cual la fusión libremente aceptada por los Vascos les sometió al imperio de una ley común. y a las oscilaciones retrógradas de la regeneración francesa, no parece que los Laburdinos hubieran sido otra vez inquietados en el disfrute de sus antiguos privilegios. Los Bayoneses, con la idea de afirmar la buena inteligencia, eligieron algunos años después por gobernador a un señor navarro, Antonio de Belsunze. Originarios de la Navarra peninsular, los Belsunze se establecieron en la Euskalerría septentrional a principios del siglo XI, la cual se enorgulleció de poseer desde entonces aquella ilustre casa, fértil en héroes de la guerra y de la humanidad. Gastón de Belsunze, hijo del rícombre (7) García Arnaud, fué famoso en los anales bayoneses y en las tradiciones de nuestras montañas.

En 1407 una monstruosa serpiente salida de los abismos de los Pirineos, hacía terribles destrozos a orillas del Nive. Todo desertaba de los alrededores de Irubi, donde una gruta servía de refugio a esta hidra, y los más osados cazadores de la montaña no se atrevían a exponerse a su furor. Gastón de Belsunze, de apenas diez y nueve años de edad, acompañado de un solo escudero, sin otra arma que su lanza, fué a desafiar al mónstruo en su escondrijo. A la vista del enorme reptil que salía estremeciéndose de su caverna, el criado

(7) Literal (N. del T.)

aterrorizado huyó y el intrépido Gastón permaneció solo, ignorándose las circunstancias de su victoria. Consiguíó herir al monstruo antes de ser envuelto, y habiendo rodado luchando sobre la arena estrechamente apretados el uno contra el otro cayeron al Nive y al día siguiente fueron hallados muertos en el fondo del agua. Las tradiciones populares señalan en esta hidra pirenaica tres cabezas y una enorme cola. El hecho principal no es menos real. La villa de Bayona testimonió su reconocimiento concediendo al mayorazgo de los Belsunze a perpetuidad el título de primer burgués de la ciudad, aunque no se reconocía ningún privilegio de nobleza en la comunidad de los Bayoneses. Hizo también donación a la familia de cuatro casas en el recinto de sus murallas. La tierra de Irube, concedida por aclamación popular, quedó para los Belsunze como conquista del bravo Gastón, y el rey de Navarra, Carlos III, el Noble, a fin de perpetuar la memoria de tan bella abnegación, permitió a la familia añadir un dragón al escudo de sus armas.

II

LOS CONTRABANDISTAS

Los recuerdos históricos se sucedían en mi espíritu al ruido del Nive, cuyo curso iba yo siguiendo. No podía fijar los ojos a mi alrededor sin encontrar los Pirineos, el Océano o la ciudad de Bayona con sus deliciosas casas de campo rodeadas de jardines. Hubiera prolongado mi paseo hasta la noche si el sol al bajar en el horizonte velado de nubes, no me hubiera advertido de que era tiempo para hacer los preparativos del viaje. Me apresuré a llegar a la ciudad e hice mi paquete lo más portátil y ligero posible, siguiendo la recomendación del contrabandista. Tuve cuidado de esconderlo bajo un capote de los más anchos y me dirigí hacia la *Puerta de España*, que se cierra al anochecer. Acorté el paso al acercarme a ese peligroso desfiladero que la policía ocupaba. Bastaban mis inocentes bigotes para llamar la atención de esos señores y temía que después de exigirme el pasaporte no tuvieran la fantasía de registrarme. No hicieron nada de eso y llegué a la fortificación.

El cielo estaba tormentoso y cubierto, circunstancia que precipitó la caída de la tarde. Pronto oí el grito resonante del contrabandista: ¡*Achut!* Me sorprendía no ver a nadie al pie de la cruz

de la cita cuando un silbido modulado brotó de la carretera próxima. Eché mi capote hacia atrás a fin de que los brillantes botones de mi casaca pudieran hacerme reconocer mejor en la oscuridad. El hachero se hallaba ocupado con su jefe en un diálogo alegórico de que yo era objeto:

—¿Dónde está Shangarín, (pie ligero)?

—¿Temes que Shangarín se pierda? No está beodo como tu y te ruega que guardes silencio.

—Te pregunto, Shangarín, lo que vas a hacer junto a esa cruz.

—Voy a buscar una amante que me espera—, respondió el guía acercándose a mí con paso de lobo mientras el hachero, completamente ebrio al parecer, evolucionaba en el camino con gran tumulto para separar a los curiosos.

—¿Posees pues una amante nueva?—, voceaba el contrabandista-; guárdala bien, porque si le ocurriera alguna desgracia, no queda en Laburdi una sola muchacha que quisiera confiarse a tí. ¡Estaba yo muy seguro de que no ibas a esa cruz a recitar plegarias, ya que no guardas más temor de Dios que el último de los Agotes y Gitanos, Shangarín!

Al lector no le costará creer que mi coloquio con el guía de pie ligero fué de los más lacónicos. Observé con agrado la riqueza de su traje y auguré bien acerca de su palabra breve, de su aspecto firme y frío.

—Apresurémonos—, dijo presentándose una chaqueta parecida a la suya y una faja roja—; deme ese paquete y el capote, sírvase quitar ese frac y la corbata, dejando el cuello desnudo, si le place. Como dió V. dinero esta mañana a ese escandalizador, está más borracho que lo preciso..... Pero oigo a nuestras niñas; marchemos.

A estas palabras el guía, empaquetando todos mis efectos, los lanzo lejos a lo largo de la muralla fortificada y hacia un grupo de muchachas que en nuestra dirección venían cantando. El paquete fué recogido de la hierba en un abrir y cerrar de ojos, y repartido sin que el jovial grupo se detuviera por eso en su marcha danzante. Las personas que han sido llamadas al medio de la insurrección de los Vascos por sus simpatías, saben por experiencia que estas precauciones extraordinarias bastan apenas para hacer fallar la vigilancia rigurosa de la policía. El hachero formaba la vanguardia y nos precedía de lejos ocupando la anchura del camino y volviendo hacia nosotros sin afectación en su marcha irregular cada vez que

veía paseantes sospechosos. Noté que calculaba sabiamente los zig zags de su pie titubeante de manera a balancerase en torno mío para borrarne del paso. A veces venía a apoyarse pesadamente en mi espalda y me empujaba al borde de la ruta.

—*Bebroin aha mala*—, me dijo en uno de esos momentos—; el rabo demasiado largo traiciona en su agujerito a la ardilla. No hubiera V. hecho peor en dar un tizeretazo a sus bigotes.

Yo guardaba silencio.

—¡Marcha como un Vasco y habla alto y claro!—, agregó con voz terrible.

Comprendí la invitación y, a satisfacción marcada del guía, inició con el contrabandista un diálogo alegórico imitando las inflexiones variadas y la nota brillante que caracterizan al idioma de los montañeses. Creo que hasta fingí borrachera como el hachero. El guía parecía encantado. ¡Que perezca el Vasco antes que despojarse de los instintos de su raza!

He descrito la juventud laburdina dirigiéndose de mañana hacia la villa por parejas amorosas. Las muchachas y los mozos se separan al anochecer y el regreso no presenta en las rutas sino grupos amistosos. Este sentimiento de la amistad, eminentemente social, no ha ofrecido jamás entre los Euskarianos el carácter exclusivo y vicioso que empañó a los pueblos antiguos. Un amigo se llama *Adis-kide*, igual en edad, y en esta familia patriarcal y libre la población se halla naturalmente clasificada sobre una escala de subordinación moral en que la edad determina los grados: la amistad se cuenta por generaciones. ¡verdadera sociedad! ¡Costumbres sublimes! El amor mismo, desprendido de toda idea de aplicación relativa al hombre, se ve designado por una de esas palabras generalizadoras, resplandecientes, que dan inteligencia tan vasta y profundidad tan divina a la poesía panteística de los montañeses: *ama oro*, productor de todo (1).

Las mozas caminaban delante llevando paquetes sobre las cabezas; los mozos las seguían a alguna distancia, entrelazados sus brazos alrededor del cuello, mezcladas sus negras cabelleras. Sus caras que entreveía al pasar tomaban de los reflejos sombríos y tormentosos de la noche miradas singularmente animadas y expresión magnética de exaltación. Bardos improvisadores precedían a cada grupo a guisa de corifeos y cantaban alternativamente sobre aire sencillo, pero gracioso, coplas ingenuas y locuelas. Recuerdo haber disfrutado de un espectáculo casi análogo en fiestas de aldeas donde

muchachas y muchachos refugiados por centenares. bajo los pórticos de las casas a cada lado de una calle, se comunicaban sus sentimientos por medio de un bardo inspirado y, como en las fiestas nocturnas de nuestros antecesores, esperaban a la claridad de las estrellas el regreso del alba en medio de la doble embriaguez de la poesía y del amor. A cada improvisación de los bardos, los grupos repetían en coro estribillos de monotonía melancólica que la sonoridad de los valles devolvían más hermosos; y estos cantos euskaros, entrecortados de silencios, comunicaban al alma sueños íntimos, vibraciones indefinibles que descubren al hombre armónico los misterios de la vida y de la creación.

El hachero veía con la más perfecta, indiferencia las escenas que me impresionaban tan vivamente. y con aire cómico me enseñaba una soberbia pipa nueva que había adquirido. El guía marchaba receloso, soñando, no ya en amor y poesía, sino en fardos, aduaneros, aprehensión, confiscación, multa, prisión quizás y procurador del rey, cuando un canto nuevo le hizo de pronto estremercse:

—He aquí vuestra ropa que nos llega—, me dijo—, y volviendo la cabeza lanzó el grito nacional de los Vascos (llamado según el dialecto *zinka, irrintzin, kikisay*, etc.), expresando audacia, exaltación, placer, y por el cual los aborígenes hispánicos parece que imitaban el relincho de los corceles de Lusitania llamando a sus yeguas. Creí distinguir en el nuevo grupo a la linda morena de la mañana. La aparición de un inspector de policía que venía a caballo, vestido de levita gris y seguido de sus agentes, me impidió abordar a las muchachas. Ellas también vieron al cabalgador gris, e inspirándose de un motivo malicioso, cantaron a toda garganta una de nuestras romanzas más populares, que el lector me permitirá citar (8):

Tchorittoua, nourat houa,	Où vas-tu, petit oiseau,
Bi hegalez airian?	En l'air avec tes ailes?
Españalat jouaiteko,	Pour aller en Espagne,
Elhurra duk bortian:	La neige est sur les ports:
Algarreki jouanen gutuk	Ensemble nous irons
Elhurra houtzen denian.	Quand la neige fondra.

(8) Hoy nos parece detestable la ortografía francesa aplicada al euskera tal como lo hacían escritores euskéricos del siglo XIX; pero nos vemos obligados a respetarla en esta transcripción (N. del T.)

San Josefén ermitha	L'ermitage de Saint-Joseph
Desertian gorada.	Est élevé dans le désert.
Españalat jouaiteko,	Pour aller en Espagne,
Handa goure paussada.	La se trouve notre halte.
Guibelerat so-guiri eta,	Regardant eri arrière,
Hasperenak ardura.	Fréquents sant nos soupirs.
Hasperena babiloua,	Soupir, va-t-en
Maitiaren borthala.	Jusqu'a la porte de ma bien-aimée
Bihotzian sarakio,	Pénètre dans son cœur,
Houra eini bezala,	Comme elle dans le mien.
Eta guero eran izok	Puis tu lui diras
Nik igorten haidala.	Que moi je t'envoie.

He restablecido este texto en su dialecto originario, que es el suletino. El dialecto laburdino da las variedades siguientes:

I

1. Chorinoa norat hoa.....
2. Españalat ioaiteko.....
3. Algarreki ioanen guituk.....

II

2. Desertuan gorada.....
3. Españalat ioaiteko.....

III

1. Hasperena habiloa.....
2. Maitearen borthala.....
4. Houra neri bezala.....
6. Nik igortzen hautala.....

Yo seguía a los cantantes.

—¡A la derecha! ¡Ese es nuestro camino!—, gritó el contrabandista empujándome por el brazo para hacerme entrar en una ruta vecinal estrecha. y sombría—; y si las canciones le agradan, cantaré por cuatro hasta mañana mejor que un ruseñor.

El hachero aprovechó esta ocasión para desplegar una voz naturalmente bella e hizo oír la copla siguiente, en que reconocí uno de esos mitos cuya poesía original fué contemporánea de las civilizaciones ibéricas y que recibieron los Griegos politeístas del Africa o del Oriente en la segunda edad:

Hourandian, umen bada	Il existe dans l'Océan
Kantzale eder bat,	Un beau chanteur
Zerena deitzen-den-bat.	Que l'on appella syrène.
Itchassoan, inganatzen	C'est elle qui, sur les mers,
Ditu hak passaierak;	Enchante les passagers;
Hala nola, ni maitenak.	Comme ma bien-aimée, moi.

La oscuridad de la noche y los senderos rajados por las lluvias hacían más lenta nuestra caminata. A cada instante hundía yo uno u otro pie en charcos de agua. El hachero lanzaba gritos y exclamaciones risibles, haciendo como si se cayera, y se divertía en verme sacudir las botas contra los matorrales. Oyó el chis-chas de mis espuelas:

—El gallo joven tiene espolones largos—, dijo en su lenguaje alegórico.

Teníamos que pasar cierto puente guardado por un soldado de línea. Los aduaneros encargados de la policía de los caminos se hallaban muy cerca, en un cobertizo. El hachero se puso a cantar desde lejos marcando cada nota desigual con un paso pesante: «¡Tra... la... la... la!».

—Seguidme, seguidme!—, me dijo el guía por lo bajo—, ¡y cuando se pare, pasad de prisa!

El falso borracho, perdiendo su centro de gravedad, corrió hacia el funcionario y, de repente, se detuvo para recobrar su equilibrio pegando al suelo con el pie: «¡Achut»), gritó con voz vigorosa. Este grito, la aparición fantasmagórica del contrabandista, su mirada terrible, dominaron la atención del conscrito. El guía se había reservado en esta escena un papel fácil, en tanto que yo cumplía el mío esquivándome. Cogió al hachero con brazo de atleta:

—¿Te quieres hacer matar, salvaje, borracho?—, le prorrumpió empujándole bruscamente hacia el puente.

Y volviéndose hacia el centinela:

—Mil excusas, señor soldado. Tenga la bondad de no hacer mal a este bruto, que es un aldeano de mi vecindad y está «alumbrao». No sabe ya lo que se hace y faltaría al respeto hasta a las charreteras del general más ilustre.

Había yo franqueado el puente cuando el guía se nos unió riendo:

—Si los aduaneros hubieran venido, —me observó—, hubiera yo quedado solo con el camarada para afrontar su interrogatorio y V. no tendría temor de ser llamado ni perseguido, puesto que

estoy muy seguro de que el pantalón-rojo no le ha visto pasar; el badulaque se ha quedado atontado.

«¡Tra... la... la... la!», cantaba aún el hachero con extraña expresión de astucia y de ironía. El deber de un guía comprende dos puntos esenciales: llevar al viajero sano y salvo a su destino, y entretenerle a lo largo de la ruta. Nuestros Vascos cumplen el primero con religiosa fidelidad, exaltándose en los peligros y sin descuidar el segundo. El hachero, sin abandonar su lenguaje figurado, no cesó de dirigirme mil adulaciones, imaginándose que era el mejor medio de hacer interesarme en su conversación. El Vasco, naturalmente entusiasta, sigue siempre las inspiraciones del corazón; desde que se consigue cautivar su afecto, hace de uno un ídolo, ofreciendo algo de ingénuo y conmovedor en la expresión exagerada de su alabanza. El hachero seguía designándome bajo la alegoría de una novia del guía.

—¡Shangarín!, ¿cuántas novias has tenido desde hace seis meses?

—Diez y seis—, replicó el Aquiles de los contrabandistas.

Rogué al guía que me hiciera conocer el nombre de la última.

—La última es V., la ante última fué el coronel E... Los quince eran Franceses, Ingleses o Españoles, excepto V.

El hachero, sin hacer caso a nuestra conversación, seguía imperturbable el hilo de sus alegorías:

—¡Diez y seis novias! ¡Es hermoso, Shangarín! Arriesgaría los cinco sentidos de que la naturaleza me ha dotado a que todas esas hembras han debido hacerte pasar noches duras. ¡Por Dios!, Shangarín, guarda tu nueva amada como a las niñas de tus ojos, porque es una flor de nuestras montañas, una gota pura de sangre euskariana (los Vascos se designan a sí mismos por el nombre de *Euskaldun*, único nombre nacional, que es un misterio histórico); es de la raza de los antiguos cristianos y no tiene nada de común con los Gitanos, Agotes y Gascones.

En una curva de pequeño bosque el contrabandista cesó de hablar y marchó silencioso durante diez minutos. Tuve una mala idea al bromear entonces.

—¡Hombre ligero!, —me dijo—, ¿me tomas por un histrión cuyo papel fuera hacerte reír? ¡Feliz tú, cuyos pensamientos son siempre serenos! Hay instantes en que todo el dinero que pudieras dar al pobre contrabandista no tendría poder para ponerle alegre. La tierra que pisamos me ha sido fatal y no sé cantar al oído de los muertos.

A estas palabras pronunciadas con dignidad, el hachero se detuvo

grave y melancólico, quitó la boína y se persignó lentamente, Una pequeña cruz de abeto estaba plantada al borde del sendero y la flor de los difuntos, el *il lilia* de los antiguos Euskaldunes crecía al lado, resaltando su color amarillo-tierra; la que fué escogida espontáneamente como emblema de duelo en los bordes de los lagos helados de la Escandinavia indígena y bajo el cielo perfumado del Indio.

—Shangarín, —dijo el hachero sombrío y como sumido en visión sobrenatural—; ¿no ves nada junto a esta cruz, una sombra, . . . un fantasma?.....

—No veo nada—, contestó el guía humorísticamente—; tan sólo un hombre ebrio, que eres tú.

—No más ebrio que en aquella triste noche en que el Espíritu de los infiernos condujo aquí sus pasos. ¡La pelea fué cruel y la fusilería a quema ropa!.... Si quedaron paquetes en la ruta, no fué el mío, Shangarín, ¡ya lo sabes!;... pero mi hermano, . . . ¡mi hermano!, ¡me lo han matado! . . .

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas cobrizas del montañés y un soplo de borrasca agitó su larga cabellera haciendo gemir a los brezos.

—¡Lo mataron, pero le he vengado, Shangarín; porque tenía que ser así!

El laburdino se persignó de nuevo, se puso la boína y, golpeando el suelo con su palo, continuó la marcha a gran paso. La religión católica no ha hecho perder al Euskeriano nada de su fatalismo primitivo: *ala bear beitzen*, o «debía ser así»; tal es la única queja que arranca al Euskaro el sentimiento profundo de la desgracia, y amenudo se le oye exclamar como al Islamita: ¡Dios lo ha querido! ¡Estaba escrito!

Las colinas de Laburdi que íbamos cruzando, no tienen nada de pintoresco, pero su aspecto es riente; la vegetación se muestra vivaz por doquier; el helecho crece a altura de hombre; la retama, con sus brillantes flores doradas, forma espesuras impenetrables que se secan cada dos o tres años. Los pastores las queman entonces eligiendo para el incendio alguna noche oscura de viento sur. Nada iguala la rapidez del desarrollo y la belleza de la iluminación salvaje cuya claridad roja se extiende y refleja por todas partes sobre masas imponentes y abigarrados grupos de montes, según la gradación de las lejanías. Las tierras quemadas así se cubren en seguida de verde nuevo y los pastores conducen allí sus rebaños durante el invierno. La retama mezclada con heno sirve de alimento al ganado,

pero hay que picarlo menudo. Esta labor se hace generalmente durante la noche con macizos de madera guarnecidos de hierro cortante. Los golpes monótonos de este instrumento, surgiendo de las casas solitarias diseminadas en nuestro camino, constituían entonces el único ruido que se oía en el silencio de las lomas.

Entramos en el bosque de Saint-Pè. Yo veía al hachero volver incesantemente la cabeza de un lado al otro y, como el perro de un cazador, alzarse o bajarse durante la marcha a fin de zambullir mejor sus miradas en las claridades del bosque. Se detuvo:

—Shangarín, —pronunció en voz baja que hizo murmurar al eco—, tal vez esté yo aún beodo y vea fantasmas ante mí, pero ¿no percibes nada más que troncos de árboles allí sobre ese linde?

El guía se fijó durante un instante en el punto designado.

—Veo un aduanero.

—Y ves bien, Shangarín, —repuso el hachero cuyos ojos chispeaban.

Cambiaron una mirada y salió como un rayo deslizándose a través los árboles, curvándose y desapareciendo. Jamás un gato montés atisbando su presa, se arrastró con más precaución y menos ruido. No tenía yo ninguna autoridad sobre esos dos hombres, y todo lo mejor que podía hacer era callarme y observar. La espera no fué larga, pues al cabo de algunos minutos oí como un golpe asestado violentamente; después un grito sordo...; luego nada, si no es el tumulto borrascoso que circulaba por las profundidades de la floresta. El guía permanecía impassible, pero sin poder retener un gesto de satisfacción al ver al contrabandista.

—Ese, por lo menos, no cruzará su bayoneta por nuestro camino, ni nos pedirá el pasaporte, pues que ya he despachado el suyo.

El hachero no dijo más sobre ello y reanudamos la rápida marcha. Pero las nubes se hacían negras y espesas, y vientos cruzados empezaban a soplar. El guía parecía observar contento estas señales precursoras de tormenta.

—La lluvia nos amenaza—, me dijo—, y dentro de un cuarto de hora le pondré en albergue para esta noche.

Hicimos alto un instante en una eminencia.

—No era un aduanero, sino un soldado, un soldado francés, Shangarín, —declaró el hachero golpeando con la mayor flema una piedra de fusil para encender su pipa.

—Aduanero o soldado, poco me importa en este momento, pero no golpees ese pedernal, porque pueden verse de lejos las chispas.

—Imposible, Shangarín, la hoja de mi cortaplumas no da más fuego.

—Sin duda acabas de apagarlo con sangre.....

—Eso no, gracias a Dios. El pantalón-rojo quedará bien con diez días de hospital y la cifra de mi bastón, que le he grabado en el cráneo. En este tiempo en que el militar se hace aduanero, le trato como a un aduanero, es decir un poco peor que a un perro viejo sospechoso de rabia. Fuera de eso, soy un hombre pacífico y bueno.

—¿Tu, bueno?, —repuso el guía—; ¡sí, si es posible serlo con instinto feroz de lobo y corazón incommovible de gavilán!

—Shangarín, nada de acusaciones, ¿puede decir el brazo al hacha: ¿por qué pegas? Hay más de una noche oscura en el año y, si tus pies son ágiles, tu brazo fué con frecuencia más rápido que lo debido. Y además el alma errante de un hermano degollado no te persigue como a mí en las tinieblas, ni se alza delante de tí cubierta de un sudario blanco, ni la oyes como yo andar sobre los brezos y aullar con los vientos.....

Aquí terminó el coloquio de los montañeses supersticiosos. El hachero se acercó a mí:

—La cama de la novia está dispuesta y ya no tiene V. necesidad de un beodo para vocear por el camino y dar el cambiazo a los espías que tienen la vista y las orejas largas. He desempeñado, el oficio que se precisaba; mi paquete me espera. Sírvase disculpar las familiaridades *o nabastriak* que haya podido permitirme. Los hombres se reconocen fácilmente cuando han caminado juntos una vez por el mismo rastro. Hasta la vista, pues, y buen viaje.

Ese fué el adiós del contrabandista. Su ancha mano apretó la mía y, de la altura en que nos hallábamos, se lanzó hacia el bosque que acabábamos de abandonar. Casi al mismo tiempo el paisaje se iluminó con relámpagos seguidos de truenos, y advertí ya lejos al hachero de anchas espaldas y flotante cabellera, saltando por cima de retamas y matorrales, tan ágilmente como hubiera podido hacerlo Shangarín, el guía de pie ligero.

El mal tiempo no era el único obstáculo que me impidió salvar el Larun aquella noche. Jauregui, llamado El Pastor, y los constitucionales ocupaban aún la víspera la línea de aldeas que había que atravesar para que yo llegara hasta la Junta de Navarra. Los peseteros infestaban todos los pasos de la frontera política. Estos militares vascos, arrastrados bajo la bandera de Cristina por las seducciones y las mentiras de algunos jefes liberales, reciben cada

día una *peseta* de sueldo, de donde les viene ese nombre de *pesetero* que sus crueldades dejarán por siempre odioso. Dispersados en guerrillas en número de unos tres mil, no menos alertas que los voluntarios nacionales, y bravos como ellos, infatigables, conocedores perfectos del país, recorrían los montes cantando la *Marsellaise* y llevando a cabo en todas partes a su paso las proclamas terribles de Mina. Mi guía no quiso exponerse a acercarse a Vera del Bidasoa antes de la vuelta de sus espías, temeroso de caer en manos de esos bandoleros.

Nos hallábamos a alguna distancia de Sara, última aldea de Laburdi tocando la Navarra peninsular. Su territorio se confunde con el de Vera sin que ningún límite natural marque en los Pirineos la separación de los dos reinos. Un mojón de piedra plantado en el Larun divide políticamente lo que unió la naturaleza. Mi guía quiso conducirme a Sara y dejarme, durante la noche en casa de uno de sus afiliados, mas preferí pedir hospitalidad en una casa vecina que yo no veía a causa de la oscuridad, pero de donde me llegaba el ruido del golpear en la retama. El guía me hizo saber que pertenecía a un aldeano acomodado que vivía con su mujer y su hijo. Me acompañó hasta la puerta de la morada y prometió venir a buscarme por la mañana.

—¡Hermosa noche para el contrabandista!, —exclamó extendiendo su mano para recoger las primeras gotas de lluvia que caían—; ¡que dure la tormenta hasta mañana para que veinte quintales de salitre entren sin falta en el polvorín de los insurrectos!

Diciendo estas palabras, el guía, apático hasta entonces, pareció electrizarse ante la idea de la fatiga y de los peligros, y golpeando dos veces sobre la puerta hospitalaria, se fué veloz como un ciervo en la misma dirección que el hachero. (1)

(Continuará)

(1) Como en casos similares, la REVISTA publica este trabajo a título de curiosidad documental, sin hacerse solidaria de las opiniones, ni juicios de Chaho. (Nota de la Redacción).

Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

Por **J. Agustín Chaho**

Traducido por «**MARTIN DE ANGUIOZAR**»

(Continuación)

III

EL VIEJO LABURDINO

El Vasco ejerce noblemente la hospitalidad, sea individualmente, sea como pueblo. La historia ha conservado el recuerdo del asilo acordado por la federación euskariana al celebre Corocota. Los Vascones cispirenaicos sublevaron antaño toda la Aquitania para defender contra Ebroin, alcalde de palacio, a los señores de Neustria y de Borgoña que le habían acogido. Suintila el Grande, uno de los reyes visigodos más ilustres, no encontró en su infortunio otro refugio más seguro que el de los valles de Vasconia, tan cruelmente arrasados por sus armas. Podría citar mil ejemplos conocidos, aunque, más recientes. Esta generosidad del carácter nacional se encuentra en las costumbres familiares del Vasco. Es inaudito que el montañés haya cerrado su puerta al viajero y negado una hospitalidad pedida correctamente. Nada es para sus ideas sagrado como la persona de un huésped, no permitiéndose nunca una curiosidad indiscreta. Desde que os haya dado sitio en el hogar patriarcal y tendido la mano en señal de amistad, cualquiera que fueren los peligros que os amenacen o la enemistad que os persiga, podéis contar al precio de su fortuna y de su vida con la protección inviolable que cree debe-

ros. Pero para ganar la estimación del Vasco, provocar su confianza, excitar su franqueza natural, no hay que decir nada que choque con el sentido profundo del montañés; sobre todo no hay que herir la dignidad de un hombre libre al cual el sentimiento o, si se quiere, el prejuicio de su nobleza original permite raramente ver su igual en un extranjero. Dedico este pequeño párrafo de mi relato a ciertos escritores franceses del Mediodía, detractores de la hospitalidad euskara.

Al golpe del guía en la puerta de la vivienda laburdina, cesó el golpear sobre la retama y un joven aldeano franqueó la entrada. Avance hasta el padre saludándole con un *Gau on Etxeko-Iaona*, o «buenas noches, señor de la casa»; (los jefes de familia reciben todos este título). El anciano me devolvió el saludo y reanudó gravemente su trabajo. Estaba yo demasiado hecho a las maneras euskaras para inquietarme por tal recepción. El Vasco no ha adquirido la prontitud de ingenio y la aparente espontaneidad de cortesía que esconden, bajo rientes manifestaciones externas, indiferencia egoísta e insidiosa falsedad en sus detractores. Todos sus movimientos salen del alma y sus ideas siguen a los hechos exteriores en orden de sucesión poética. Entregado a la realidad del sentimiento y de las emociones, vive, por decirlo así, su vida propia sin experimentar ese vacío profundo que la prodigiosa actividad de una existencia ficticia y de una sociabilidad convencional no sabrían llenar los bárbaros más educados. El Vasco es hombre natural y verdaderamente social. El instinto de la virtud regula su libertad indefinida, y cuantas veces situaciones violentas no han irritado su indomable valor o sublevado terribles pasiones, se muestra en calma, meditabundo, contemplativo.

Encontré natural la conducta del viejo Laburdino y no me cuidé de aparecer sorprendido o impacientado. Me crucé tranquilamente de brazos recorriendo con la vista una bella colección de instrumentos aratorios suspendidos en los muros. Mis observaciones se detuvieron ante el joven aldeano y ante el viejo, quien a su vez lanzaba sobre mí sin volver la cabeza una mirada entrecortada que cualquier extranjero hubiera considerado como amenazante. El fulgor de una antorcha de resina exageraba singularmente la expresión de sus rasgos nublados y hacía resaltar la cara masculina y característica del hijo. La energía en la frente, la negrura de las bien arqueadas cejas y el reflejo de sangre que colorea e inflama la mirada del Vasco, le darían aspecto duro y huraño si la regularidad

en la nariz, la belleza del ángulo facial y el corte ligero de la barba no comunicaran al conjunto de su fisonomía un carácter dominante de nobleza, de franqueza y hasta de jovialidad. La cabeza del Vasco, fuertemente construída, tiene analogía en sus partes superiores con la del águila y la de las aves de presa: ofrece las prominencias que Gall y su continuador Spurzheim han asignado por asiento a los instintos destructores. Los creyentes de la frenología no dejaron de buscar la prueba de esta inclinación al robo que se reprochó a los Laburdinos (1); pero, aparte la autoridad tan sospechosa de las protuberancias, la acusación es gratuita y nada la justifica si no son las antiguas incursiones de los Vascos en la Aquitania. Los Francos, sus enemigos, les miraban como a los más audaces ladrones de toda Europa.

—Hay que convenir en que son Vds. ladrones altivos, —decía un cortesano de la corte de Dagoberto a uno de los Vascos que acudieron hasta Clichy para jurar un tratado de paz con aquel monarca.

—Dices verdad, —le respondió el jefe montañés—, porque. no tememos robar el Bearn, el Bigorre y toda la Novempopulania a tu amo.

Los Euskarianos ejercían sin escrúpulo, a título de, represalias, el derecho de guerra y de conquista aportado del Norte por los Bárbaros.

Tales eran mis pensamientos mientras el Laburdino golpeaba su retama sin romper el silencio y sin ocuparse más que para dirigir un vistazo inquisidor sobre mis botas cubiertas de barro o sobre mi traje medio militar y medio civil. La poca prisa del anciano tenía otro motivo de que yo empecé a darme cuenta cuando oí a su mujer barrer con viveza la cocina, arreglar la vajilla y soplar el fuego. Veía de lejos sus idas y venidas por una puerta en que se detenía furtivamente para examinar al huésped desconocido. En cuanto terminaron los preparativos para una recepción correcta, el Laburdino echó de lado el instrumento de su trabajo y tomó por fin la palabra dirigiéndose al principio a su hijo, como para familiarizarme con el sonido de su voz.

—¡Dominika, da de comer a esas vacas! ¡Qué horrible tiempo hace! ¡Invierno lluvioso deja mala cola! Me parece oír el trueno.... Espero, señor, que no tendrá ganas de salir de mi casa tan de prisa como ha entrado en ella.

—No a fe mía, —repliqué jovialmente—, si le place ofrecirme

un sitio en el hogar para secar mis prendas de vestir y un lecho cualquiera para dormir.

—Pues es lo que vamos a pedir a la señora de la casa, *etche kanderea*, —terminó introduciéndome en la cocina.

Saludé respetuosamente a la *Etchekanderea*, cuya figura agradable conservaba todavía vestigios de antigua belleza. Respondió a mi agur con un gracioso *ongi-etorri*, o «bien venido». El viejo Laburdino supuso tal vez que íbamos demasiado deprisa en nuestro conocimiento y nos recordó gravemente las fórmulas de etiqueta:

—¡Señora!, —exclamó—, ¡he aquí un Suletino que viene a pedirnos hospitalidad para esta noche! ¿Consiente V. en acordársela?

—Será lo que plazca al amo, —repuso con la misma naturalidad, pero más seria que la primera vez.

—En ese caso, señor, tenga la bondad de sentarse—, agregó el viejo Vasco ocupando el sitio del rincón, con el cual no juzgó correcto honrar al joven desconocido.

Yo me preguntaba si la familia laburdina retrataba o no a Filemón y Baucis mejor que a Abraham y Sara. El Laburdino fumaba su pipa en tanto que la Vasca hacía los preparativos de la cena. En cuanto estuvimos en la mesa, me recreé con la limpieza del servicio, la fineza de la ropa blanca, la blancura y ligereza vaporosa del pan, y sobre otros detalles no menos interesantes para mi apetito. Era hallar el flaco de la dueña del alojamiento. Los elogios con que ensalzaba el gusto perfecto de las Vascas, Su amabilidad para hacer los honores de la casa y el aseo proverbial, acabaron de granjearme su benevolencia. Nos servía de pie sin tomar parte en la cena. El Laburdino notó que yo tenía tanto placer en hablar como en comer y no desvió ni un instante la conversación del sesgo que me complacía en darla.

—Sabed, señor Laburdino, que vivo en París desde hace varios años. De todas las cosas de mi país natal, ¿cuál creéis que es la que eché más de menos?..... ¡El agua! ¡Cuántas veces en los cafés espléndidos de la gran ciudad suspiré por la onda viva y fresca de nuestras peñas! Me alteré hasta llegar a la fiebre y soñaba por las noches.

El Laburdino rió a carcajadas mi entusiasmo por el agua de manantial o de torrente.

—Por lo que se refiere al agua, gracias a Dios, —observó—, la nuestra es clara; pero temo que en cambio soñéis esta noche con el vino de Francia, porque el que tengo el honor de ofreceros es malo.

—Sepa que soy un Euskaro de buena cepa, un verdadero Eus-

kariano que observa la ley y no hace ningún uso de ese líquido traidor cuyo exceso embrutece al hombre abreviándole la vida. No bebo nunca vino.

El anciano se quedó perplejo:

—¡Por San Pedro! Haces bien y dices verdad, joven. Vivirás mucho tiempo como nuestros antepasados y no traicionarás tus secretos.

Mientras me hablaba de aquel modo con la brusquedad más amistosa, su mujer ponía el postre sobre la mesa y se sentaba al lado de su esposo, como es costumbre entre nuestros aldeanos.

—Señor Suletino, ved esta buena mujer que habla cuando quiere mejor que un libro, que canta como un serafín y que fue en su tiempo una de las más bonitas jóvenes de todo Laburdi.

El buen Vasco, al hacer así el elogio de su mitad, creyó retrotraerse al tiempo lejano de que hablaba con tanta efusión.

La charla recayó sobre la agricultura y dejé hablar al viejo:

Los Franceses nos reprochan ser atrasados en el gran arte de cultivar la tierra y el estar obstinadamente sujetos a los usos de nuestros antecesores. Estimamos esas costumbres tradicionales, porque son las mejores; pero el Gascón es frívolo y vano en sus palabras y no profundiza la razón de las cosas. Un señor se burlaba un día delante de mí de las pequeñas carretas rechinadoras que empleamos en las montañas y censuraba sus ruedas cortantes y el ruido agudo que provocan. Le dejé decir. ¿Para qué iluminar al tonto sobre un asunto, cuando la ligereza y la falsedad de su espíritu le inducen a error? Me contenté con responder que los carros de nuestros padres eran así y que nosotros no tenemos la pretensión de ser más cuerdos que nuestros progenitores. Aquel Francés consideraba a los Vascos como salvajes. En cuanto a las carretas de que hablaba, sus ruedas son cortantes para poder penetrar profundamente en la tierra arcillosa, circunstancia esta sin la cual resbalarían no sin riesgo sobre las pendientes escarpadas que nos vemos obligados a recorrer. El eje está construído de manera que rinda un chirrido penetrante y continuo a fin de que entre dos boyeros que caminen en sentido contrario sin verse por senderos estrechos y tortuosos, el que asciende se pare para esperar a que el otro descienda y le pase. Estos pequeños vehículos podrán ser tachados de no poseer el mérito de la elegancia y de que el sonido que rinden es desagradable, importuno; pero sus defectos aparentes han sido calculados con buen sentido y reflexión; y lo que es más útil y más conveniente es siempre más perfecto.

—*Zar ele, Zur ele* o «palabra de anciano, palabra de cuerdo,. Cuando el genio de los hombres libres, agudizado por la necesidad, se ha ejercido durante una larga serie de siglos sobre algún objetivo, el círculo de sus descubrimientos no está lejos de quedar cerrado. Aplico esto a la agricultura, que es el más natural y el más respetable de los artes, siendo desde el origen del tiempo la primera ocupación de los patriarcas euskaldunes, como lo prueban los nombres significativos aplicados por nuestros antepasados a los diversos meses del año. Tuve cuidado de tomar estas denominaciones del calendario vasco en dialecto laburdino, —peroré con afán.

—Va para cincuenta años, señor Suletino, que repito esos nombres sin haber puesto atención en su valor expresivo y en la consecuencia que de éste pueda derivarse. Me apercibo que no es V. extraño a la ciencia de los magos, que explica el por qué de cada aserto. Yo, aunque de edad avanzada: he visto poco y he aprendido menos, o *gutxi ikusi, gutxi ikasi*; no obstante, sostengo que los Vascos entienden la agricultura tan bien como cualquier otro pueblo del mundo. La de los Franceses ha sido hasta estos últimos tiempos un trabajo de siervo y esclavo; pero va perfeccionándose cada día. La nuestra llegó desde hace mucho tiempo a un punto en que no podría modificarse sin decaer, porque está perfectamente apropiada a la localidad. La comparación de los instrumentos aratorios es decisiva a nuestro favor, pudiendo los nuestros servir de modelo a los Franceses, si llegaran a conocerlos y a apreciarlos. Un segador vasco hará él solo, desde que sale el sol, más trabajo que cuatro Normandos, ¿Por qué? Porque la guadaña del euskaldun es de estructura más sabia y más ligera. Los Franceses uncen sus bueyes al collar, perdiendo así la mayor parte de la fuerza de este animal, la cual reside en la cabeza y en los músculos del cuello. El yugo de que los Vascos se sirven para fijar un timón muy sencillito, es una pequeña obra de arte. Los bueyes, obligados a bajar la cabeza, tiran con más ardor y menos fatiga. Un niño basta para dirigirlos con un aguijón, haciéndose más recto el surco. No es eso todo: la carreta del Vasco es ligera y la movilidad de la reja del arado, que pasa de derecha a izquierda según la dirección que se desea tomar, permite volver el surco con facilidad; en cambio, en la mayor parte de las provincias francesas el labrador, después de haber trazado su surco de un lado, se ve forzado cada vez a tomar otro nuevo en la extremidad opuesta del campo. He visto en Francia, pues fué soldado del emperador, mil cosas tan torpes como. esa y de las cuales no se dan cuenta.

Causó placer a este digno Vasco cuandos le comunicué que un agrónomo ingles de los más distinguidos llamó a los Euskaros los primeros labradores del Occidente, y le conté la siguiente anécdota:

—Señor, V. y yo acabamos de comer algunos trozos de un pastel de maíz, alimenticio, fresco y agradable al paladar. Debo decirle que hace algunos años una respetable academia de París trataba de averiguar por qué procedimiento químico podría conseguirse la fabricación de un pan de maíz. Todos aquellos sabios consideraban como muy difícil llegar a semejante resultado cuando cierto diputado por los Bajos Pirineos lo supo y se vanaglorió de resolver el problema antes de los quince días. Escribió en seguida a Bayona e hizo le mandaran por la diligencia una soberbia panificación de maíz con peso de treinta libras, la cual fué depositada solemnemente en la secretaría de la academia agrícola. ¡Convocación extraordinaria y exclamaciones de admiración! La sociedad decidió por unanimidad que se concediera una medalla al inventor y que el descubrimiento se publicara en todos los periódicos.

—¡Señores!, —dijo al fin el malicioso diputado—; el apuro o dificultad consiste en saber a quién se ha de conceder la medalla si se tiene en cuenta que durante las tres cuartas partes del año los labriegos de mi departamento se alimentan con este pan, sin que yo pueda precisar desde cuantos siglos lo vienen haciendo

La academia, mordiéndose los labios con despecho, gustó, no la broma, sino el pan de maíz, reconociendo que era bueno, perfecto. La mistificación o chanza era aún mejor

La vieja Vasca, viéndonos entregados a estas disertaciones, se retiró yéndose a preparar mi cama. A su regreso, volvimos a ocupar nuestros sitios alrededor del hogar. Hay una noble costumbre a la cual el Vasco no falta nunca, la cual consiste en invitarnos a su mesa haciéndonos la más generosa acogida antes de inquirir en el motivo que os condujo a su casa. El montañés se entera con placer de las noticias de los países lejanos y considera como buena suerte la llegada de un forastero cuyas interesantes conversaciones cautivarán su velada, pero ejerce demasiado dignamente la hospitalidad para hacerla pagar a sus huéspedes con la confidencia de sus asuntos personales. Algunas cuestiones baladíes habían tan sólo traicionado la curiosidad de la Laburdina para saber con qué fin me hallaba errante durante la noche y tan cerca de la frontera de España. Dije en varias ocasiones que llegaba directamente de París, y esta declaración fué suficiente para hacer conjeturar la verdad. El Laburdino

evitó promover aún indirectamente la confesión que yo creía deber a tan buenas gentes y que no vacilaba en hacer. La Vasca, al saber que en rayando el alba vendría un guía para conducirme al teatro de la guerra, lanzó una exclamación de temor.

—Mujer, —le observó el anciano estoico—, ¿a qué esas muestras de sorpresa? Nuestro huésped no os ha hecho partícipe de sus proyectos para conocer vuestra opinión sobre los mismos. En cuanto a V., —agregó dirigiéndose a mí,— seguid vuestra suerte, porque Os alcanzará en todas partes y no os acacera sino lo que deba ser. Cada cual tiene su hora. He visto más de un campo de batalla, he seguido al emperador a través los hielos de Rusia, y moriré probablemente en el lecho de mi padre y de mi abuelo.

Admiraba yo en boca del Laburdino la expresión poética de su fatalismo religioso. Le veía exaltarse al recuerdo de Napoleón, a cuya inmensa gloria debe Francia el haber subyugado el genio de la nacionalidad euskara. Bajo el techo del montañés se hablará durante mucho tiempo de aquel hombre extraordinario, del mismo modo que se habla aún, después de tanto siglos, de Anibal, de Pompeyo y de Sertorio.

El Laburdino, deseando reparar el apóstrofe un poco duro que dirigió a su esposa, y tal vez deseoso de hacerla brillar en aquel talento gracioso que había ensalzado en ella, la interpeló muy amistosamente con un *¡Etchekanderea!*..... Encendió su pipa viendo que aquel título adulador producía efecto en el amor propio femenino, y terminó su frase como en las *Mil y una noches*:

—Cuenta a nuestro huésped uno de esos *Elezar* que V. relata tan bien.

La palabra *Elezar* se traduce por «vieja palabra» o «viejo relato» y designa las fábulas cosmogónicas de que se compone la literatura tradicional de los montañeses. La Vasca sonrió ante el ruego de su marido y, deteniendo el huso que daba vueltas entre sus dedos, hizo memoria. El «*etxeko-iaun*» continuó :

—Para mí fué siempre muy jocosa la extravagancia de aquel hombre que subía desnudo al tejado de su casa para saltar al patio a enchufarse los calzones que un criado le tendía desde abajo. Me gusta también la historia de aquel hijo de molinero que hizo fortuna vendiendo a los *Tártaros* una hoz, un gato y un gallo. (Los Vascos dan el nombre de *Tártaro* a los Celtas de la primera invasión, designándoles aún por el de *Begibakar*, que equivale perfectamente a Cíclope).

—Todos esos cuentos son muy pueriles, —replicó la Vasca—, y nuestro huésped ha debido leer algunos más interesantes en sus libros.

—Pero no guardan menos sentido profundo, —añadió su esposo—, porque recuerdan que los Euskaldunes, nuestros antecesores, enseñaron a usar calzones a los hombres venidos del Norte así como a batir el trigo, a tener casa y a conocer las horas; y si es que se buscan narraciones más serias, mi mujer las sabe tales que nuestro huésped no leyó nunca más maravillosas: las metamorfosis del *Corcel Blanco* o *Zaldi Txuri*; la fábula de la *Joven* y del *Toro de Oro* o *Urresko Txala*; la del *Huérfano*, la del *Pichón Azul* y la de la *Gran Serpiente* o *Eren Suge*.

—Se olvida de que estas alegorías son muy largas y que nuestro huésped tiene prisa para irse a descansar, —terminó la señora.

Decía la verdad. No me contentaba con guardar un silencio significativo y alcé hacia ella mis ojos fatigados, sonriendo de modo que comprendiera que su observación era exacta. Soltó su rueca y se levantó al punto para encender una vela. Su marido tomó la luz y me condujo a la habitación que se me había preparado. Noté que la buena señora había tenido la pequeña vanidad de poner en mi cama sábanas que no eran las menos hermosas de su lencería, y dije al esposo:

—Las telas más ricas de Holanda no —podrían igualar en fineza a la ropa blanca de mesa y lecho que nuestros compatriotas fabrican en familia, y ello desde la época patriarcal. Los *Tártaros* se enorgullecen de su civilización; pero pasará más de un siglo sin que ese pueblo haya adquirido la armonía de vida social y la elegancia de costumbres que distinguen a mis compatriotas. Conozco una provincia francesa en que los aldeanos se visten con pieles de animales y comen la sopa en cavidades practicadas en sus mesas, teniendo por convidados familiares a sus huéspedes de corral. La cocina se convierte por la noche en dormitorio. El lecho ordinario se compone de un gran armario en que cada cual entra por un agujero para tenderse la paja; de suerte que, si uno u otro se asfixia o se muere, hay que sacarlo por los pies.

—Señor Suletino, a V. le gusta la chanza y veo que habla de los Bretones. Los conozco y son un poco sucios y sarnosos, pero de alma bella. He visto muchos en los ejércitos y he encontrado en ellos lealtad, franqueza y valor. Son los hombres de Francia con los cuales el Vasco simpatiza más y acaso los únicos en quienes busca amistad,

Los Bretones hablan como nosotros un idioma distinto, pero que no ofrece analogía alguna con nuestro *Eskuara*. Se particularmente de un granadero famoso de esa provincia: se llamaba La Tour-D'Auvergne. «¡Quisiera haber nacido Vasco!», decía amenudo. Durante la guerra del 93, Harispe dió las primeras pruebas del valor temerario y de rara sangre fría que distinguen a ese general del emperador. Diez mil cazadores vascos, como los que éramos entonces, serían más formidables para Zumalacarregui que cincuenta regimientos de línea.

—Señor Laburdino, si el gobierno francés, al intervenir contra Zumalacarregui, declarara una guerra de exterminio contra la libertad de nuestra raza, tengo motivos para creer que, en vez de avanzar contra sus hermanos españoles, los Vascos de Francia no se retirarían ante una resolución atrevida, dictada por los intereses de su gloria.

El efecto de estas últimas palabras fué eléctrico en el ánimo del Vasco-Francés. Los recuerdos mágicos de independencia nacional y de los esplendores de la patria, mezclados a mil imágenes confusas de porvenir sangriento y peligroso, se ofrecieron repentinamente a su espíritu despertando como con sobresalto el patriotismo exaltado del montañés. Sus ojos se encendieron y las arrugas cubrieron su frente oscurecida como por nubes sucesivas. Tomó mi mano y la apretó fuertemente, pero se quedó silencioso. La idea borrascosa que sublevé en él, cayó en las profundidades misteriosas del alma, y su mirada bravía se desvaneció como esos relámpagos sin rayo que brillan y se apagan en un cielo negro. Al fin el noble labriego se acercó a la puerta marchando hacia atrás.

—Buenas noches y buen despertar, señor Suletino, —pronunció para marcharse soñador con la cabeza inclinada sobre el pecho y a paso grave y solemne

Era más de media noche cuando el señor de la casa me dejó para unirse a su mujer. El Vasco joven es fiel a la novia de su elección y, desde que el casamiento ha apretado los lazos formados por el amor, los esposos no se separan durante toda la vida, pasando del mismo lecho al mismo ataúd; costumbre conmovedora por su sencillez y que recuerda la fidelidad natural y la unión instintiva de ciertas especies de pájaros y otros animales. La tempestad continuaba aún, la lluvia caía a torrentes. Me instalé en las sábanas blanquísimas de mi cama, que conservaban perfume de pradera, y me dormí para soñar en insurrección, combates, libertad

Me despertó un canto matinal cuyos giros sonoros me anunciaban un aire vibrante y puro en la aurora de un hermoso. día de primavera:

Jeiki, jeiki etxenkoak,
Argia da zabala;
Itxasotik mintzaten da
Zillarrezko trumpeta
Bai ta ere ikaratzen
Olandesen ibarra.

Levantáos, gentes de la casa,
El día luce en plena luz;
Del Océano brota el son
De la trompeta de plata
Que hasta hace estremecer
A la orilla landesa.

La voz se detuvo cuando abrí una ventana que daba al cercado de la casa. El día comenzaba a puntear y tuve alguna dificultad en reconocer a Shangarín que había cambiado de traje: una boína usada sujetaba largos cabellos recogidos por detrás; su pantalón ancho y su chaqueta de tela blanca estaban salpicados de barro; un enorme palo en la mano y calzado ferrado completaban la indumentaria nocturna del jefe contrabandista. Se ponía de manifiesto que Shangarín guiando la marcha de su banda a través. la tempestad, no había pasado la noche tan pacíficamente como yo. Después que cambiamos un agur amistoso, me dijo a media voz con tono reposado que anunciaba al hombre interiormente satisfecho:

—Ha tenido V. una buena cena y buen albergue, después de lo cual puede uno privarse de lo demás. Para nosotros la noche no ha sido amable y hemos visto otro fuego que no es el del cielo, *jarrayo!* ...

El guía agitó sus grandes ojos y bajó la cabeza para dar más expresión al juramento.

—Es igual, —siguió Shangarín tranquilamente—, todos mis fardos se hallan seguros y mis hombres se encuentran bien a excepción del hachero de ayer, que ha recibido una bala en lo alto de la frente. Por su culpa, ¡animal! ¿Por qué se encarnizaba como un toro sobre el pantalón rojo en vez de huir? Aunque el hachero hubiera caído muerto en el sitio, su jefe no le hubiera hecho oración fúnebre ...

—Los Cristinos no están ya—, continuó Shangarín en voz baja—; los unos se vuelven a Pamplona y El Pastor está en marcha con su columna hacia San Sebastián; el brigadier realista Saraga deberá hallarse en Vera esta noche o mañana por la mañana. El Larún se ve libre en este momento. Salid lo más pronto, pues tenemos que ponernos en marcha.

Sin esperar mi respuesta, el guja cruzó de prisa la valla del jardín y enderezó sus pasos hacia la ruta inmediata. Las casas laburdinas se parecen todas y presentan por fuera el mismo aspecto. Una puerta sobre puesta de emparrado daba entrada al jardín por el oriente; al lado, se elevaban colmenas protegidas por una techumbre. El

patio, puesto, según es usual, en la proximidad de las abejas, se resentía de la ausencia de las muchachas, y me pareció descuidado. El jardín, al contrario, perfectamente cultivado atestiguaba los cuidados de la dueña. En uno de sus ángulos verdeaba un laurel; los montañeses consideran aún este árbol como preservador del rayo. Los manzanos constituían el principal adorno del vergel y, sobre la talla de espinos bien tallados que formaba el cerco, los nísperos elevaban sus tallos de trecho en trecho. Más lejos se extendían los campos y diversos cultivos que completan el dominio patriarcal del Vasco, los aledaños de la casa, la *Echaldea* que el labriego tiene tanto esmero en conservar intacto y de transmitirlo en herencia a sus hijos.

Mientras me entregaba a esta inspección respirando desde un ventano el aire fresco matinal, Shangarín, de pie y apoyado en su palo, me esperaba en el camino inmóvil como una estatua. Pronto estuve vestido. El señor del dominio rural se había levantado dispuesto a acompañarme. En vez del ferrado bastón de níspero, arma inseparable del Vasco durante su juventud, tomó el Laburdino un palo largo de fresno blanco, cetro pacífico que los ancianos euskarianos llevaban en la mano durante las fiestas y diversiones públicas como símbolo de autoridad patriarcal. Se puso chanclos que realzaban su talla inclinada por la edad y se cubrió con la dalmática negra, *kapusailla* o *eskapila*, cuyo capuchón puntiagudo y alas caídas parecen haber servido de modelo al traje pintoresco de ciertas órdenes religiosas. He dicho ya que el cayado y la mitra de los Obispos cristianos, pastores del pueblo, imitan la gran curvatura y el tocado solar de los visionarios ibéricos, y que el traje primitivo de estos aborígenes se ha conservado en gran parte en los ticos ornamentos de los sacerdotes católicos.

El Viejo abordó a Shangarín tuteándole familiarmente y, a pesar de los, treinta años que contaba el jefe contrabandista, sus respuestas hechas en tono modesto y respetuoso eran testimonio de marcada deferencia; de tal modo el imperio de las costumbres nacionales eleva entre los Vascos el estado del labrador sobre todos los otros rindiendo veneración a la edad. El camino que seguíamos nos condujo al pie del monte Larún entre las aldeas francesas de Sara y Azkain. El anciano aminoró el paso como para invitar a Shangarín a adelantarse. Nuestra última conversación se deslizó acerca de la insurrección vasca. El lector me perdonará que cite los principales rasgos a favor de algunas exposiciones históricas.

—V. sabe como yo, señor Laburdino, que los Vascos remontan su origen al patriarca Aitor y que todo euskaro, todo soldado ilustre de la raza, todo hombre libre está reputado entre nosotros como noble e hijo de Aitor, *Aitoren seme*.

—Es cierto, —contestó.

—Le diré ahora que el nombre de Aitor es alegórico y significa padre universal, sublime, y fué imaginado por nuestros antecesores para recordar la nobleza original y la alta antigüedad de la raza euskariana.

—Nuestros antepasados, —dijo el Viejo—, fueron visionarios y letrados, teniendo una multitud de adivinos y profetas, y el *Agnus* brilló sobre ellos durante la edad primitiva. ¡Sus hijos caminan en la noche oscura; son pecadores!

Esta reflexión del Laburdino fué seguida de un instante de silencio.

—No ignora V., señor Laburdino, que nuestros abuelos repoblaron España, la Galia e Italia después del gran diluvio, como atina Humboldt, y que los patriarcas, al formar su república solar, improvisaron con la inspiración de Dios nuestra lengua *Euskara* en la cual cada sonido es armonía, cada palabra verdad; y que, en fin, los Vascos, distinguidos entre los pueblos de Occidente por el conocimiento de este Verbo divino, se llaman entre sí Euskarianos, *Eskualdun*, al mismo tiempo que dan el nombre de *erdara*, verbo imperfecto, medio lenguaje, a los dialectos mixtos, a las jergas tenebrosas de los pueblos extranjeros, sin exceptuar a las lenguas española y francesa.

—Todo eso es verdad—, repuso el anciano, cuya atención cada vez era más intensa.

—Tal vez habrá V. oído contar la invasión de los pueblos del Norte y de los Tártaros, que terminaron la edad de oro empezando para la humanidad la era de sangre y de tinieblas y el reinado del genio malo. La conquista de los Bárbaros desposeyó a nuestros antepasados de su hermoso territorio y volcó en toda la Iberia los robles de sus repúblicas federadas. El país de los Euskarianos, *Eskual-Erria*, que abrazaba primitivamente toda la Península Hispánica y una parte de las Galias, se restringió a las siete pequeñas regiones que los Vascos ocupan todavía hoy en los Pirineos Occidentales.

—Porque todo ello debía suceder—, replicó el fatalista montañés levantando hacia el cielo los dos brazos que dejaban colgar las anchas mangas de su dalmática.

—Diversos pueblos, tales como los Cartagineses, los Romanos,

los Godos y los Moros, han conquistado a su vez la España y, durante más de treinta siglos de combates, la federación euskariana, atrincherada en sus montañas, ha sabido defender contra las hordas bárbaras la independencia originaria de sus repúblicas, sus costumbres y leyes patriarcales, los dialectos de su lengua primitiva y la gloria de su antigua nacionalidad.

—También es cierto todo eso, —afirmó el Laburdino con un signo, extendiendo el brazo para golpear la tierra con su palo blanco; porque el Vasco no puede hablar sin gesticular, manifestándose al exterior la vivacidad de sus impresiones por la brillantez de voz y el juego continuo de una mímica expresiva que el movimiento de las pasiones convierte a menudo en teatral y pintoresco.

—Los Navarros y demás Vascos se hallan hoy en armas al otro lado de los Pirineos para defender contra los Imperialistas de Castilla sus nobles libertades y el individualismo de nuestra raza Primitiva y solar, bajo el mando de un jefe libremente elegido, Zumalacarrregui, y bajo la bandera nacional de un Señor y Rey, D. Carlos. Los Castellanos han hecho irrupción en la Vizcaya; el roble venerable, al pie del cual tenían lugar desde hace tres mil años las asambleas de la república, ha sido tronchado. En su lugar, los invasores han escrito en su nueva lengua esta inscripción digna de los Bárbaros: AQUI FUE GUERNIKA.

—¿Será verdad?

—No habéis olvidado, sin duda, que Laburdi hasta la revolución francesa del 89 era una de las repúblicas de la federación euskariana. ¿Quiere decirme dónde se halló situado el roble de Ustaritz, porque no he visto inscripción que indique el lugar donde los ancianos de esta región se congregaban en la primavera para formar la asamblea augusta del *Bilzar*? Nuestro país es una ruina viva. Todo pueblo que renuncie a su nombre está borrado de la historia y arrastra el destino de los vencidos. Un siglo más y los aldeanos libres de Laburdi, que se titulaban con orgullo señores nobles de sus casas, no serán sino caseros y siervos de los hombres de finanza que trabajan sordamente en la usurpación social bajo la capa de la justicia, siendo más peligrosos que los antiguos Bárbaros cuya hacha feudal vino otrora a quebrarse contra nuestras peñas.

El Laburdino caminaba con paso desigual que denunciaba la agitación de sus pensamientos; su cabeza se movía de un lado a otro con la capucha terminada en punta y, cada vez, lanzaba sobre mí miradas bravías. Se acercó a mí.

—Agustín—, —llamó con voz concentrada inclinándose a mi oído que caldeaba con su aliento—; lo que acabas de decir lo pensé yo hace tiempo, pero el día en que esta triste luz haya brillado para todos los espíritus, será mejor llevar en el País Vasco una boina de aldeano que un sombrero de elector burgués.

—¿Qué dice V.? La clase de hombres de que hablábamos hace un momento tiene para ella la ley que ella misma ha hecho secundada por los que arrastran sables comprados por su oro y bayonetas cien veces más numerosas de lo que hace falta para exterminarnos en Francia.

—¿Aquí bayonetas?, —preguntó el montañés irguiéndose como un viejo ciervo perseguido por los perros.

En vez de contestarle, le di un golpecito en la espalda y tendí la mano. Mi gesto silencioso le indicaba una casa solitaria de Sara, cuya entrada acababa de abrirse al sol naciente. En el umbral de la morada laburdina se mostraba de pie un soldado francés que era reconocido desde lejos a causa de su pantalón claro. Al mismo instante una nube vaporosa veló el sol a medias y extendió sobre las colinas una sombra de tristeza.

No vacilo en confiar al lector nuestras conversaciones. Nuestros pequeños aires de conspiradores le parecerán de lo más inocentes. Este patriotismo exclusivo al cual el carácter vasco debe toda su poesía, parecerá muy estrecho a los sublimes genios de la prensa actual, los cuales desde hace mucho tiempo olvidaron su aldea natal y cuya patria se extiende tan lejos como sus vastas concepciones y sus magníficas teorías gubernamentales. ¡Esos políticos franceses tendrán lástima de nuestro anhelo de libertad y de nuestros votos de nacionalidad en lo futuro!

Perdonaré al lector de explicarle el adiós cambiado con el Laburdino. En cuanto el bravo hombre volvió la espalda, le seguí con la vista durante algunos instantes. Sus piernas adelgazadas se cubrían con medias de lana parda cuya bordura se alargaba al caer sobre los chanclos, como en el indumento gótico que se ve al pie de la columna trajana. El corte del traje tenía algo de monumental. He visto muchas veces durante el invierno en lo alto de las colinas tapizadas de nieve hacer su aparición a un Vasco cubierto con dalmática, semejante a un negro fantasma, y descender gravemente la cabeza y las orejas envueltas en capuchón triangular, sin dejar ver más que su nariz aguileña, los ojos brillantes y su barba velluda. Siempre me llamó la atención el aire austero del montañés y su andar imponente.

IV

EL LARUN

Me uní con el guía al pie del monte Larún en momentos en que aquél pateaba de impaciencia diciendo:

—Le creía a V. con cierta inclinación a conversar con las jóvenes, pero no hubiera jamás sospechado que la chavola de un viejo aldeano tuviera tanto encanto para V.

—El motivo de nuestro diálogo le hubiera interesado, Shangarín, porque hablábamos de abolir la aduana en estas fronteras.

—Muy bien, pero en tanto que ese hermoso proyecto se cumpla, le advierto que los aduaneros acaban de salir corriendo de Sara y suben en este momento por el Larún del lado de la aldea con la intención de cortarnos el paso. Hemos sido percibidos. Supongo que no tendrá V. ningún deseo de ser interrogado, registrado, confrontado y después conducido muy cortesmente a Bayona entre dos gendarmes. De modo que ¡buen pie y buena vista!: llevamos sobre esos lebreles diez minutos de ventaja y no se trata sino de correr.

Y corríamos. La liza era dura, pero llegamos los primeros a la cumbre y los aduaneros tuvieron que volver sobre sus pasos abandonando la caza. Un águila agarrada a una peña del Larún hizo oír su grito salvaje tendiendo el vuelo a nuestra proximidad. La noble ave trazó una curva que se alargaba a cada vuelta para después terminar rápidamente su ascensión. Tal fué el vuelo de tu gloria, ¡oh Zumalacarregui!, hasta el día en que la flecha te hirió en el cielo donde planeabas.

Yo quería correr de un tirón hasta Vera, pero Shangarín me detuvo:

—¡No tan de prisa! Los Cristinos están quizás en el pueblo; además, los peseteros no tienen nunca prisa en marcharse y, aunque no quedaran más que algunos en las tabernas, le pondrían a V. desnudo como un gusano y le harían sentir la punta de sus cuchillos. Esperad aquí a que yo vuelva.

El consejo era persuasivo y no vacilé, en seguirlo. El guía salió para Vera.

El Larún domina un extenso paisaje, tal vez el más hermoso de los Pirineos Occidentales, tan ricos en panoramas pintorescos. Al mediodía, la Navarra peninsular, cuyos valles se suceden huyendo hasta el Ebro; al norte, las tres provincias de la Vasconia francesa,

Bayona, Pau, las Landas; al oriente, la cadena de los Pirineos cuyas cimas gigantescas, semejantes a Titanes, se elevan y se aglomeran por millares como para escalar el cielo; al oeste, las costas escarpadas del golfo de Vizcaya y la inmensidad del Océano. La claridad de un bello día me dejaba percibir a pesar de la distancia el lejano puerto de Bilbao y distinguía, siguiendo el litoral, Guetaria, San Sebastián, Pasajes, Fuenterrabía y la isla de los Faisanes, llamada isla de la Conferencia desde el famoso tratado de los Pirineos al que van unidos los nombres de Luis de Haro y Mazarino y la entrevista de los reyes en ocasión del casamiento de Luis XIV con la infanta Ana de Austria. Veía correr el Bidasoa al salir de Navarra hacia el golfo y separar de Guipúzcoa el territorio laburdino. Ese río sirve de límite a los dos reinos de Francia y España. Tenía a mis pies el Laburdi que acababa de cruzar y cuyas treinta parroquias podría contar. Hendaya y Ustariz me recordaban dos épocas bien distintas de la historia de los Vascos cispirenaicos, sus guerras contra los Francos y sus expediciones marítimas.

Hacia un siglo que España era presa de los Visigodos. Atanagildo y Agila se disputaban la corona cuando los Vascones conquistaron Alava a los Bárbaros y poblaron esa comarca de sus colonias. Belisario volcó la monarquía creada en la costa de Africa por los Vándalos fugitivos y Liberio restablecía a los Romanos en Andalucía. Los Euskaros saludaron desde lo alto de los Pirineos el regreso de sus antiguos aliados. Las victorias de Belisario y de Narses y las leyes de Justiniano dieron al imperio un brillo pasajero. Los Visigodos, amenazados por todas partes, convocaron una asamblea general en Córdoba y proclamaron por rey a Leovigildo, que fué el Carlomagno de esos Bárbaros, Los Suevos, amos de Asturias y Galicia, habían recobrado su independencia. Leovigildo los avasalló, venció a los Imperiales de Andalucía y, llevando la guerra a los Vascos de Alava, les obligó después de veinte batallas a elegir entre la servidumbre y el destierro. Una colonia de Vascones emigrantes franqueó los Pirineos y se estableció en la Navarra ultrapirenaica, cuyas lomas se suceden sombreadas por brezos entre las dos lindas regiones de Zuberoa y Laburdi.

El abate Biclar transmite en su crónica un pequeño incidente que puede dar idea de la religión de los Vascos en aquella época. La fama había publicado en Alava las amenazas de Leovigildo, y el senado de la región se trasladó a Amaya. Un anciano, cubierto con piel de lobo, se presentó en la asamblea, la cual reconoció en él

a San Emiliano que, de pastor se había hecho ermitaño para asombrar con las austeridades de su penitencia. El viejo solitario, apoyado en su largo cayado, se paró ante el roble del consejo. Su aparición inesperada elevó en el *Bilzar* un murmullo de sorpresa y curiosidad. La frente calva del ermitaño se hallaba llena de las arrugas de todo un siglo; su barba blanca como la nieve le caía hasta cintura; el sueño de la bondad parecía haber cerrado sus ojos, sobre los cuales resbalara la inspiración. El silencio se hizo profundo. Emiliano iba a hablar. Tal vez trajera el santo desde la llanura alguna noticia que interesara a la libertad de los Alaveses; quizás, inspirado por el cielo, revelara los proyectos de Leovigildo. Nada de eso, porque San Emiliano acudía hacia los jefes Vascones a acusarles de sus pecados y de la ley que permitía a los sacerdotes de la Vizcaya conservar una *barragana*, una camarera, *gelari*.

Los junteros alaveses se burlaron del sermón y riéronse a las narices del santo varón. Andeka, uno de ellos, invitó bruscamente a Emiliano a retirarse diciéndole que la gran edad había debilitado su razón. El ermitaño, encolerizado, golpeó violentamente la tierra con su bastón, levantó la cabeza con altivez y mostró encendidos sus ojos.

—¡Anatema!, —exclamó el servidor de Dios con voz terrible que hizo ondularse la barba blanca.

Andeka palideció ante ese grito y, tambaleándose como herido por un rayo, cayó muerto Tal es el relato de los crédulos de leyendas.

Los Alaveses se señalaron por una defensa heroica, pero la victoria traicionó los esfuerzos de los Vascones. Irún, cuyas ruinas ocupan un amplio circuito en Alava; Gazteiz, hoy Vitoria; Cantabriaga, edificado en una colina frente a Logroño; Amaya y otros pueblos menos considerables, fueron incendiados por los Bárbaros. Pero a medida que el vencedor iba edificando de prisa una fortaleza al pie del monte Gorbeyo, los Vascos iban abandonando Alava y cruzando los Pirineos para descender en masa a la antigua Novempopulania, seguidos de sus mujeres.

¡Qué espectáculo el de una población desesperada que marcha al destierro, más terrible que la derrota, afilando las armas con que deberá afrontar otros combates para conquistar su nueva patria! Los historiadores fijan en el año 581 de *Cristo* el establecimiento de los Alaveses en la Navarra septentrional, entre Zuberoa y Laburdi. De esta época datan las primeras invasiones de los Vascones cispi-

renaicos en la Novempopulania, sometida a los Francos. El rey Chilperico envió contra ellos al general Bladaste. El obispo e historiador Gregorio de Tours, que no se presenta siempre tan avaro en detalles, dice muy lacónicamente que el duque volvió herido después de haber perdido la batalla y los dos tercios de su ejército.

El Franco y el Vascón, dignos rivales el uno del otro, libraron durante los años siguientes más de un combate encarnizado. El Bárbaro tenía talla de gigante; el Euskariano su agilidad, su vigor. El primero lanzaba de lejos sus mortíferos arpones; el segundo, las javalinas romanas; los dos usaban broquel redondo como arma defensiva. El Franco arrojaba a través la refriega su hacha de hierro con mango corto; la del Euskaro, más corta, era de bronce y caía rara vez de su valiente mano. El Vascón manejaba con destreza el sable ibérico, puntiagudo, ancho y de dos filos, que los Romanos adoptaron para vencer a los Galos y conquistar al mundo; el *ganibet*, especie de cuchillo de caza o de puñal sujeto al cinto por una vaina, completaba la armadura del Vascón y venía a constituir el último recurso de su coraje para desembarazarse del Bárbaro en lucha cuerpo a cuerpo. El montañés combatía vestido a la manera de sus antepasados: camisa de anchas mangas y brillantes corchetes; capa redonda sobre la espalda y desnuda la cabeza de cabellos flotantes. Cantos guerreros acompañaban su marcha rápida, y sus ruidosos clamores sembraban el espanto, precursor de la muerte.

Los Vascos en la primavera del año 600 acabaron de conquistar la Novempopulania y pusieron una guarnición en Burdeos. «Hacer una batida o caza general; matar indistintamente a los animales domésticos o a los salvajes y suspender sus despojos en las ramas de los árboles; entregarse durante varios días a alegres festines en que bailaban los guerreros y cantaban los bardos; plantar en cada poblado el roble de la libertad, tal era entre los Euskarianos la manera de tomar posesión de una conquista» (Mayerne Turquet).

Los reyes Teodoberto y Teodebaldo hicieron contra los Vascos dos campanas consecutivas y la guerra terminó por un tratado de paz que cedía a éstos las provincias conquistadas con la condición de que recibieran de los reyes francos un duque o señor para gobernarles, pero sin tributo. El primer duque de los Vascos fué Genialis, y a su muerte el rey Clotario envió para sucederle un señor llamado Aginan, que fué vergonzosamente echado por los euzkos para ser proclamado un jefe de su raza, recobrando así la independencia en jaque.

El ducado de Vasconia fué comprendido nominalmente en el reino de Aquitania, erigido en favor del joven Cariberto para compensarle de la parte que su hermano Dagoberto le usurpó en la herencia paterna. El rey de Toulouse, bien ajeno a armar contra él la independencia de los Vascones, buscó el apoyo de los montañeses y la alianza de su jefe Amando, con cuya hija Gisela casó, que era ya célebre por su belleza aunque tan sólo contaba quince años. El autor de la Vida de Santa Rictrudis nos comunica que los señores aquitanos iban a terminar su educación y a formarse en el manejo de las armas a la escuela de los belicosos Vascones. Varios de ellos se casaron con jóvenes vascas imitando con ello a su rey.

Escuchemos al ingenuo cronista: «Aldabaldo, favorito de Cariberto, se casó con Santa Rictrudis, hija de Lucía y Arnaud, de la raza de los Vascones. Este joven señor estaba dotado de todas las ventajas de la fortuna y de las más bellas cualidades del alma, cultivadas por una educación esmerada. Se le comparaba al rey por su buen aspecto, y los encantos de Rictrudis cedían apenas a la gran hermosura de Gisela. Asuntos de familia obligaron a Aldabaldo a realizar un viaje a Aquitania poco después de su matrimonio. ¡Joven esposa, qué esfuerzos hiciste en vano para retenerle! ¡Cuán conmovedora tu despedida cuando, alarmada por negros presagios y los ojos anegados en lágrimas, no se podía separar de tus brazos! ¡Agobiada por una visión fúnebre le creíste ya tendido en un camino desierto, ensangrentado y atravesado de heridas! Pero se fué.....; cayó lejos de ti, víctima del hierro asesino..... Entonces para quedar sola con tu dolor, buscaste la sombra y soledad de un claustro, y el venerable Obispo de Utrecht, al sujetar el velo en tu frente, poco ha deslumbrante de alegría y de amor, no pudo negar una lágrima a tu infortunio».

El reino de Aquitania, formado de las provincias comprendidas entre el Garona y el Loira, estaba habitado por catorce pueblos célticos cuya independencia hacía sombra a los Francos. Dagoberto atrajo hacia su corte al rey de Toulouse y le hizo envenenar con Chilperico, su hijo mayor. La reina Gisela se refugió en la casa de su padre llevando en brazos a Boggis y Bertrand, últimos frutos de su himeneo. El duque de los Vascones presentó esos dos jóvenes príncipes a la asamblea de sus guerreros, y los montañeses juraron sobre el hacha de armas hacerles restituir la corona. Dagoberto les envió en este intervalo un gobernador, el cual fué quemado vivo, e hicieron una incursión hacia el Loira. Dagoberto reúne en seguida

todas sus tropas de Borgoña y las pone al mando de Radoin o Chadoin, generalísimo bajo el cual once duques mandaban cada uno un cuerpo de ejército. El monje de San Gall transmite que el ejército francés tenía, además, una infinidad de condes y señores aventureros en sus filas. Los Vascones salieron al encuentro de los Francos llevando a su cabeza al viejo duque Amando, y perdieron una batalla. Chadoin persiguió con ardor este primer éxito y, arrasando todo a hierro y fuego, según la expresión de un cronista, avanzó hasta el límite del ducado de los Vascones en el valle de Zuberoa. Ahí los montañeses se habían unido y volvieron al combate con nueva furia para obtener una de las más brillantes victorias que hayan señalado contra los Francos el valor de los Vascos cispirenaicos.

Sabían los Bárbaros admirar el heroísmo y respetar la decisión de los combates. Dagoberto propuso la paz y el duque Amando condujo a Clichy a los jefes de los Vascones, quienes se negaron a presentarse ante Dagoberto en medio de su corte, y se dirigieron directamente a la iglesia de Saint-Denis donde de una y otra parte fué jurada una paz que garantizaba la completa independencia de los Vascos dentro de los límites de su ducado y restituía la Aquitania a los hijos de Cariberto en virtud, es cierto, de feudo procedente de la corona de Francia. Aquí los débiles fulgores de las crónicas se apagan en la profunda noche que envuelve a la historia de los reyes holgazanes (9).

No haré sino indicar la caída de la monarquía visigótica bajo Roderico y la conquista rápida de España por los Arabes-Moros. El mismo estandarte' reunió en la batalla de Tours a dos jefes y dos pueblos rivales: los Aquitanos y los Francos; Eudes y Martel. El rey de Aquitania murió en Toulouse al mismo tiempo que Pelayo en Asturias. Tuvo por sucesor a su hijo Hunaldo. El exterminio de la familia de Cariberto y la conquista de Aquitania parecían haber constituido el pensamiento capital de la política de los Carlovingios. Los Vascos fueron casi los únicos combatientes que tomaron parte en estas luchas gigantescas y los que defendieron contra los Francos la nacionalidad de Aquitania y el trono de Cariberto, del cual los montañeses hicieron el baluarte de su independencia. Pero la for-

(9) Amando muere. Los Vascones proclaman a Lupo I (Lupus o López, llamado *Ochoa* en la lengua de los montañeses). El sucesor de Lupo I fué Eudón o Eudes, nieto de Cariberto, que subió al trono de Toulouse a la muerte de su padre Boggis y transmitió el título de duque de Vasconia a su hijo Reminstain. (Nota del Autor).

tuna adoptó a los Carlovingios y desertó de la bandera meridional. ¿Cómo podía el heroísmo aislado de los Vascones haber servido de dique al torrente de los Bárbaros guiado por conquistadores como Martel, Pipino y Carlomagno, el Bonaparte de los antiguos Teutones?

Los Vascos, tras el fin trágico de su duque Remistain, y el de Lupo II, proclamaron a Lupo III, nieto de Waifaro, último de los reyes merovingios de Toulouse. El joven duque se había nutrido, con el jugo lácteo de su madre Adela, del odio más ardiente contra los Carlovingios, y los Vascones no respiraban sino venganza. La expedición de Carlomagno a España les ofreció la más bella ocasión de que supieron aprovecharse: hablo de la jornada de Roncesvalles. Algunos escritores franceses colocan esta batalla en el rango de las fábulas y la abandonan a los romanceros del siglo trece. Sin duda, la vanidad nacional es perdonable cuando no tiene nada de pueril, pero no hay que llevarla hasta el ridículo y el absurdo, como lo han hecho esos críticos oscureciendo el testimonio de los cronistas y poetas contemporáneos. Los Euskarianos no escribieron nunca su historia, ¡y es curiosa leer la que sus enemigos les han hecho!..... Por no citar aquí más que la victoria de Roncesvalles, ¿no se atribuyen esa gloria los Gascones del Garona y los Castellanos del Duero? ¡Es lástima que esta batalla, ganada por los Vascos cispirenaicos y sus hermanos de la Navarra peninsular, haya tenido por escenario el valle de Roncesvalles, tan lejos de los Castellanos y de los Gascones en una época en que esos pueblos no existían aún!

El secretario Eginardo, a quien se presume haber escrito sus anales bajo el dictado de Carlomagno, comunica que toda la retaguardia del ejército francés *perció hasta el último hombre* bajo el hacha de los Vascones. Sesenta años después, los cronistas franceses se dispensan de citar los nombres de los cortesanos que hallaron la muerte en esta batalla diciendo que la fama los había ya publicado bastante en Europa. Entre ellos estaba Egiberto, gran maestre de la casa del rey, y Anselmo, conde del Palacio. El famoso Rolando, conde de Angers, terminó en Roncesvalles su carrera caballeresca.

La tradición fabulosa hace saber que un Vascón, tras vanos esfuerzos por afianzar su armadura, arrojó su hacha de armas, cogió al paladín cuerpo a cuerpo y, como otro Hércules, ahogó entre sus brazos a ese nuevo Anteo. Los romanceros franceses describen a Rolando sobreviviendo a la matanza de sus compañeros y de Olivier, que había caído a su lado, y nadando en sangre, lleno de heridas, tocando con desesperación su cuerno encantado cuyo son infernal,

rechazado por el eco, hizo temblar a Carlomagno fugitivo por las planicies de la Novempopulania.

La piedad de los Navarros elevó la capilla de Roncesvalles, donde las cenizas de los caballeros franceses reposan en tumbas subterráneas. Los montañeses eligieron para sepultura de los guerreros más vulgares un terreno particular en que se entierra aún a los forasteros que fallecen al pasar el valle. Los Navarros enseñan después de diez siglos al crédulo viajero las verdaderas botas y la espada auténtica de Rolando. Trofeos menos sospechosos son las enormes osamentas recogidas en el espacioso llano que sirve de entrada al de Valcarlos y que más de una vez el capellán de Roncesvalles vendió a peso de oro a los peregrinos de Francia como monumento curioso y prueba de la alta estatura de sus antepasados los Bárbaros.

El monje de Saint-Fleurs declara que la derrota de Roncesvalles oscureció en el corazón de Carlomagno toda la alegría de sus precedentes victorias; rechazaba aquel recuerdo con amargura; y cuando los Pirineos y la España ofrecían el más bello teatro a sus armas, se le vió llevar sus furores a oscuras y frías comarcas, mereciendo por sus inauditos trabajos contra los Sajones los odiosos títulos de conquistador fanático y de convertidor sanguinario. Carlomagno, al restablecer el reinado de Aquitania en favor de su hijo Luis el Piadoso, parece haber tenido por finalidad oponer una barrera a la propaganda federal y a la independencia de los Vascones. El rey de Aquitania afrontó de nuevo la pelea a la cabeza de las tropas más aguerridas de todo el imperio germánico. Esta última guerra duró diez años y fué atroz; los prisioneros hechos de una u otra parte eran degollados o quemados vivos, Adalrico, hijo de Lupa III, murió combatiendo; después Centulio, después Semeno, luego Garcimiro, Centulio-Lupo y Aznar, consecutivamente proclamados duques de los Vascones. Un último brote de Cariberto y de Gisela, huyendo tras la persecución de los Carlovingios, se refugió en la Vasconia peninsular; más tarde, los montañeses le hicieron rey para marchar con él contra el califa de Córdoba y los Arabes-Moros.

Los Vascos cispirenaicos, abandonando al feudalismo francés las provincias de Bigorre y Bearn, se atrincheraron definitivamente en sus límites actuales de Zuberoa, Benabarre y Laburdi, hacia el año 835: Pipino II, rey de Aquitania, ensayó imponerles gobernadores, pero los degollaban a todos; de suerte que, dice el cronista no se encontró señor francés bastante atrevido para aceptar aquel puesto peligroso, y fué preciso que los Bárbaros dejaran al indo-

mable Euskariano gozar a la sombra del roble patriarcal y de sus peñas tutelares los placeres divinos de la libertad (10).

Los Vascos peninsulares dan a los de Francia el nombre de *Ultra-puertos* (3) (ultramontanos), llamándoles aún *Auchak* (Auscianos), de Auch o Elusaberri, una de las más florecientes ciudades del antiguo ducado de Vasconia. Se encuentran en las colmas de la Novempopulania torrecillas en ruinas, telégrafos nocturnos que servían a los montañeses para comunicarse de lejos sus señales por el fuego, Estas alturas ofrecen también campamentos circulares, particulares a la nación, elevados en declive y sobrepuestos por un parapeto sin presentar ninguna salida ni abertura; pero los ágiles hijos de la montaña no tenían dificultad en franquearlos. Podían contener de unos mil a mil doscientos guerreros combatientes. Es ahí donde los Vascones durante sus incursiones guerreras pasaban las noches con sus mujeres e hijos al abrigo de toda sorpresa. Estas fortificaciones no han perdido solidez; las lluvias, los terraplenes tan frecuentes en estos lugares desiertos, y un abandono de diez siglos, no han podido desunir la tierra que constituyó su cimiento; porque hasta los monumentos más sencillos la mano poderosa y mágica del pueblo aborigen ha sabido imprimir un sello indestructible de dureza e inmortalidad.

Los Vascos cispirenaicos tomaron parte gloriosa en las guerras de la federación contra los Arabes-Moros hasta el siglo trece. Con la paz comienzan las piraterías de los Laburdinos, que recibieron el nombre de Lobos de mar. Hacía falta la audacia natural del Vasco y su genio emprendedor para meditar expediciones marítimas en la orilla del golfo más tempestuoso de todo el Océano. La ballena era

(10) Los Vascos de Zuberoa vivieron hasta la revolución del 39 bajo el imperio de un Fuero o Derecho escrito en el reinado de Francisco I. Esta recopilación de leyes y costumbres conservadas por la pequeña república de los Suletinos empieza así: «Por un uso de alta antigüedad los nativos y habitantes de esta tierra de Zuberoa son de origen libre y franco sin tacha de servidumbre; nadie tiene derecho sobre sus personas o sobre sus bienes. Los Suletinos llevan armas en todo tiempo para defensa de su país situado a la extremidad de Francia entre los reinos de Navarra y Aragón y el país de Bearn. Pueden cuantas veces quieran reunirse para tratar de asuntos comunes, establecer los estatutos y reglamentos que juzgaran útiles, y sus convenciones tendrán fuerza de ley: los burgos y barriadas deberán someterse. El derecho de caza y pesca es común a todos los habitantes del país de Zuberoa, etc., Los Estados de Zuberoa, celebrados anualmente, se dividían en dos cámaras. M. Faget de Beaure prueba que la idea fundamental de la constitución inglesa fué tomada de los Vascones por sus insulares, durante mucho tiempo dueños de la Guiena. (Nota del Autor).

frecuente en esa época por las costas vascas. El Vasco percibió de lo alto de sus rocas al enorme cetáceo y corrió a forjar el arpón que debía atravesar a la reina de los mares. Los Laburdinos siguieron a la ballena hasta el estrecho de Dawis, haciendo al mismo tiempo la pesca del bacalao sobre los bancos de Terranova.

Hoy, los Vascos no tienen ya marina, y varias aldeas de Laburdi, florecientes antes, caen en ruinas. «¿Qué ha sido de los habitantes de ese lugar?», decía un viajero a un anciano de Hendaya sentado en cuclillas sobre la hierba de algunos escombros. «Los unos murieron». repuso el laburdino levantándose; «otros emigraron y la mayoría fueron decimados por la guerra.....; los demás se hallan sepultados en el gran campo (*alor andia*) que está detrás de la iglesia». «¿Qué campo?», preguntó el interlocutor. El Vasco miró fijamente al hombre frívolo que no le había comprendido, y salió haciendo con el brazo un gesto solemne: ¡ese gesto señalaba al Océano!.....

(Continuará)

Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

Por J. Agustín Chaho

Traducido por «MARTIN DE ANGUIOZAR»

(Continuación)

V

EL NAVARRICO.— EL CAPUCHINO.

Hacía una hora que me paseaba alrededor del monte Larún, y mi guía no regresaba. Tomé la resolución de refugiarme en una casa aislada de Vera, que se percibía a cierta distancia. Reconocí al acercarme que debía pertenecer a algún aldeano poco afortunado. Me encontraba ya en el reino de Navarra y no dudaba que el señor o amo de la habitación me dispensaría los honores de un verdadero hidalgo; porque el Vasco peninsular es aún más orgulloso y más austero que el Laburdino.

Llamé a la puerta y un hombrecito de diez años acudió a abrir. Su aspecto espiritual respiraba salud; sus mejillas sonrosadas, su cabellera rizada le daban un aire de querubín, y las prendas de vestir de grueso paño no podían destruir esta primera impresión. Las miradas expresivas y curiosas que paseaba por mi persona anunciaban una inteligencia superior a su edad. Es increíble cómo la lengua euskariana, con sus raíces armónicas, con sus palabras compuestas, admirables por la riqueza de sus imágenes y por la transparencia de su idealismo, favorece al desarrollo del espíritu. Este hermoso idioma no se aprende, no se recuerda; se adivina y, se im-

provisa a esa edad misteriosa en que la naturaleza se revela al hombre, extraña y divina, y reacciona con todo el prestigio y poder de sus cuadros sobre la impresionabilidad virgen e imaginación poética del niño. Todos los sonidos del lenguaje primitivo son para él comprensibles, adaptables, y la armonía del Verbo inspirador redobla la iluminación del pensamiento y la vivacidad de las percepciones íntimas.

El niño de la sociedad vasca acusa también otras modificaciones que influyen sobre su carácter. Los cuidados de que se rodea a su debilidad, el derecho y la justicia que se respeta en él, elevan su alma. Las ocupaciones habituales de un pueblo agrícola y pastor le permiten ser útil desde sus primeros años. Se cree un miembro indispensable de la familia y es tratado en consecuencia; y la buena opinión que se forma de sí mismo se acrecienta cada vez que se le dirige con admiración el título glorioso de hombre, *¡gizona!* En cuanto entra en una velada de treinta personas, los cantos y las conversaciones se detienen y un silencio profundo acoge *su agur* o *su gabón*, al cual todos los concurrentes contestan en coro. Entonces explica con voz alta y en términos claros y a menudo pintoresco el motivo de su presencia. Estas escenas patriarcales no se parecen en nada a las de las villas pulidas, donde todo es desmoralizador. El Vasco, criado en otro medio social, crece para honrar su virilidad con las más nobles virtudes. Libertad, derecho, y justicia son tres ideas naturales que encarnan profundamente en él. Hay que haber estudiado el largo efecto de esta educación familiar para darse cuenta de la inteligencia precoz del pequeño Vasco, del heroísmo de que es capaz, de la altivez nativa del montañés a los veinte años, de su indomable energía a los cuarenta.

El niño que me había abierto la puerta de la habitación navarra representaba para mí el *Etcheko-Jaun*. Le pedí hospitalidad para una hora, añadiendo algunos detalles obligados acerca de la circunstancia que me conducía a su morada. «Suba, suba», respondió con viveza el pequeño vasco, y ya el niño alegre me precedía corriendo por la escalera en tanto que los rizos de largos cabellos saltaban sobre su cuello desnudo. Ví en la cocina gran fuego ante el cual se enrojecía una marmita de hierro de dimensiones exiguas, emblema del pequeño hogar que debía alimentar. La criatura me presentó un banquillo, fué a buscar el suyo y se sentó gravemente atizando al fuego, para imitar a su padre.

—¿Estás solo en la casa?

—Solo; mi padre se fué de mañana temprano al pueblo. Hoy es fiesta en España, la *Anunciación*.

—Y tu, ¿no vas a la iglesia?

—¡Ay, no, nunca!—, contestó el niño dando tirones a sus pantalones de tela ordinaria—; y no es porque no tenga ganas, pues me dicen que se ve allí a Dios Padre, a la Virgen María y al Niño Jesús, pero no tengo traje bastante bueno y V. sabe que hace falta dinero para comprar un terno completo.

—Entonces, ¿tu padre no es rico?

—No era tampoco pobre, puesto que tenía en su armario hasta tres onzas de oro, pero los Cristinos le impusieron una contribución forzada y ha tenido que entregarlas, así es que tengo que esperar hasta el año que viene para vestirme. Mi padre ha dicho que han violado sus *fueros*, sus derechos; porque los Navarros no deben nada a los reyes ni a las remas y las cortes de Pamplona tienen solas el derecho de fijar los impuestos. ¡Paciencia! Cuando termine la guerra, los Fueros de Navarra quedarán restablecidos como siempre.

¡Sofistas, id a aprender de la boca de un niño las leyes de un pueblo libre! El banquillo sobre el cual se hallaba sentado, es para mí más respetable que las cátedras de vuestras escuelas. ¡Hermanito! ¡No puedo decir tu nombre al lector! ¡Quién sabe la suerte varia que la guerra puede aún traer y si las líneas que trazo no te serían fatales! Las hordas extrañas pueden aún invadir mi patria.....

—¡Hombrecito!, tengo hambre, ¿qué me vas a dar para almorzar?

—Hay huevos frescos, leche y un pastel de maíz; sin duda mi padre traerá otro. En cuanto a pan, hace tiempo que no ha entrado ni una miga en esta casa.

Esta miseria me afectó y maldecí la opresión brutal que nada respeta, ni los vestidos ni el alimento del pobre. El Navarrico me hizo los honores del frugal almuerzo, que dividimos a medias sobre las rodillas.

—¿De modo, amiguito, que los Cristinos han arrebatado las tres onzas de oro a tu padre?

—¡Oh!, ¡si hubiera V. visto qué irritado se hallaba! El mismo día quiso marcharse voluntario de Zumalikarra—, y el niño, por un trabucamiento silábico familiar al genio del euskera, sincopaba así aquel nombre glorioso y daba una gracia infinita a su lenguaje; rogué a mi padre que no me abandonara solo aquí, ya que mi madre había muerto. y porque, además, se decía que Zumalikarra no tenía bastantes fusiles para darlos a los hombres de su edad.

—Y tu, ¿te atreverías a partir?

—No quisiera más que eso, pero no me aceptarían—, dijo el niño con tono confidencial—; no llego a la talla.

—¿Qué importa eso? Habrás oído contar la historia del pequeño Guipuzcoano Perucho de Mummaras, que antaño gobernó a España, y la del pequeño Pedro Navarro, que llegó a general en Italia y fué denominado gran capitán.

—¿Era tan famoso como Zumalikarra?

—No, porque hizo siempre la guerra en países extranjeros y no se batió jamás por Navarra.

—Ví a Zumalikarra el día en que cruzó estas montañas marchando a pie al frente de sus guías. Dos voluntarios llevaban por las riendas su hermoso caballo y su gran mulo. El general se cubría con boina, pantalón rojo, zamarra negra con corchetes de oro; largos bigotes y una gran espada..... ¡Si supiera V. lo que ha hecho estos últimos días! Ha tomado por asalto Etcharri-Aranaz..... y ha perdonado a todos los prisioneros. ¡Qué diferencia de los generales Cristinos que hacen degollar a nuestros enfermos y heridos!..... Ha..... escrito..... una carta..... de desafío..... proponiendo..... un duelo de quinientos Navarros contra mil Castellanos—, dijo el vasquito, que había dejado caer su pan y su cuchillo, y gesticulaba con manos y cabeza parándose a cada palabra.

—¡Hombre! ¿Qué me dices?—, exclamé fingiendo admiración.

El niño saltó de su banquillo y, posando la mano en mi espalda, me miró a los ojos:

—¡Sí, quinientos contra mil!— ; y agregando con malicia exaltada, que le hizo asomar el rojo a la cara: —¡y los cobardes Cristinos han rehusado el combate!

El vasquito regresó á su asiento; sus ojos chispeaban, su corazón latía, con fuerza y le ví palidecer para volver a adoptar su actitud primera. Tales son las emociones infantiles que dan el primer temple al alma de los guerreros y de los héroes.

Preveía yo que a Shangarín le costaría dar conmigo en el asilo donde me albergué, y resolví volver al Larún después de haber premiado al Navarrico con el dinero necesario para adquirir la modesta indumentaria que echaba de menos. El niño no vió en la moneda sino brillantes juguetes sin precio; mas el tintineo de los *duros* produjo efecto mágico sobre un individuo que sentí levantarse bruscamente por encima de nuestras cabezas.

—¿Quién va ahí?

El pequeño no repuso, contentándose con sonreír. Un paso pesado hizo crujir la escalera vecina y, sobre la puerta de la cocina, asomó un fantasma sangriento con la cabeza envuelta en un pañuelo. La pícara criatura rió a carcajadas ante mi estupor. «¡Achut, tra.... la la». Era el hachero de la víspera. Al oír cantar al pobre, herido quizás de muerte, reconocí el carácter vasco y la educación que en el montañés hace que sea un deber ahogar los dolores para conformar su lenguaje al humor de los demás.

—¡Hein!—, prorrumpió con voz hueca—, V., que paga tan generosamente el peor almuerzo cuyo servicio completo no vale cinco perras chicas, ¿no daría V. algo para que el pobre contrabandista compre, no diré pipas, sino un puchero de sesos, ya que el que me hizo mi padre se encuentra en muy mal estado?

El abatimiento del hachero, sus ojos apesadumbrados su cabello mojado en sangre y su voz casi extinguida formaban un extraño contraste con la jovialidad que afectaba. El dinero que le dí la hizo más sincera. El hachero hubiera prolongado sus muestras de agradecimiento, poéticas y alegóricas, a no surgir una voz de fuera:

—¡Ah, señor rey don Carlos: le hacía a V. falta de Vascos para aprovisionar vuestra guerra, de Vascos para emprenderla, y Zumalacarregui para mandarlos!

Habíamos oído hablar a Shangarín. Conducía un voluntario navarro que iba a servirme de guía, pues ignoro aún por qué motivo no osaba avanzar él mismo hasta Lesaca. Puso en la mesa un paquete que contenía parte de mis efectos y me vestí nuevamente mi verde frac girondino de botones de cobre. El color de un traje no es cosa indiferente en día de guerra civil y sobre territorio español.

—Amigo—, dijo al hachero el voluntario chocarrero—, me parece que ha aplastado V. en la frente la mosca que le picó.

El voluntario llevó al vasquito junto a una ventana para cambiar con él algunas palabras rápidas en voz baja mientras yo me despedía del contrabandista.

—Hachero, amigo mío, el pájaro no ha dirigido su vuelo tan bien que el cazador no haya podido alcanzarle. Cuidese bien hasta curarse. Desde hoy va V. marcado para que le reconozca. Hasta la vista.

Me despedí de Shangarín teniendo cuidado de no dejarle celoso por el interés que testimonié hacia su hachero. El Navarrico observaba en silencio y parecía esperar su turno. No le olvidé.

El voluntario cargó amablemente sus bolsillos con mi catalejo,

un pequeño vocabulario y otras bagatelas; tomó sobre la espalda los pocos efectos que Shangarín me había hecho pasar por la frontera, los cuales iban cerrados en una valija que llevaba la milésima de 1823 con estas palabras: *Aprovisionamiento de víveres*. Sentía impaciencia por marcharme.

—¡Hola, voluntario de Navarra!, si no está V. cansado.....

—¡Ay, Jesús!, ¿cansado?, nunca.

—En ese caso va V. a hacer el favor de conducirme a Lesaca a casa de don Pedro de Arizmendi.

—¿El boticario?

—El mismo.

—¿A casa del boticario de Lesaca? ¡Figúrese si le conozco! Soy de Vera. Era yo capuchino, y los Cristinos quemaron nuestro convento, ¡los perros! Tengo veinte años y me hice voluntario. Llevo aún mi antiguo hábito bajo mi capote Vea V Pero tiene V. prisa. ¡Vamos! Voy a conducirle derecho como una bala a casa del boticario de Lesaca, a quien estoy sirviendo como *asistente*.

Antes de trazar el retrato del singular compañero que el azar me enviaba, debo hacer saber al lector que un ayudante o asistente llena junto a los oficiales las funciones de criado. En esta guerra, en que todo servicio de parte de los montañeses es voluntario, los empleos de menos relieve reciben nombres honorables que caracterizan la fraternidad de estos hombres libres y la nobleza natural al genio español. El espía mismo se convierte en *confidente*.

Si hubiera yo sido extranjero, el capuchino hubiera atendido mis preguntas contestándolas brevemente. El lazo misterioso del idioma nacional bastó para establecer entre nosotros desde el principio la misma confianza y la misma familiaridad que si nos hubiéramos conocido hacía mucho tiempo. Era yo el primer Vasco Francés cuyas simpatías irresistibles arrastraban hacia la insurrección. La ocasión era buena para el capuchino navarro. Toda la exaltación que dos años de peligros y de trabajos incesantes, de combates y de victorias, amasaron en él, hizo explosión con fuego arrollador de palabras al tiempo que descendíamos corriendo por las colinas que dominan la aldea de Vera.

El capuchino era de corta talla; sus cabellos, espesos, sobrepuestos por un gorro de policía, escondían a medias su figura morena, notable por dos ojos de excesiva movilidad. Llevaba un mal pantalón y por calzado alpargatas. Una cartuchera bien aprovisionada le servía de cinto por encima de su capote gris y sujetaba la bayoneta. Uno

de sus brazos pendía con un fusil pesado, mientras que el otro, gesticulando constantemente, acompañaba a su cabeza, cuyo juego rápido igualaba la voluptuosidad de sus palabras. Se servía invariablemente del euskera, y los juramentos castellanos que entremezclaba muy de intento, acusaban en él la mayor energía. No me cuidaba yo de interrumpirle:

—Los Vascos no han sido nunca domados; son invencibles en su país, ¡c!.... ¿Ve V. mi capote? Es el de un cristino que maté. Este fusil se lo tomé a un Manchego que no comerá más el pan de la Reina, ¡p!.... Estaba yo en los llanos de Vitoria. He visto fusilar al general O'Doyle, que hizo la mueca al caer, ¡demonio! ¡Qué matanza! ¡Había que ver a Zumalacarregui! ¡Santiago! Sus ojos lanzaban relámpagos, estaba sombrío y en silencio, pero, ¡qué sablazos!, ¡caray! ¿Y su caballería, Dios mío? Figúrese los hombres más fuertes y más intrépidos de los montes: el uno va vestido de húsar; el otro, de dragón; éste, de cazador; aquél, como no sé qué; un pañuelo alrededor de la cabeza, alpargatas, el pecho desnudo; son el terror del enemigo; uno contra cinco harían echarse atrás a todos los diablos del infierno. ¿Sabe V. lo que se da al nuevo cabalgador? Un caballo y una lanza, pues para el resto del equipo están ahí los cristinos. Les dejamos desnudos como la palma de la mano. A esos herejes se les deja la corbata para reconocerles mejor; porque tenemos que despojar también a nuestros camaradas muertos (11). Para éstos, Dios les dará el traje de la gloria... ¡amén! No bastaría una existencia para contaros los horribles sufrimientos que hemos soportado. ¡Qué inviernos! ¡Cristinos por aquí, cristinos por allí, cristinos a todos los diablos! Hemos pasado más de una noche con los pies en la nieve, sin otro reconfortante que un poco de vino y cigarros. Varios de nuestros voluntarios no contaban diez y seis años, pero cantaban, ¡pobres ángeles! Más tarde lloraron, cuando hubo que amputarles los dedos de los pies que se habían helado. ¡Por fin la victoria! Hoy somos treinta mil hombres, y seríamos cien mil si no hubieran faltado armas. Todo requiere un principio. Nuestra caballería se compuso al principio de cuatro hombres. El más calavera tenía un ronzal en lugar de brida, y dirigía su caballo a puñetazos diciendo al blandir su velludo brazo:

(11) Dice un biógrafo de Zumalacarregui que la toma de una caja de municiones tenía para los carlistas tanto valor como una victoria, y que más de una vez aquel caudillo hubo de renunciar al triunfo por falta de cartuchos; pero con su actividad y su genio militar suplía las inmensas desventajas de su situación (N. del T.).

«¡qué sablazos voy a dar, c!»). No tenía aún sable; ¿Si hemos matado de esos cristinos? Nuestros lanceros les empalan como a sapos. Uno de aquellos bravos se retiró de la pelea arrastrando su lanza, cuyo hierro se había doblado. Fué a sentarse al pie de un árbol. El general corrió a él (V. sabe que es Guipuzcoano y que pronuncia las *r* como las *d*), ¡cadajo!..... El pobre lancero se moría de miedo: «Don Tomás, estoy cansado, no puedo más, he matado a diez y nueve». Sus camaradas aseguraron que el lancero decía verdad. ¡Es que no hay, que jugar con el general, porque es terrible en el capítulo de la disciplina (12). A la falta menor, palos. Si algún voluntario resiste, sus compañeros se encargan de administrarle la corrección. Llamamos a eso justicia del pueblo (13).

El capuchino cesó de hablar al entrar en la aldea de Vera. Los niños nos saludaron con gritos de ¡Vivan los Fueros!, ¡Viva Carlos V! El capuchino caminaba con aire importante y atareado, cambiando adioses con todas las personas que conocía, jactándose de llamarlas por sus nombres: «¡Hola, padre Antonio!, tengo para V. una noticia; vuestro sobrino se distinguió en el último combate y es ahora voluntario de las milicias celestes. ¡Buenos días, Chachina!; Perico pide su pantalón blanco; está curándose de su herida. ¡Adiós Marichu!, tu hijo te manda decir que ya no tiene camisa; está bien de salud». Cierta hidalgo de bastante mala presencia tomó la palabra en un grupo: «¿A quién nos traes, capuchino? ¿Será algún negro?». Me dirigí directamente al interrogador: «¡Más blanco que V., señor Moro!». Esta contestación, hecha en lengua navarra, me valió grandes aplausos.

Ibamos a salir del pueblo para proseguir nuestra ruta hacia Lesaca, cuando una voz fuerte gritó tras nosotros: «¡Para, demonio!». Al volverme noté a un coloso de hombre que nos seguía con paso de gigante y carabina al hombro. Era un aduanero carlista. Respondí a su saludo en lengua vasca. El talismán produjo su efecto, pues el aduanero llevando respetuosamente la mano a su boina, me rogó que le siguiera hasta. el brigadier Sarasa, encargado de la policía de la frontera. Ignoraba yo que este jefe hubiera ya entrado en Vera. Dije al capuchino que me esperara y seguí al gigantesco aduanero. Llevaba ancho cinto de cartuchos, y sus piernas, cuyas dimensiones

(12) Historiadores del general Zumalacarregrui (1783-1835) declaran que «era obedecido con una abnegación sin ejemplo por los vascongados que en él veían al genuino defensor de sus amados fueros, (N. del T.)»

(13) «Implacable y tenaz cuando se trataba de corregir abusos, (N. del T.)»

estaban en armonía con la talla hercúlea, parecían hechas para calzar las botas de Rolando que se guardan en Roncesvalles.

Pasamos ante la alcaldía de Vera. Este edificio, en todos los pueblos vascos, se distingue de las habitaciones particulares por su arquitectura. Está sostenido generalmente por arcadas y su fachada blanca se adorna con grandes pinturas rojas y escudos de armas. Sarasa se instaló en una casa vecina. Fuí internado en un cuartito cuya puerta cerró el aduanero. Las imágenes de San Saturnino, primer apóstol de Navarra, y de San Fermín, primer obispo de Pamplona, tapizaban el muro. Un registro destinado a inscribir los nombres de los viajeros estaba abierto sobre la mesa. Me permití hojearlo y observé que durante el primer tiempo de la guerra pocos oficiales castellanos habían salido de Inglaterra para tomar parte en la insurrección; pero al recorrer fechas más recientes, ví asombrado cómo crecía su número. El orgullo español lleva al exceso la manía de los grados. Cada uno de esos personajes oscuros se titulaba brigadier, coronel o comandante. Al fin la puerta se abrió para, dejar entrar al brigadier Sarasa. Su fisonomía me pareció agradable y espiritual. Una boina sombreaba sus cabellos grises; una chaqueta o cimarra negra de piel de cordero le servía de uniforme; pantalones bordeados de cuero y gran sable de caballería completaban su traje de soldado-aldeano adoptado por todos los oficiales del ejército rebelde. Hallé facilidad y dignidad en sus maneras. Me dirigió la palabra en castellano:

—Señor Sarasa, si no sabe francés, sírvase hablarme en buen euskera, porque soy Suletino y no amo nada vuestros dialectos romances.

Nuestra conversación tomó desde aquel instante el giro más amigable.

—V. es el primer Vasco que nos llega de las provincias francesas—, me dijo—; decididamente, los ultrapirenaicos han olvidado a sus hermanos españoles.

Escribí mi nombre en el registro de policía y Sarasa me preguntó cuanto tiempo pensaba quedarme en Navarra.

—Hasta el fin de la guerra tal vez; a menos que el capricho y la desconfianza de la camarilla me obligaran a regresar a París antes de lo que yo quisiera.

Fijé la mirada en el brigadier para tratar de leer en su cara si el temor que acababa yo de insinuarle tenía algún fundamento. El astuto montañés no juzgó prudente dejarme entrever su pensa-

miento y tomó repentinamente un aire distraído dando una vuelta por la habitación.

—¿No le han dado nada los Bayoneses?—, me avanzó acercándose.

—Le suplico que crea, señor Sarasa, que no me he puesto en comunicación alguna con los legitimistas de Bayona. En cuanto a los ‘anillos y signos de reunión de que suelen proveer a sus protegidos, yo no tengo necesidad de tales bagatelas.

El brigadier hizo un gesto cuya expresión me fué imposible determinar, y sin proferir palabra me condujo a un hueco de ventana. El sol brillante y caluroso comenzaba a elevarse sobre el horizonte. Sarasa me enseñó la colina sobre la cual Mina estableció sus campamentos encima de Vera cuando en 1830 quiso penetrar en Castilla por las regiones vascas a la cabeza de algunos miles de aventureros. Eraso y Santos-Ladrón exterminaron esas bandas extrañas, y Jauregui, El Pastor, y Mina no se escaparon de la muerte sino por una de esas retiradas familiares a la audacia y habilidad del viejo guerrillero, en tanto que Chapalangarra, su hermano de armas, caía cruzado por seis balas en Valcarlos. Había tomado avance sobre sus tropas esperando conseguir que ante una arenga suya los enemigos depondrían las armas. Santos-Ladrón cometió la misma imprudencia y se dejó coger para ser fusilado. ¡Singular coincidencia!

Me despedí de Sarasa. El capuchino, que me esperaba en el camino, se unió a uno de sus camaradas, nativo, como él, de Vera. Teníamos que seguir algún tiempo el curso del Bidasoa y atravesar un puente que cruza ese río antes de llegar a Lesaca. El capuchino me repitió las canciones guerreras que los diversos cuerpos del ejército insurrecto hacen oír al marchar al combate. El refrán Requeté ha quedado como mote para el tercer batallón de Navarra, que se ha conducido siempre de manera brillante. El segundo batallón lleva el nombre de *Salada*, cuyo origen es poco más o menos el mismo que el del precedente. Es imposible hacerse idea de la ardiente emulación que exaltaba el coraje de los montañeses de cada valle bajo las miradas de Zumalacarregrui. La palma de la bravura pertenece al inmortal batallón de los guías, formado enteramente de voluntarios escogidos y ya distinguidos por acciones brillantes. El sexto batallón de Navarra viene después de aquél.

El capuchino terminó la serie de sus canciones con un refrán castellano que, en su feroz ingenuidad, no hablaba nada menos que de desollar a la reina Cristina viva y de hacer un tambor con su piel para ir a redoblar el llamamiento por los valles de Aragón. Repitió

esta copla con expresión digna de horrible enrgía. Pensaba yo con placer en que la inspiración de los bardos euskaros no prohió jamás nada semejante a este canto castellano. Las heroínas con que nuestros antepasados celebraban las glorias de la patria o deploraban sus reveses, son de una elevación completamente bíblica, y la dignidad de costumbres patriarcales impresa en esas improvisaciones sublimes, realza aún más la poesía nativa del idioma euskérico. Las tentativas atrevidas de Carnicer y su aventura trágica sobre Aragón, apenas excitó alguna emoción pasajera sobre el pueblo aragonés, pueblo naturalmente caballeresco y el más bravo quizás de toda España, después de los Euskadianos.

Los voluntarios, habiendo sospechado mi ensueño, cesaron de cantar y anduvimos algún tiempo en silencio. Los montes se acercaban a medida que avanzábamos. El río, encerrado entre rocas, roncaba su murmulla semejante al redoble de trueno lejano. El paisaje se hacía más sombrío. Al fin el puente del Bidasoa apareció a nuestros ojos, abrazando con un solo arco toda la anchura del río. Un voluntario se paseaba arma al brazo en la extremidad del puente.

—¿Quién vive?—, gritó al acercarnos.

—¡España!

—¿Qué bandera?

—¡Carlos V!—, contestó el monje-soldado.

Pasamos. Oí al mismo tiempo las notas joviales de un Silbo o flauta de tres agujeros y el golpeo cadencioso de la pandereta, bastante parecido al ruido del *tam-tam* indio. Eran voluntarios que bailaban el salto de los Vascos sobre el césped ante un cobertizo próximo transformado en cuerpo de guardia. El salto de los Vascos, bailado otrora en ronda bajo el roble de la libertad, se distingue por la viveza de los pasos y por los brincos ágiles de los danzarines que siguen en la misma línea sin tocarse y dando vueltas tan pronto a la derecha como a la izquierda describiendo un círculo. Los voluntarios, vestidos con capotes grises y boina, no tenían en la mano el bastón ferrado que los montañeses sabían blandir lanzando gritos salvajes, ni los broqueles que los Vascones antiguos entrelazaban chocando al bailar, sino largos fusiles limpios y relucientes que el sol hacía resplandecer. Mis dos jóvenes acompañantes no pudieron resistir al deseo de hacer algunas vueltas de baile al son del silbote, y fueron a zarandearse al medio del círculo con su carga en la espalda, hasta que tomamos la resolución de marcharnos.

El capuchino no pensaba más que en su convento.

—Esos voluntarios—, me decía con calor—, son del valle del Baztán y fueron de los primeros en rebelarse con don, Martín Luis Etchavarría, que es hoy miembro de la Junta de Navarra. ¡Oh, digno caballero, tan leal como bravo, y Navarro a toda prueba! Su esposa está en Burdeos; su hermana y su madre, prisioneras en Pamplona; su hija, de corta edad, se halla escondida en alguno de nuestros valles bajo dizfraz oscuro. ¿Conoce V. tal vez a don Martín Luis? Su hermano es capellán de la Junta. El boticario de Lesaca, a cuya casa vamos, es pariente suyo. ¡He ahí otro valiente Navarro! Ha sacrificado todo; sus tres jóvenes hermanas han mostrado la misma fidelidad y el mismo heroísmo. Los Filisteos estaban ayer en su casa. ¡Bárbaros!, han pillado hasta las palomeras y cogido hasta el último pichón. Uno de ellos rompió la guitarra de don Pedro. A no ser por algunos oficiales menos rabiosos, hubieran echado a la calle su farmacia de donde adquirimos los remedios. Don Pedro habla varios idiomas y sabe física y química tan bien como yo el pater noster. ¡Cómo sentirá no poderle festejar! Esta guerra le ha arruinado..... Justamente, ¡héle ahí!..... ¡Mirad, es él! Ví un paseante que se dirigía hacia nuestro lado. Llegábamos a Lesaca. El capuchino se adelantó corriendo a anunciar al boticario la llegada del Francés.

VI

LOS INSURRECTOS

El boticario vestía traje de oficial, como el que he descrito al hablar del brigadier Sarasa; sus espesos bigotes y ojos de lince le proporcionaban el aspecto más intrépido; su talla media agregada a formas elegantes que anunciaban vigor y agilidad, su petulancia extrema y la exaltación de sus menores palabras, trazaban en él el tipo vasco de que yo he encontrado el sello en Zumalacarregui, Sagastibelza, Iturralde y en casi todos los oficiales superiores del ejército.

—¡Amigo!—, exclamó el boticario oprimiéndome entre sus brazos-, ya estáis en Navarra. Sangrienta, mutilada, pero siempre indomable, jamás la patria fué más hermosa que hoy. Los cuatro muros y el techo de mi casa, quedan todavía para recibirlos. Esos pillastres de peseteros me han mandado decir que la quemarán sin

falta la primera vez que vuelvan a Lesaca. No faltaría más para su alegría que cogirme vivo.

El boticario, o mejor don Pedro de Arizmendi, me condujo a su casa y me presentó a sus tres hermanas. Estaban vestidas de negro, según la moda del país; sus cabellos trenzados y recogidos sobre la frente a guisa de diadema, estaban sujetos por altas peinetas sobre las cuales las señoritas vascas echan largos velos negros caídos. Este traje, al primer golpe de vista, tiene algo de religioso y de triste, y el extranjero que viera por primera vez nuestras fiestas públicas tendría la tentación de tomar a los Vascos por un pueblo de luto. El aspecto vivaracho y gracioso de las mujeres euskarianas destruye pronto esta primera impresión. El negro era el color favorito de los Euskaros y lo adoptaron, como los Cántabros, para sus banderas. (Algunos batallones de los sublevados poseen banderas negras con huesos amarillos y cráneos que los cristinos no pueden ver sin terror.) Hoy aún afecta el negro a la vestimenta de las jóvenes y las hace distinguir de las casadas, que se visten invariablemente de blanco. Estas últimas se tocan con pañuelo blanco, o sabanilla, anudado en la frente. Las hijas núbiles son las únicas que tienen el privilegio de presentarse en público con la cabeza desnuda; lo más frecuentemente, recogen sus cabellos en lo alto de la cabeza a estilo chinesco y los dejan colgar en largas trenzas. Llevan cintura de seda cuyos extremos son rojos, y este símbolo de la virginidad no les abandona hasta la noche de sus bodas en que el feliz *senargei* las hace su trofeo. Aquellas a quienes una tierna debilidad hizo madres antes del sacramento, usan la sabanilla blanca con cintas negras y verdes, emblemas de pesar y de esperanza. Se reúnen con las mujeres casadas en las ceremonias religiosas y diversiones públicas, pero sin mezclarse con las vírgenes (14). Estas distinciones se convierten en salvaguardia de las costumbres y conservan en la fisonomía del pueblo vasco la sencillez primitiva y el timbre de antigüedad.

El boticario me propuso recorrer el pueblo e ir a ver los voluntarios a la plaza pública. Visitamos la iglesia al pasar. La entrada de estos edificios religiosos está generalmente sombreada por la techumbre de un amplio pórtico cuyo suelo está pavimentado con losas tumbales unidas y que llevan cada una un número de familia. Las casas más ricas y las distinguidas tienen sus sepulturas en la nave.

(14) Chaho sigue aquí a Zamacola, «Historia de las Naciones Bascas», 1818, que aplica estas costumbres a Vizcaya (N. del T.)

En las provincias francesas, al contrario, las iglesias se rodean de cementerios a los cuales la lengua vasca da el nombre poético de *Il-erri*, pueblo de los muertos. Cada tumba va sobrepuesta de una cruz de piedra cuya forma afecta a veces al del disco solar. Un removimiento de tierra imita el lecho del muerto, que diríase durmiendo bajo las flores de que el túmulus aparece cubierto. He preferido siempre esta costumbre a las anchas piedras que cubren la sepultura del rico, y hasta a esas estatuas yacentes de mármol, de manos enlazadas, privativas de las tumbas reales y de la grandeza.

Las iglesias de Navarra están generalmente edificadas en alturas, con el altar mayor vuelto al oriente. Una puerta privada, pila de agua bendita particular y galerías particulares están asignadas a los de la casta de los Agotes. Los cantos griegos y romanos adoptados por el catolicismo no dejan de tener belleza. El órgano, expresión la más grandiosa del arte musical, subyugó por su armonía poderosa a los montañeses a quienes revoluciones sucesivas habían privado de arte social y de la civilización natural de los patriarcas abuelos suyos. Hoy, el pueblo, en algunos valles del País Vasco acompaña con su inmensa voz a la voz del sacerdote; todos los asistentes, hombres, niños, ancianos y mujeres, cantan con él en coro. La bóveda de las iglesias, pintada de azul y sembrada de estrellas, imita a la bóveda celeste; pabellón soberbio bajo el cual los antiguos celebraban sus alegres fiestas nocturnas en honor del IA0 eterno.

La invasión de los Bárbaros rugía a lo largo de los Pirineos cuando el cristianismo se introdujo entre los Vascos. Una idea militar parece haber presidido la edificación de sus templos fuera de las aldeas, sobre elevaciones de donde la vista puede extenderse a lo lejos. Los montaraces colocaron los objetos de su culto y las cenizas veneradas de los muertos en los sitios menos accesibles y más fáciles de defensa; no se daban a las expansiones religiosas sino después de haber tomado precauciones contra las sorpresas del enemigo. El campanario, *zenu-tegui*, *izkila-dorre*, servía de observatorio, y centinelas vigilantes sonaban si era preciso el toque, de alarma. Los cronistas transmiten que durante toda la Edad Media los Vascos iban armados a sus iglesias y depositaban en el recinto de la casa de paz la lanza y el hacha mortífera. Hacia la misma época varios pueblos, desertando del roble de libertad bajo el cual se congregaba el *Bilzar*, transportaron sus asambleas populares al pórtico del templo, por lo que recibieron el nombre de *Anteiglesias*, *Elizaitzin*. Me limito a estos

rasgos descriptivos, pues mi finalidad no es apreciar aquí la influencia del catolicismo sobre los Vascos.

Las pinturas emblemáticas que adornan las iglesias de Navarra son notables por varios conceptos. He descubierto en la variedad de sus colores una extraña inteligencia del mito y una ciencia profunda de los símbolos. Puedo citar el *Agnus* celeste, denominado blanco o *Churien* por los Iberos, los Indios primitivos y los Iramitas. En los templos vascos está pintado de una brillante blancura sobre fondo azul celeste encuadrado de rayos solares. Las más hermosas formas del arte cristiano se unen a la filología primitiva por las religiones de la antigüedad. Figurémonos la vida universal simbolizada por la paternidad del Gran-Ser, ¿qué de más majestuoso que el anciano olímpico, el *Padre*, planeando en el espacio al ruido de las armonías de la creación y redondeando con sus manos divinas los chispeantes globos de que siembra la inmensidad? Es admirable ese *Cristo* saliendo glorioso del ataúd, los brazos tendidos, sin esfuerzo en inmovilidad perfecta y elevándose por el poder de su esencia, etérea, como un rayó luminoso, medio sumergido en el azul. Me gustan también esas imágenes débiles, torturadas por el martirio, en que el alma humana parece exhalar su último grito de exaltación, semejante al sonido sublime que brota de la lira del poeta cuando se rompe. El *Vidente* se ha declarado casi sólo en el nuevo siglo contra el culto cristiano; pero no ha sido por no haber comprendido lo que encierra de inspiración superior y de verdad filosófica en sus modelos primitivos,

..... La escultura antigua escogió el mármol, elemento neutro, para reproducir lo humano por el ideal de las líneas y lo natural de las proporciones, sin usurpar jamás la misión de la pintura, que da agudeza mágica a sus formas ayudada por el prestigio y la ilusión de los colores. El arte gótico ha confundido las dos finalidades más distintas de la imitación, vanagloriándose de encarnar las imágenes palpitantes de la vida con reflejos cadavéricos. Las estatuas de apóstoles, de obispos y de santos que pueblan las más famosas catedrales del Occidente, no se parecen poco a los odiosos fantasmas de cera que una cortina esconde a la curiosidad del pueblo en los bulevares parisinos. El Bárbaro ha enchapado de oro sus estatuas como sus altares, y es el caso de aplicarle la frase de Apelles a un pintor mediocre: «no pudiendo hacer bella a tu Elena, la has hecho rica».

La iglesia de Lesaca, aunque pequeña, es en su estilo una de las más bonitas de Navarra. El boticario me hizo ver una virgen a la

que los peseteros rompieron la urna para llevarse el puño de oro de su ramo. Me enseñó también un gran Cristo ante el cual cierto oficial liberal profirió amenazas blandiendo su sable. Este extranjero blasfemo recuerda la tortilla que el ateo Desbarreaux, espantado por una tempestad, arrojó por la ventana desafiando a Dios y a sus truenos. Crédulo o escéptico, el Bárbaro es siempre el mismo y su impiedad no es menos supersticiosa que su fe.

Después de haber visitado el templo, descendimos a la plaza pública en que los voluntarios jugaban a la pelota bajo los arcos de la alcaldía. Jugaban partido en el trinquete (15). Los Romanos tomaron de los Iberos el juego de la pelota y le aplicaron el primer lugar de su gimnástica. Los Vascos se reputan como los mejores jugadores de toda España y se dedican con pasión a esta diversión que redobla sus fuerzas, su agilidad natural, y que pone de manifiesto todas las ventajas físicas a las cuales los montañeses atribuyen gran valor. Lo prefieren hasta a los placeres de la danza, y los ojos de una linda novia tienen para el joven Vasco menos encanto que una pelota lanzada hasta las nubes por su brazo nervioso armado del guante de cuero. Los individuos que se distinguen en este juego tienen gran estimación entre los montañeses y se hallan honrados como los vencedores de los juegos olímpicos de la antigua Grecia, sobreviviendo su gloria durante varias generaciones. El Navarro Assans y el Laburdino Perkain fueron las dos grandes celebridades del siglo último. Lamento haber olvidado el nombre de un jugador contemporáneo que hizo prodigios en presencia de S. M. Carlos V y de más de diez mil espectadores congregados en Elizondo. Cada pequeña región tiene jugadores de que ella se vanagloria, y se envían frecuentemente retos los unos a los otros, acompañados de apuestas considerables. Las fiestas patronales son elegidas generalmente para este género de espectáculo, y el cura del lugar, preveyendo la deserción que amenaza a su iglesia, tiene la prudencia de terminar temprano los santos oficios. No es raro ver la población de un valle acompañando en masa a sus campeones y marchar así con la música al frente y con los bardos improvisadores que deberán inmortalizar

(15) Las reglas de este juego consisten en hacer pasar la pelota sobre una cuerda tendida a la altura de cuatro pies en medio de un cuadrado estrecho cuyos ángulos hacen que la dirección de la pelota sea bastante irregular y obligan a los jugadores a luchar contra esas dificultades reunidas, desplegando la precisión del golpe de vista, la elasticidad de los movimientos y la prontitud de los golpes, evitando estorbarse ni chocar los unos con los otros (Nota del Autor).

en sus coplas las fases diversas de tan singular contienda y el triunfo de los vencedores. De una parte y otra se eligen los testigos, cuyo deber es velar porque las reglas del juego sean observadas fallando sobre los tantos dudosos. Estos jueces de cancha llevan en la mano bastones ferrados y marcan los puntos con ramas de oliva. La pelota de que se hace uso es elástica y dura, pesando a veces hasta diez y seis onzas. Es un espectáculo divertido ver a los pelotaris coquetamente vestidos calzados de ligeras alpargatas, guante de cuero en mano, tomar puesto en una cancha espaciosa y desafiarse, responderse, correr, brincar con increíble agilidad, devolverse la pelota que tan pronto arrasa el suelo cual bala, como describe un círculo en los aires dejando suspensa tras sí el alma de los espectadores interesados. Las apuestas se cruzan, las monedas de plata y oro llueven sobre el suelo y ¡feliz quien las recoja! Los gananciosos animan a los jugadores con grandes aclamaciones; los que pierden guardan triste silencio. Pero la fortuna, que distribuye sus favores entre campeones igualmente encarnizados, ágiles, diestros, se muestra caprichosa, y las alternativas de alegría y de contrariedad se suceden con rapidez. El poblado al que quedan los honores de la jornada, está tan orgulloso como de una victoria y conserva una idea de preeminencia propicia a alimentar rivalidades locales que dividen a los montañeses. A veces, cuando al anoecer han terminado los partidos y las apuestas se liquidaron y se bebió buen vino, estalla la más furiosa querrela. Una copla de bardo, demasiado cáustica, un *achut* despreciativo escapado en la embriaguez del triunfo, da la señal: bastones ferrados entran en danza.....; después, cuando la refriega se dispersa, los dos bandos se retiran; los derrotados a hacerse vendar el cráneo esperando la «revancha».

Nuestros voluntarios, sentados alrededor del trinquete, sobre losas que el sol caldeaba con sus rayos, miraban jugar a sus camaradas, No se entablaban entre ellos apuestas de dinero, porque si las distribuciones de cartuchos eran abundantes, su paga cotidiana era ligera, y los *cuartos*, raros en sus bolsillos. Apostaban cachetes, moneda que los gananciosos distribuían a merced.

—¿Ve V. a esos niños heroicos—, me observo el boticario—; la mayor parte de ellos no tienen aún diez y seis años y muestran caras de muchachas; tienen la lindeza de los gatitos y se convierten en tigres durante el combate. ¡Hay que verles correr hacia el fuego más vivo y precipitarse a lo más fragoso de la lucha! Se reposan ahora de sus fatigas, indiferentes y alegres. La más santa de las

causas les puso las armas en la mano, y la admiración y el amor de las poblaciones les envuelven. Cada madre de familia les recibe en su casa como a sus propios hijos, y en todas partes encuentran patria. ¡Qué diferencia con los cristinos!: les veréis lo más amenudo taciturnos, sombríos, desanimados, parapetándose en las casas; sus juegos consisten en aullar tras las ventanas, burlarse de los pasantes para incitarles a lanzar gritos sediciosos que no tienen eco en estas montañas. La sed de pillaje excita su ardor que tienen necesidad de sostener y de exaltar con demostraciones anárquicas gritos confusos, cantos discordantes. La noticia de la proximidad de Zumalacarregui ha bastado para hacer desalojar de Lesaca al Pastor, que corre con su partida a encerrarse en San Sebastián.

El boticario me condujo a una casa vecina en que encontramos una reunión de oficiales, algunos de los cuales se hallaban sentados al extremo de una larga mesa, cartas en mano, fumando cigarrillos y bebiendo vinos generosos de la Ribera. Los otros se paseaban por la habitación, con sus sables pendientes y pantalones guarnecidos de cuero. Eran en su mayor parte robustos aldeanos de talla más que ordinaria. Soldados de la libertad, debían sus grados al sufragio de sus conciudadanos, y los de más edad no pasaban de los cuarenta años. Sus gestos vivos, impetuosos, denunciaban un exceso de fuerza y de vida; su lenguaje naturalmente pintoresco, animado, recibía de sus voces masculinas y sonoras una brillantez poderosa. Imaginad espesos bigotes en caras cobrizas, ojos de águila y frentes terribles sombreadas por una boina, chaquetas o cimarras de piel de oso, paso ágil, marcha salvaje y posturas llenas de nobleza y dignidad. Jactanciosos como los héroes de Homero y los paladines de la Edad Media, bravos como los guerreros fanatizados de Odín, puede obtenerse una idea fiel de cómo eran esos oficiales montañeses.

Al entrar, el boticario me dirigió la palabra con aire regocijado para brindarme la ocasión de contestarle en el idioma nacional; Se dió prisa a hacerme conocer y anunciar que venía yo a recoger notas para escribir la historia de la insurrección. Tuve ocasión de sentirme lisonjeado por los aplausos que se me dirigieron unánimemente con entusiasmo de cordialidad inequívoca y con la admiración ingenua que nuestros montañeses iletrados profesan hacia la misión del poeta y del historiador.

—¡Hijo!—, exclamó uno de ellos, mezclando esta exclamación castellana con la lengua del país en transporte afectuoso en que el excelente vino de Tudela tenía su participación—; ¿con que has

venido de París nada más que con esta idea patriótica? ¡Bien hecho! Los Vascos se cubren de gloria; y pasan en Navarra cosas que merecen ser escritas en todos los idiomas para que sirvan de ejemplo a todos los pueblos.

—La primera guerra de la independencia no tuvo historiadores—, dijo bruscamente un gran hombre seco y de bigote gris—; pero no fué ni menos sangrienta ni menos gloriosa. Los granaderos franceses eran gigantes comparados a la vil canalla de cristinos que se debieran expulsar de nuestros valles sin otro arma que palos.

El que habló así nos volvió la espalda al acabar su frase; y se paseó por la habitación con paso largo y mesurado. Su capa larga, tan vieja como las guerras de que él hablaba, no era sino un compuesto de girones recosidos y de piezas superpuestas, como las tejas sobre un techo arruinado.

—Agustín—, me agregó—, puesto que tiene V. el proyecto de escribir un libro, le contaré punto por punto todo lo que ha pasado en nuestros Pirineos, comenzando por las guerras de Napoleón:

—España estaba encorvada bajo el yugo extranjero. Un fiel Navarro, al cargar sobre su mulo el carbón que llevaría a las ferre-rías, juró la independencia de su país y cogió la carabina. Patriota ardiente, guerrillero famoso, este hombre se llamaba Espoz y Mina. ¿Por qué fué preciso que el destierro cambiara el corazón de nuestro antiguo general? ¿Ha olvidado tan pronto qué raza de hombres crece a la sombra de nuestros valles? ¡Insensato, que se ha vanagloriado de sembrar entre nosotros el terror sin comprender que el sentimiento imperecedero de la nacionalidad domina aquí a todos los demás! Sus crueldades le deshonran y nos irritan, sus amenazas vanas nos dan lástima.....

—¿Qué se hizo del tiempo en que ví a Mina, sencillo montañés, calzar la abarca y almorzar sentado en un banquillo; con su taza de chocolate entre los pies, sin otra mesa que la piedra del hogar? Entonces, su voz era poderosa en Nabarra y su prestigio igualaba al del Viejo de la Montaña. Más de una vez se acostó el sol sobre nosotros en las altas fronteras de Aragón y se levantó sorprendido de volvernó a ver al día siguiente en las extremidades de Alava, sangrientos y victoriosos, repartiéndonos los ricos despojos de un convoy francés. El ángel de la patria favorecía nuestras expediciones aventureras. La codorniz agazapada en los campos de labrantío, queda menos desapercibida que el guerrillero montañés acostado al borde de las cañadas, con la carabina a punto, esperando la señal

del cabecilla, la oreja pegada a tierra para escuchar el paso de los caballos y el rodar lejano de las carretas enemigas. El viento que hace gemir los brezos guarda para él sonos proféticos y confidencias misteriosas. Interroga a los ruidos de la planicie en sus murmullos aéreos. La hora se aproxima. La luna, medio velada, se inclina sobre los montes para contemplar nocturnos combates..... ¡silencio! ¿Oís esos cantos joviales?... Son de regimientos franceses que se internan en el collado sombrío donde la muerte está de centinela. ¡Adelante! La noche está tranquila, los astros refulgen en el azul..... Un fantasma silencioso se levanta en lo alto de una loma, un silbido agudo sale y se prolonga; es Mina dando la señal: ¡Alarma! Más numerosos que las espigas antes de la cosecha, los guerrilleros se han erguido con sus largas carabinas. El fuego estalla, el monte está ardiendo, una granizada de plomo cae sobre los gabachos, y sus cadáveres se esparcen sobre el valle. ¡Alarma! ¡Victoria de los hombres de los montes! ¡Agustín, yo he presenciado todo eso!

Una mímica expresiva y teatral acompañó a los detalles de este recitado dramático desarrollado al modo de nuestros bardos improvisadores. El relámpago de la inspiración se apagó para dar paso a una cólera sombría. El oficial de guerrilleros recogió sobre la espalda las mil piezas de su capa, pidió cigarrillos a su vecinos y durante el resto de la tertulia conservó un silencio hurraño. Los jugadores habían dejado sus cartas para tomar parte en la conversación. Mi excelente amigo el boticario se sentó a mi lado con el brazo sobre mi espalda. Delante de mí se hallaba uno de los principales oficiales, cuyo nombre he de callar. Con tono breve y positivo, que anunciaba al hombre superior, dijo el jefe insurrecto:

—La envidia de los Castellanos fué el primer motivo de esta guerra. No podían sufrir que las provincias vascas se gobernarán y administraran por sí mismas en libertad, mientras que muchos empleos civiles y militares eran desempeñados en Castilla por Vascos.

—Eso fué siempre así—, repuso alguien—, y los favores distribuidos a nuestros compatriotas, eran privilegio del mérito o premio de servicios prestados.

—Si es cierto que los Vascos se obstinan en conservar libertad y derechos, no lo es menos que en toda circunstancia les fué muy querida la gloria de España—, dijo el boticario (16).

—Su lealtad a la causa general no ha podido disipar el temor

(16) Preciso es reconocer que esta manifestación de españolismo ha imperado siempre en el partido carlista (N. del T.)

que inspiran y la desconfianza de que son objeto—, replicó el comandante S..... —Después de las guerras de la independencia, nuestras invencibles milicias fueron diseminadas entre las plazas fuertes de España, y nuestro país quedó desarmado. Se adoptó la misma medida a raíz de las guerras de la Fe.

—¡Aviso para los montañeses el día en que Carlos V entre triunfante en Madrid!—, gritó desde su rincón el oficial de guerrilleros con capa acuchillada; después, vació de un trago su vaso y se puso a fumar, el codo apoyado sobre la mesa.

—Se anuncia—, dijo el boticario—, que la regente envía contra nosotros a las guarniciones del mediodía. En ese caso, los oficiales vascos, que entre ellas se cuentan en gran número, no pasarán el Ebro sino para afiliarse bajo nuestras banderas.

—Es bastante curioso—, dije a mi vez-, que los mejores oficiales del ejército de Cristina sean Vascos, y que los Castellanos, tan envidiosos de nuestros privilegios, obedezcan a jefes de nuestra raza, tales como Iriarte, Gurrea, Oraa, Jáuregui, Mina.....

—Esos oficiales tráfugas—, dijo el comandante S.....—, serían más temibles si tuvieran a sus órdenes mejores soldados. Iriarte y Gurrea son activos y bravos, pero el más peligroso de todos es sin contradicción Oraa. Yo estoy siempre en guardia mientras ese lobo de monte merodee a diez leguas de distancia, pero dormiría tranquilo la siesta a seiscientos pasos de un jefe castellano. En cuanto a Jáuregui, su papel en esta campaña se limita a pasearse entre San Sebastián y Lesaca a fin de proteger los envíos de dinero que el gobierno francés hace diariamente a los generales de Cristina, y llevar su tropa tan en calma como otrora hiciera con sus corderos, porque Vds. saben que fué pastor, como lo indica el apodo de *Artzaia*, o Pastor. Preveo un fin trágico a todos esos hombres extraviados.

—¡Amén!—, concluyó levantándose un grueso y gallardo capitán que había guardado silencio hasta entonces—; el que lleva la guerra a su país natal, bajo cualquier pretexto que sea, merece la execración pública, y a más razón cuando su furia no obedece sino a sed de oro. Esta es una verdad que se la diría yo al mismo Mina, y tan redonda como una pelota: *¡pilota bezain biribil!* Agustín—, agregó el capitán dándome una palmada familiar en la espalda—, V. es joven y yo tengo cincuenta años. Créame, todos esos generales de Cristina son zorros viejos, y no hay uno que de antemano no esté seguro de ver fracasar sus armas contra la insurrección de los Vascos, pero han encontrado en esta guerra excelente ocasión para redon-

dear su fortuna. Cada uno de ellos ha conservado el mando en jefe justamente el tiempo preciso para apropiarse algunos millones. Admiro los engaños de vuestros periódicos parisinos, que tomaban en serio sus fanfarronadas. Ya se sabe a qué atenerse en cuanto a esos capones cebados de los cuales se pretendía hacer águilas. Puedo citar a Rodil, que no desdeñó esperar la llegada de su sucesor para abandonar el ejército y tomar el camino de su pueblo, precedido de una recua de veinte mulas cargadas de hermoso dinero francés.

La peroración del capitán excitó la hilaridad general, permaneciendo serio tan sólo el oficial superior de que he hablado, y que observó:

—La cuestión de conquista y unidad que ensangrenta a los Pirineos occidentales es grave y fué planteada contra nosotros por el gobierno precedente. El deseo de obligar en nuestras regiones exentas a una fusión con Castilla, arrebatando a los Vascos el privilegio de su libertad, lo dictó el testamento de Fernando VII, violador de la constitución española. El rey moribundo preveía nuestra resistencia y, deseando evitar a la regente los disgustos y peligros de esta guerra, resolvió preparar la ejecución de su testamento por la abolición de nuestros fueros. Esta amenaza excitó en las provincias vascas una sorda fermentación precursora de sublevaciones populares, y diputaciones diversas hicieron llegar hasta el rey exposiciones respetuosas pero enérgicas. Fernando, por toda respuesta, hizo avanzar sobre el Ebro un ejército de treinta mil hombres.....

Aquí? el oficial montañés apretó convulsivamente el puño de su sable, y una contracción involuntaria acercó sus negras cejas; pero se repuso en seguida en su calma y sangre fría, prosiguiendo en estos términos:

—Mientras el ejército gubernamental marchaba sobre las provincias vascas, la insurrección de julio estallaba en París, Bélgica y Polonia siguieron el ejemplo de Francia, el Helvético agitó su bandera federal. y, hasta en Oriente, valientes poblados de montañeses respondieron, desde el Atlas hasta el Cáucaso, con gritos de libertad. El momento no era favorable para que se provocara a los Vascos a una guerra. El gabinete de Madrid llamó a las tropas escalonadas sobre el Ebro y la cuestión quedó pendiente hasta la muerte de Fernando, cuando la causa de la herencia legítima vino a complicarla en nuestro favor. La ley sálica, adoptada desde hacía mucho en España, priva a Cristina de todo medio de colorar su usurpación, no siendo contestable el derecho de S. M. Carlos V sino en el sentido

democrático y revolucionario. Es difícil prever las convulsiones que puedan cambiar la faz de la Península Hispánica. Sea lo que fuere, los Vascos conocen su derecho y sabrán hacerlo triunfar. ¿No es cierto, compañeros?

La sangre fría del jefe rebelde desapareció ante esta última frase pronunciada con voz eléctrica y brincando hasta el medio del cuarto. Hubiérase dicho que un ave de rapiña acababa de ser derribada al suelo. La adhesión más calurosa fué la respuesta de aquellos montaraces, y las bóvedas del espacioso salón, heridas por el temblor de sus voces sonoras, devolvían como un tumulto broncíneo, en tanto que se agitaban brillantes los sables de los facciosos. El jefe paseó durante algunos instantes la vista en torno suyo, con expresión altiva.

—Agustín—, me ordenó—, escribirá V. a los Franceses cuanto habéis visto y oído.

En aquel momento los tambores redoblaban en la plaza pública y calles de Lesaca, invitando a los voluntarios a la oración de la tarde. El comandante S... me había conducido hasta el hueco de una ventana y allí le pregunté acerca de los principales actores de la insurrección: Valdespina, Zavala, Eraso, Iturralde, Zumalacarrégui.

«Valdespina pertenece a una de las más antiguas e ilustres familias de Vasconia. Nació en Ermua, en el magnífico palacio de sus antepasados, que los cristinos incendiaron. Desde su primera juventud tomó las armas en defensa de su patria, siendo capitán en 1793 y haciéndose admirar como valiente por los Franceses. La invasión extranjera le proveyó ocasión de mostrar toda su lealtad a la causa nacional, tomando parte activa y gloriosa en la guerra de la independencia; y, más tarde, una arrestación brutal y destierro a Cádiz por causa de su hostilidad declarada contra el gobierno constitucional. Tras la restauración de la monarquía y la entrada de Fernando VII, fué Valdespina proclamado diputado general de su país vasco, desplegando en este puesto honroso su talento administrativo, para ser reelegido por aclamación en las asambleas siguientes. Nombrado presidente de la diputación general después de la muerte de Fernando, propagó rápidamente la insurrección carlista en Guipúzcoa, Alava, Navarra, Vizcaya y hasta en Castilla, donde envió dinero, municiones y armas. Cuando las tropas liberales invadieron las provincias vascas, Valdespina se repartió el éxito con el brigadier Zavala contra Sarsfield. Olvidaba decir que tuvo el brazo derecho

destrozado por una bala durante las guerras precedentes, habiendo sufrido la amputación del mismo. Hoy tendrá unos sesenta años sin que la edad le haya hecho perder en nada su vivacidad natural. Une el espíritu más amable a una instrucción sólida y variada, así como la bondad de su alma iguala a la cortesía y afabilidad de sus maneras. No me queda sino hablar de su pequeña talla, capa gris y sombrero blanco, para terminar el retrato de D. José María de Orbe y Elío, marqués de Valdespina.

«D. Fernando de Zavala, natural de Munguía, en Vizcaya, capitán de caballería durante la guerra de la independencia; prisionero de Estado bajo la constitución, milagrosamente evadido; guerrillero formidable a la cabeza de mil jóvenes Vizcaínos; brigadier; diputado general de Vizcaya al advenimiento de Carlos V; general; grande de España; vencedor del rebelde Sarsfield; finalmente en desgracia y refugiado con su gloria en no sé qué parte del reino inhospitalario de Francia» (17).

«D. Benito Eraso apareció por primera vez en la escena política en 1821; elegido miembro de la Junta de Navarra por las cortes del reino, reunió en Roncesvalles ochocientos jóvenes Navarros, que fueron el núcleo del ejército llamado de la Fe. Habiéndose restablecido la paz en España, Eraso fué enviado a Madrid y retenido como prisionero de Estado; su mujer concibió el más vivo pesar, que llegó a degenerar en demencia. En 1830 Eraso a la cabeza de un cuerpo de voluntarios navarros rechazó la fracción de Chapalangarra en Valcarlos. Fernando le concedió el título de coronel de infantería, pero, habiendo sido licenciados los voluntarios, Eraso quedó privado de mando e ingresó en su hogar para vivir inactivo hasta el advenimiento de Carlos V. Detalles románticos son los de su evasión a Burdeos, cuando fué conducido como un malhechor, sin que los gendarmes le dejaran un momento de vista, acostándose en su habitación, a pesar de haberse dicho que fué puesto en libertad bajo palabra que Violó evadiéndose..... Oculto bajo disfraces abigarrados, tardó un mes en cruzar las cincuenta leguas que median entre Burdeos y los Pirineos. Al fin, el fiel Navarro se unió a sus hermanos en medio de las llamaradas de mil fogatas que iluminaban

(17) Eliseo Reclus escribía que Chaho, a quien podía titularse «el último de los Vascos», nombre que él mismo aplicaba a Zumalacargui, prefirió encerrarse en una habitación angosta de un quinto piso de Bayona a soportar la innoble vigilancia de los agentes de Francia... (N. del T.)

los montes para anunciar y festejar su regreso. El bravo Iturralde había organizado como por encanto los dos primeros batallones de Navarra bajo la fusilería de las columnas enemigas que surcaban en todos sentidos por nuestras regiones. Un partido numeroso le reservaba el título de general en jefe, pero Eraso hizo inclinar la balanza en favor de Zumalacarregui. Es un espectáculo honroso para nuestro país el ver a D. Tomás coronarse, entre sus dos fieles amigos, de gloria inmortal, merced al mando en jefe que debe a la abnegación del uno y a la generosidad del otro. D. Benito Eraso nació en Barasoain, Navarra, y cuenta unos cuarenta y cinco años. Pocos hombres unen como él la modestia a los más variados talentos; la bravura, a los sentimientos más delicados de humanidad; la actividad más infatigable, a una dulzura inalterable; el odio no fermentó jamás en su bella alma, que refleja una fisonomía expresiva y riente; su lenguaje seductor persuade a los espíritus más rebeldes; su patriotismo, tan puro como exaltado, los subyuga. Le ofrecieron tres veces el mando supremo sin que se hubiera podido conseguir que lo aceptara, y no ha dado aún la medida de su talento militar, pues no ha hecho brillar aún más que su valor. La posición independiente y desinteresada de este jefe virtuoso imprime a sus consejos fuerza irresistible; a su influencia, carácter de religiosidad.»

«Sagastibelza reúne en sí dos fisonomías distintas, que se suceden por transiciones rápidas: el Aborigen y el moderno Español. Si hablaba en la lengua de Cervantes, era grave, enfático, y la elevación de su pensamiento buscaba las magnificencias del lenguaje; pero al primer acento del idioma de los Vascones, su inspiración se convertía en más franca y más abrupta; su rodeo, más vivo; su marcha, más decidida; una nueva vida brotaba del fulgor de sus miradas móviles; el timbre de su voz se hacia más mordaz. No sé qué soplo de indomable libertad emanaba de este hombre más bien pequeño de talla, pero esbelto y fuerte como un leopardo» (18).

Resonaba en la plaza la contestación de *¡presente!* de los voluntarios al llamamiento. Cada compañía formó círculo en torno de su sargento-mayor y se puso a recitar con él el largo rosario que forma la oración nocturna del ejército. Oficiales, burgueses, curas y frailes, atraídos por la curiosidad, acudían a engrosar nuestra reunión. Se

(18) El bravo Sagastibelza, a quien Chaho demuestra tanto cariño y admiración, murió heroicamente en Lugariz (encima de donde hoy se halla el cuartel de la Guardia civil en San Sebastián, inmediato a Ventaberri) luchando frente a la Legión Británica, como referimos en nuestra novela corta «La Batalla de Oriamendi» («M. de A.»).

descubrían al entrar con ligera inclinación de cabeza y pronunciaban estas dos palabras: *¡Ave Maria!*, a las cuales se respondía *Madre de Dios*. Reconocí en este saludo tan cristiano el llamamiento de reunión que los Vascones adoptaron antaño al formar a la voz de Pelayo su primera cruzada contra los Sarracenos. Este recuerdo de los tiempos pasados echó su prisma poético en la escena a que me veía transportado. Los variados grupos de montañeses, sus extraños trajes y figuras atezadas, cuya expresión fantástica exageraba progresivamente el día que declinaba, formaban un cuadro prestigioso que la imaginación de un pintor podría apenas bosquejar. Rogué a Sagastibelza que me hablara de Zumalacarregui.

—Lo haré con placer—, contestó con perfecta graciosidad tomándose una mano—; y puesto que estáis resuelto a escribir para la posteridad la historia de nuestra insurrección, es justo que os hagamos conocer al hombre superior de que es alma poderosa y digno jefe. En pocos días su fama se ha hecho camino sobre la faz de la tierra. Al acercarse a este hombre heroico, en cuyo pecho palpita un noble corazón, se le ama, y estoy seguro de ello:

«D. Tomás de Zumalacarregui e Imaz vio el día en Ormaiztegui de padres nobles, en la provincia noble de Guipúzcoa. Cuenta próximamente unos cuarenta y cinco años y no tenía aún diez y seis cuando abrazó la profesión de las armas. Alférez en 1812, se fué a Cádiz junto a su hermano mayor, miembro de las Cortes (19). Regresó en 1822 con el grado de teniente al regimiento de las ordenes militares que se hallaba en Pamplona. Ofreció su espada a los defensores de la Fe y obtuvo el mando de un batallón. Al fin de esta guerra fué nombrado coronel del 4.º regimiento de línea; después, del de Borbón, del 16 de línea, y por fin del de Extremadura, 15 de línea. Estaba en Galicia mandando este último cuerpo cuando en 1830 se le pasó a la condición de retiro. Zumalacarregui se retiró entonces a Pamplona con su mujer e hijos. Tales fueron las fases diversas de su carrera militar hasta el día en que se le otorgó el título de generalísimo. Costumbres honestas, genio austero y meditativo, amor al trabajo, de ahí los rasgos que describen su juventud. Se desarrolló tarde, como esos frutos excelentes madurados a fin de estación, y mostró siempre más razón que ingenio. Sus miras organizadoras,

(19) Se alistó como voluntario en la guerra de la Independencia y se halló en la defensa de Zaragoza, llegando al empleo de capitán a la conclusión de dicha campaña, en que fué hecho prisionero consiguiendo evadirse (N. del T.)

que consiguió hacer adoptar, le conquistaron reputación de buen oficial de estado mayor, tomando puesto entre, los coroneles más distinguidos del ejército español. El único defecto que se le reprocha, y que es lo que constituye para nosotros su mayor mérito, es el amor que profesa a nuestra raza, su patriotismo»:

—¡Navarro, Navarro!, cuando ese guerrero apareció sobre la montaña enarbolando el nuevo estandarte, ¿era Pelayo, García o Mitarra? ¡El hombre vulgar se había transfigurado! ¡Quedé deslumbrado del brillo del héroe y le saludé como a un profeta, jurando vencer o morir con él!

—¡Y nosotros contigo!—, respondieron los insurrectos con voz formidable en impulso de entusiasmo eléctrico, y un relámpago repentino brotó de todas las miradas iluminando las imponentes figuras de los montañeses, que la noche, cada vez más sombría, borraba gradualmente; y cuando esas formas fantásticas volvieron a tomar su primitiva inmovilidad, se produjo un instante de profundo silencio, durante el cual no se oyó sino el murmullo del *rosario* recitado en la plaza pública por los voluntarios. Después, la campana de Lesaca sonó el Angelus y al mismo tiempo sonidos aéreos surgieron del cielo y fanfarrias lejanas se mezclaron al tintineo del bronce: armonía religiosa y guerrera a la vez, que la pureza del aire y la sonoridad de los collados hacían más vibrante y mágica en el mutismo nocturno. Desconfiaba yo del poderoso encanto que subyugaba mi espíritu, y me creí víctima del engaño de una ilusión semejante a la del montañés supersticioso que cree oír cacerías del rey Arturo en el seno de las nubes, ladridos de jaurias y relinchos de caballos mezclados a los sonos de un cuerno encantado.. Pero los ruidos que llegaron hasta mí eran reales y acudían cada vez mas distintamente y con más intensidad. «¡El general!», exclamó Sagastibelza golpeando el suelo con su pie; y le ví crecerse y alargarse en la sombra, como un ave que reanuda su vuelo. «¡El general!», repitió la muchedumbre con ruidosa aclamación, y los hombres de la montaña, saliendo en tumulto de la habitación, hicieron su aparición en la plaza pública. En un instante los voluntarios se hallaron en armas y su comandante a caballo. Zumalacarregui les había habituado a las sorpresas, a las salidas imprevistas, a marchas nocturnas. Era él que en carrera rápida se había acercado a la frontera para recibir un convoy de armas y municiones en tanto que las tropas liberales escalonadas sobre esa línea de los Pirineos, huían a San Sebastián y Pamplona ante la proximidad del generalísimo Vascón.

Varias compañías de guías llegaron primero a la plaza, del lado de Vera. Las alpagatas de los montañeses cooperaban a la rapidez de la marcha. El aspecto de sus formas grisáceas circulando sin ruido a la luz de los *faroles* me hubiera parecido la evocación de un sueño fantástico a no ser por la voz firme y sonora de los oficiales que dirigían los movimientos de los voluntarios. Los guías precedían a un escuadrón de aquellos lanceros que el capuchino me pintó tan formidables. Dos jóvenes oficiales les seguían bien montados: el uno, Navarro de alta talla, D. Vicente de Reina, el más bravo y el más instruído de nuestros artilleros; el otro, Francés, llevando en su melancólica cara de Vendeano el duelo de su hermano recientemente muerto en un combate: Barrés. Al fin apareció, en medio de universal aclamación, el general en jefe rodeado de un grupo agitado de oficiales. Las antorchas colocadas en las ventanas alumbraban su cara expresiva y severa, su boina y pantalón rojo, su zimarra negra y su larga espada. Llegado ante los voluntarios, puso su caballo al paso; la fatiga había coloreado con un reflejo sanguíneo los rostros naturalmente sombríos de los guerreros montaraces; inmóviles, con sus capotes grises, sus boinas, sus puñales afilados, sus relucientes fusiles, seguían con mirada exaltada la vista fascinadora de Zumalacarregui pasando lentamente ante sus filas. Los *faroles* iluminaban la línea de batalla y agrandaban la sombra del jefe ilustre. Zumalacarregui hizo un gesto y se detuvo levantando la cabeza hacia el cielo como para buscar la estrella de su destino..... Un viento fresco agitó la bandera que iba delante de él; tambores y cornetas resonaron. Cinco minutos después, los voluntarios, lanzando mil gritos de alegría, salían de Lesaca la carabina a la espalda. Los lanceros trotaban sobre las aceras. Zumalacarregui lanzó su caballo soberbio y salió a galope, seguido de su estado mayor, como Sancho el Fuerte ante sus Ricombres. Volvió la cabeza hacia la plaza y noté una vez más sus bigotes caídos y su noble rostro, severo e inmóvil, como una cara de león. Luego, el gran hombre desapareció.....

El boticario me condujo a su casa.

—Agustín—, me dijo—, la noche es oscura y los cristinos temen a las tinieblas, como los niños. No tiene V. nada que temer de esa parte y puede dormir tranquilamente algunas horas; pero al rayar el día *,jalerta!* Iremos a ver la Junta de Navarra y a D. Martín Luis.

(Continuará)

Viaje a Navarra durante la insurrección de los Vascos (1830-1835)

Por **J. Agustín Chaho**

Traducido por «**MARTIN DE ANGUIOZAR**»

(Continuación)

VII

LOS PIRINEOS

A pesar de la vigilancia de la policía y los centinelas apostados en las avenidas de la frontera de España, la irregularidad de las colinas de Laburdi y la multitud de senderos que las cruzan, hacen fácil el paso, sobre todo de noche; y diez mil guardias con ojos de lince no bastarían para cerrar las salidas que los guías saben trazarse. Los contrabandistas se encargan de pasar los caballos y, mediante cien o doscientos francos de recompensa, responden del valor de los animales que se les confíen. El cumplimiento de lo tratado les cuesta a veces la vida; más de un hachero laburdino ha caído moribundo entre barrancos, herido sobre su montura a galope por la bala del aduanero o de un pantalón-rojo.

Llegado sin misterio a Bayona, provisto de pasaporte en regla, me hubiera sido fácil atravesar Laburdi bajo pretexto de visitar a algunos amigos, pudiendo así acercarme a la frontera y alcanzar furtivamente el territorio español. Prefería hacer de noche ese trayecto en compañía de contrabandistas, ganando con ello el placer, de algunas observaciones y el de evitar las brutalidades de la policía francesa. La rapidez de nuestra marcha no me permitió obtener

un caballo y proyecté comprar uno en cuanto llegara al teatro de la insurrección. A mi entrada en Lesaca cambié mi bastón ferrado por un pequeño látigo y me quité las espuelas esperando hacer la adquisición que me proponía de un rocinante, sin sospechar que a más de quince leguas a la redonda me sería imposible encontrar uno que pudiera servirme. Todos los caballos que no habían sido cogidos para montar la caballería o los oficiales del ejército insurrecto, eran pequeños como cabras; una silla y una brida eran objetos no menos raros. Lo supe a costa mía cuando me fué preciso, imitando a los arrieros, sentarme en las altas albardas de sus mulos, para recorrer de ese modo los senderos más escarpados, balanceado como una: pagoda sobre los precipicios.

Me prestaba yo alegremente a este modo de viajar. El aire vivo y puro de los montes me quitó la impresión febril que el soplo devorador de la gran ciudad de París hace sentir a la larga. Sentía renacer en mí nuevas fuerzas, y la actividad física reposaba a mi pensamiento fortaleciendo el alma en las fuentes de una vida fresca y poderosa. No me hubiera costado nada hacer a pie mis excursiones. El boticario, mi excelente amigo, me aconsejó que tomara provisionalmente uno de esos caballitos de la montaña, y consiguió procurarme uno, vivo, robusto y muy bonito; desgraciadamente, no llevaba sino albarda en vez de silla, y por brida un ronزال; la espuela, que sentía por primera vez, le hacía brincar como una gamuza.

Salimos de Lesaca el jueves 26 de marzo, después de haber esperado en vano hasta el mediodía noticias de la Junta de Navarra. Por esta época residía en Leiza o en alguna de las aldeas de los alrededores, protegida por el quinto, séptimo y noveno batallones de Navarra, mandados por el coronel Elio y por el intrépido Sagastibelza. Nuestros bardos espontáneos comparaban este último jefe al gavilán que se percha en la cima de una roca salvaje dispuesto a caer sobre toda presa que se pusiera al alcance de sus miradas penetrantes. Son muy altas las montañas que debíamos cruzar; pertenecen a la cadena central de los Pirineos y forman como un arco cuya cuerda fuera la gran carretera de Pamplona a Tolosa. Entre estos dos pueblos, a diez leguas del primero y tres del segundo, se eleva Lecumberri sobre el camino real, dominado por algunos villorrios, de los cuales el más considerable es Leiza. Nuestro itinerario a través de los montes, se dirigía hacia ese último lugar pasando por Goizueta, que se esconde a medio camino en garganta profunda.

El boticario montaba un caballo joven y hermoso; un cordón

encarnado retenía en sus espaldas enorme estuche de *catalejo*, que no abandona jamás en sus marchas a los oficiales montaraces. Cuatro voluntarios componían nuestra escolta, armados hasta los dientes; otros dos, de los más ágiles, formaban la vanguardia y nos precedían de bastante lejos, corriendo de altura en altura hasta perder aliento, para despejar nuestro camino, al cual bajaban rara vez. He anotado el placer con que todos nuestros voluntarios desempeñaban este fatigoso cometido; el Vasco lleva en sí al nacer el amor hacia los combates, y es imposible llevar más lejos que él el menosprecio hacia la muerte y el fatalismo, pudiendo afirmarse que el hombre de monte consentiría con gusto vivir todo el año en *guerrilla* a no ser por la necesidad de cultivar la tierra de la cual obtiene su subsistencia.

El propietario del caballito que yo montaba, nos acompañó para cuidarlo; no llevaba otras armas que un hacha y su puñal. Este bravo aldeano, padre de familia, era completamente sordo a los cuarenta años, y obtenía con cierta extraña felicidad, por medio de signos, en el juego de los labios y en la expresión de la cara; el conocimiento de las palabras que le dirigíamos en lengua vasca. Los hombres de los montes euskaros constituyen, creo yo, el único pueblo del Occidente en cuyo seno se hayan observado sordos de nacimiento que hablan. Este fenómeno, que se reproduce entre los Vascos más de sesenta siglos después de la creación de su idioma *euskara*, demuestra la expresividad natural y la magia viva de ese verbo primitivo. En los pueblos que tienen dialectos mezclados y bárbaros, los sordos de nacimiento permanecen mudos durante toda su vida, aunque a menudo los órganos de su voz estén bien desarrollados y sean perfectos. El juego labial y fisionómico de las personas a quienes ellos ven hablar, no hallándose jamás en relación exacta con las impresiones naturales y el sentido íntimo del sordo, no puede éste adivinar la inteligencia de tales muecas convencionales, y el valor expresivo de las inflexiones de la voz, así como la sonoridad significativa de la palabra, son misterios que vienen a ser para él imposibles de sospechar o de concebir.

Dí cuenta de mis reflexiones al boticario, y nuestra charla duró sin cesar tanto tiempo cuanto el camino nos permitió marchar de frente, hasta que insensiblemente la pendiente de los montes se hizo tan rápida y los senderos tan estrechos y rocosos, que nos vimos obligados a separarnos. Ibamos el uno tras el otro, guardando cierta distancia para evitar el arrastrarnos mutuamente en las caídas que nos hallábamos expuestos a hacer. El camino pasaba rara vez sobre

las cimas de las colinas; se dirigía generalmente a lo largo de sus flancos escarpados, levantando sobre nuestras cabezas grupos de árboles y peñas, mientras que los torrentes roncaban a nuestros pies por los barrancos. Tan pronto el sendero trazaba sus contorneos sobre terreno húmedo y resbaladizo, como era interceptado por raíces entrelazadas de algún roble milenario y cortado lo más frecuentemente sobre peña viva, presentando asperezas y desigualdades que debíamos salvar. Mi caballito avanzaba resueltamente con paso ágil y seguro, llevando la cabeza baja y olfateando su camino entre miradas que a veces hacían presumir inteligencia y meditación. En los pasajes difíciles relinchaba con fuerza, como en señal de inquietud, vacilaba, se alargaba como una serpiente y, después, eligiendo y determinándose, brincaba a través de los obstáculos como para probar la precisión de su golpe de vista así como la fuerza y elasticidad de sus riñones. Me inspiró tal confianza y seguridad, que abandoné la dirección del cabestro o ronzal y me agarré a la albarda en que me sentaba para no ocuparme sino de las magnificencias del paisaje y del rico cuadro de montañas iluminado por un hermoso día.

Los Pirineos separan la Península Hispánica de la antigua Galia, comarcas ambas que llevaban primitivamente el nombre de Iberia; una línea dirigida por las cumbres de los montes siguiendo la caída de las vertientes y la división de las aguas, forma los puntos actuales de esta división, que no está de ningún modo trazada regularmente si se tiene en cuenta que las cimas más elevadas de los Pirineos no pertenecen a su cresta central y se derivan frecuentemente de ramificaciones vecinas y de cordilleras paralelas o laterales. En los Pirineos orientales, los picos de Ossau, de Bigorre, de San Bartolomé, la Roca Blanca, el Canigou, se adelantan hacia el llano francés, donde su pirámide aparece más alta y grandiosa por su aislamiento; la Maladetta, la Punta de Lardana, el Monte Perdido, penetran muy adelante en el territorio español; la línea de fronteras que se dirige por los puntos, menos elevados del centro, ofrece en consecuencia desviaciones e irregularidades. En los Pirineos, occidentales los valles del Bidaso, del Baztán, y una parte del de Luzaide, corresponden al país vasco español, aunque situados sobre la vertiente septentrional (20).

(20) Sigue media página dedicada al Cartulario de Arsius, que la investigación histórica reconoció como apócrifo después de la desaparición de nuestro escritor (N. del T.).

«Los Pirineos comienzan en el Ebro y terminan en el Adur», decían a los Romanos los antiguos Vascos. Aferrados a sus rocas, siguiendo la expresión pintoresca de Florus, los Euskarianos creían formar parte integrante de él, no concibiendo que, aparte la identidad perfecta de origen, idioma, costumbres y leyes, la circunstancia de habitar al norte o al mediodía de un monte fuera suficiente para separar políticamente a poblaciones que se tocan y se confunden en la intersección de los valles. Fundamentados en ese principio y en el derecho histórico, tal vez algún día los Vascos intenten recobrar la unidad nacional, si malas inspiraciones no vienen a contradecir la voz de la justicia y de la sana política. La interposición de un pequeño pueblo libre previene las luchas que la vecindad de grandes naciones es capaz de hacer nacer.

El primer beneficio de esa unión sería poner término a las peleas que la fijación de límites o su desplazamiento han hecho nacer entre los Vascos de los dos reinos fomentando nuevos derechos contra usos antiguos. Los gobiernos de Francia y España se han impuesto siempre el alimentar las querellas de los montañeses y, muy a menudo, el instinto guerrero de los Vascos, unido a la impetuosidad de su carácter, les ha hecho víctimas de esa odiosa política; con demasiada frecuencia fueron desconocidos los lazos sagrados de su parentesco nacional, y ultrajados los gloriosos recuerdos de la federación de nuestros antepasados. Los Vascos Suletinos se vanaglorían aun hoy de la matanza de los Navarros del Roncal, y las rocas de nuestra frontera, testigos de tal ceguera rabiosa, conservan grotescas inscripciones grabadas por el hacha de los vencedores.

Los Pirineos orientales terminan hacia el pico de Mauberme, en el valle del Garona, donde ese hermoso río toma su nacimiento. La cadena occidental adquiere su mayor elevación en el punto de arranque; entre los valles de Aran y de Ossau. El pico de Ainie domina esos valles pintorescos, habitados por poblaciones de bella y valiente raza que pudiera fácilmente confundirse con los Vascos si su dialecto bearnés o romance no los acercara a los Gascones. Los Navarros y los Suletinos llaman *Ahuñemendi* al pico de Ainie, Montaña del Cabrito, denominación que aplican a toda la cordillera pirenaica (según Charpentier, «Essai sur la constitution géognostique des Pyrénées») y cuyo origen no he podido descubrir.

Ahuñemendi no tiene sino mil doscientas toesas (21) de eleva-

(21) Antigua medida francesa de longitud, equivalente a 1 metro y 949 milímetros (N. del T.).

ción sobre el nivel del mar y conserva durante todo el año su túnica de nieve, aunque las observaciones barométricas de Ramond hayan fijado a mil cuatrocientas toesas la altura de las nieves perpetuas en los Pirineos para las cimas vueltas hacia el norte. Rocas erizadas forman su diadema y defienden la entrada de sus ventisqueros. La imaginación de los bardos euskaros ha hecho de esta altura inaccesible la residencia encantada de hadas y genios («lamina»). Allí brilla un cielo constantemente sereno, vivificando con su rocío la verdura y las flores mantenidas entre rientes boscajes por una eterna primavera; allí conciertos aéreos, cantos joviales, danzas ligeras, mientras los vientos silban en lo profundo de los collados y los espíritus malignos, llevados sobre el ala de las grullas, vagan errantes dando alaridos a lo largo de las colinas y a través la espesa niebla de donde la nieve se suelta en copos. ¿Veis brillar la cima de *Ahúñemendi* y cómo sus macizos plateados toman del sol reflejos deslumbradores? No es un ventisquero cuyas claridades atraen vuestras miradas, sino el palacio encantado de *Maitayarry*, la más joven y seductora de los genios ibéricos. Un cinto mágico oprime el esbelto talle de la hada joven y fija los pliegues de su vestido azul tachonado de estrellas; un aro diamantino sujeta su cabellera rubia y chispea en su frente con menos brillo que el fuego divino de sus ojos azules; lanza de plata arma su delicado brazo; un ciervo ágil es su corcel. Cierta día de verano, Maitagarri, (nombre que en lengua vasca significa *amable, adorable*), se aventuró por un bosquecillo sombrío y frondoso para saciar a su rápido ciervo en la onda fresca de un arroyo límpido y rumoroso. El bello *Luzaide*, tendido a la orilla, dormía profundamente. La sorpresa de la virgen igualó a su turbación ante la vista del joven montañés, derramó sobre él miradas en que se pintaba el amor, y el encanto que la cautivaba, actuando con rapidez, entregó pronto su alma al delirio ciego, a la embriaguez sin freno, que caracterizan a esa pasión. Temblorosa, loca, corrió a buscar lianas o bejucos para encadenar al dichoso pastor. Luzaide se despertó en lo alto del Auñemendi, en una gruta en que los brazos de su amante entusiasmada le oprimían aún, ficción que está recordando el palacio fantástico de Armida y la historia de sus amores.

Más de cien cursos de agua nacen en los Pirineos occidentales y atraviesan las regiones vascas siguiendo mil contorneos y sinuosidades de los valles para echarse en el Ebro, el Adur o el Odano. Son innumerable los torrentes que acuden a engrosarlos en su curso

precipitado; sus aguas son bellas y de una extremada limpidez; pues las peñas de donde brotan en abundancia se encuentran al abrigo de los derrumbamientos que hacen tan fangosas las neveras de los Alpes. El pescado de nuestras rías adquiere en sus aguas sutiles una carne firme y gusto delicado que le hacen predilecto de los aficionados (22).

.....
 Séame permitido citar la cosmogonía de los Vascos y rasgar el velo misterioso que esconde el sentido real y positivo de sus fábulas poéticas:

Leheren Suge dormía enroscado en sí mismo dentro del lago interior, estanque de fuego; su respiración profunda hacía mugir a los ecos del Infierno (lugares inferiores); el huevo-mundo que le sirve de cubierta parecía dispuesto a romperse ante los movimientos convulsivos que agitaban al monstruo durante su letargo. Al fin el ángel del IA0 dejó caer en el Océano la sexagésima gota de agua de su clepsidra, que marca los Tiempos, proclamó el fin y la consumación de los siglos y sonó las siete trompetas de bronce. A esta señal *Leheren*, el Gran Obrero de Dios, se despierta sobresaltado en sus cavernas abriendo siete fauces de donde brotan los volcanes; en diez días consume y devora la antigua tierra, y con su larga cola, más diestra que la del castor, amasa la tierra nueva en las aguas del Diluvio; después de terminada su obra, el dragón, semejante al gusano sedoso que edifica su prisión, se enrosca de nuevo sobre sí mismo y vuelve a dormirse mecido noche y día por cuatro genios en espera del despertar de los siglos y de la aurora del nuevo *Tiempo*.

No obstante, multitud de hombres y mujeres asustados por la catástrofe, se habían refugiado sobre las montañas y fueron cambiados en piedras. Esta metamorfosis duró diez siglos, tras los cuales fueron devueltos a su forma primitiva por el canto divino de un pájaro luminoso. Su posteridad volvió a poblar durante la primera edad Africa, España, Italia y las Galias, dispersó sus colonias en Oriente hasta Persia, que recibió de ellas su nombre primitivo de Irán. Los patriarcas occidentales se llamaban Euskarianos; la historia de los Bárbaros les designa bajo la denominación de raza del Sol y del *Cordero* y reconocen por su antecesor al sublime Aitor, el primer nacido de los *Videntes*.

(22) Suprimimos unas páginas destinadas a dar cuenta de las teorías de los geognostas Palassou y Charpentier acerca de la formación de los valles y de los montes, etc. (N. del T.).

Mucho antes de la formación del pueblo judío y de la vergonzosa servidumbre que debía hacer expiar duramente a ese montón de esclavos fugitivos sus pretensiones a la nacionalidad, el sobrenombre de Pueblo de Dios se aplicaba originariamente a los únicos patriarcas del Mediodía, recordando el teísmo que profesaban los Euskarianos antiguos, ajeno a símbolos, sacrificios, oraciones y culto.

.....

El lenguaje astronómico de los Euskaros refleja poéticamente los sencillos y agrestes usos de este pueblo pastor. El título de hijos del *Cordero*, con que la historia les designa, se explica por la palabra *Chourien*, común en los dialectos de la India, Persia e Iberia española para designar ora un cordero o el sol, Cordero celeste que pasa cada año triunfalmente por los doce rediles zodiacales del firmamento. Los Indios llaman *Argi* aún al sol, palabra sabia que los vascos peninsulares emplean para designar la luz, mientras aplican al astro que es manantial de toda luz *Egi*, denotando, en sentido moral, civilización y verdad. Por alusión a la armonía natural realizada en el desenvolvimiento de su sociedad,

..... los Euskarianos, pueblo del IAO, nacidos durante la primera edad bajo brillante cielo del Mediodía, se llamaron con razón Hijos de la Luz y del Cordero.

Los euskarianos se establecieron en España veinte siglos antes de la irrupción de los Celtas o Tártaros, franquearon el estrecho de Hércules sobre ligeras canoas descritas por Estrabón, que dirigían a fuerza de remos con destreza y rapidez asombrosas, y sin temer emprender largos viajes. Ya no se pueden poner en duda las relaciones comerciales que los Indo-Africanos conservaban en aquella época con los Americanos del Sur, interrumpidas por la invasión de los Celtas; pero el recuerdo de América, pronto borrado en el espíritu de los Bárbaros, se conservó entre los Vascos pirenaicos originando las expediciones marítimas en la Edad Media. Se les debe la conquista de las Canarias en 1393 por los Guipuzcoanos. Algunos historiadores hasta aseguran que uno de nuestros excelentes marinos llamado Juan Vizcaino reveló el primero la existencia de América a Cristóbal Colón; por lo menos es seguro que acompañó a este célebre navegante.

Los Euskarianos desembarcaron en las costas de Andalucía y una de sus tribus se extendió a lo largo del Río Tinto de los modernos Españoles, que se derrama entre el Guadiana y el Guadalquivir. Las aguas de este río son de cierto color blanquecino y poseen una propiedad corrosiva que deseca el verde y convierte en áridas las orillas. Los Euskarianos le dieron el nombre de *Ib-er* (Río ardiendo), que Plinio tradujo por *Urium*. Tal nombre de *Ib-er* fué aplicado después con la misma exactitud al gran río de los Pirineos: y la historia no tardó en adoptarlo para designar la España y sus habitantes primitivos. La mayoría de las provincias federales de la Iberia recibieron el nombre de su villa principal: *Luzeta* (Villalonga o larga), *Lobeta* (Villa del Sol), *Otheta* (Villa de las Retamas), etc., de donde provienen Lusitania, Lobetania, Othetania, Karpetania, Oretania, Cerretania, Bastetania (1). Esas provincias conservaron sus nombres durante la Edad Antigua, después de la invasión de los Celtas y del establecimiento de los Fenicios, Griegos, Cartagineses y Romanos; la península, por el contrario, perdió el suyo recibiendo en cambio el de Hispania, cuyo origen se desconoce.

La alta Bética, regada por el Anas, había sido llamada en euskaro *Beturia* (*beti*, siempre; *ur*, agua), alusión a los ríos que fertilizan el Eliseo español. Varios nombres de pueblos, tales como *Urza*, *Urgoa*, *Ilurgi*, *Anastorgi*, *Ifaztorgi*, *Iriturgi*, *Iturriazko*, *Urbiaka*, *Urbion*, expresan la abundancia de aguas; y la posición geográfica de aquellas antiguas ciudades euskarianas concuerda con sus nombres significativos. Las mismas denominaciones, repetidas de distancia en distancia hacia el norte de la Península, indican bastante bien la marcha de las tribus ibéricas. *Salduba* (Villa del Caballo), que fué la Cartago de los *Betikoans*, fué transportada a orillas del Ebro por un enjambre de emigrantes y los Romanos dieron a esa colonia el nombre de Cesarea-Augusta, de que la lengua romance hizo Zaragoza. *Iriturgi* (Fuente-Villa) e *Iriberry* (Villa Nueva), grandes poblados de la Bética, se hallan en la extremidad opuesta de España, donde esta última recibió el nombre de *Choko-Illiberry* (Villanueva del Golfo, o Sinus); dominaba la costa sobre la cual los Griegos-Focenses, fundadores de Marsella, edificaron más tarde Rosas y Emporia.

(1) Inútil parece advertir que la REVISTA no se hace solidaria de las ideas de Chaho, ni de sus etimologías, muchas de las cuales son a todas luces inadmisibles. Reproducimos éste, como otros escritos antiguos, a título puramente documental. (Nota de la Redacción).

La invasión de los Godos, que devastó tan cruelmente nuestras comarcas meridionales, puede solo proporcionar una imagen de la grande migración de los Celtas o Tártaros. La invasión hiperbórea va siempre seguida de guerras seculares; trae con ella un sistema opresor que tiene como finalidad exterminar con el sable las poblaciones indígenas o anonadar, por medio de su fusión con la raza conquistadora, sus leyes, sus costumbres, su idioma y hasta el recuerdo de su nacionalidad. ¿Qué queda hoy del mundo romano destruído por los Godos?..... Poca cosa; nada dentro de algunos siglos. Si se reflexiona que las hordas célticas, retenidas en la infancia social y en su rusticidad nativa por las influencias de un clima tenebroso, precedieron de unos tres mil años a los nuevos Bárbaros, se comprende fácilmente que después de una edad y media de devastaciones de guerra y de derrumbamiento políticos, los vascos Pirenaicos, gracias a sus montes tutelares, hayan permanecido los únicos en Occidente libres de los choques terribles que desarraigaron a las tribus euskarianas del suelo fértil en que se habían pacíficamente multiplicado cuando el renacimiento del género humano.

Los Celtas, dueños de las Galias, hicieron su entrada en España por los Pirineos orientales y, costeando los mares, trazaron en su marcha conquistadora el vasto semicírculo que la Península describe desde *Soko Illiberris* hasta el cabo Finisterre, antiguo cabo céltico o de los Artabros. Las hordas bárbaras penetraron en las provincias del interior subiendo en dirección de los ríos, conductores naturales de sus movimientos estratégicos. Los Iberos aragoneses opusieron viva resistencia a los Tártaros: Diodoro de Sicilia cuenta que, como consecuencia de una lucha sangrienta, los dos pueblos concluyeron un tratado de paz y no tardaron en confundirse. La provincia habitada por esta población mixta recibió el nombre de Celtiberia, y los Euskaros puros dieron a su dialecto semítico el de *Erdarada*, que designa una lengua imperfecta y mezclada.

El paso de los celtas a lo largo del Mediterráneo parece haber sido rápido, hallándose sus establecimientos en menor número por ese lado que sobre la costa occidental, donde la terminación germánica *briga* sirve para hacer reconocer las villas ibéricas que recibieron el yugo de los conquistadores: *Arriko-briga*, *Zezenbriga*, *Miribriga*, *Lakobriga*, *Nerto-briga*, *Zeto-briga*, *Langobriga*, *Mandobriga*, *Larabriga*, *Monimbriga*, *Deobriga*, *Talabriga*, *Koteobriga*, *Zetiobriga*, *Nemetobriga*, *Botobriga*. La mayoría de los pueblos

abrieron sus puertas al vencedor y, temiendo irritar con una resistencia impotente la ferocidad natural de los Bárbaros, aceptaron sin murmurar su alianza y se confundieron con ellos. Entre las numerosas tribus que se entregaban exclusivamente a la vida nómada y que vivían bajo tiendas fuera del recinto de las ciudades, muchas fueron exterminadas; otras, que se hallaban en la proximidad de los mares, escaparon a la muerte expatriándose de la tierra natal. La tribu de los Siluros desembarcó en las costas del país de Gales, donde Tácito reconoció en ellos a descendientes de los Iberos; pero los Galo-Bretones, rechazados del interior de Inglaterra por los Pictos, los Jutos, los Sajones, los Daneses, los Normandos, destruyeron enteramente a esos montañeses hacia el quinto siglo de la era cristiana. Los Euskarianos, a los cuales Irlanda debe su nombre primitivo de *Ibernia*, sufrieron la misma suerte; los que fueron acogidos por la Sicilia, no pudieron mantenerse en cuerpo de pueblo, y un número considerable de esos fugitivos encontró en los montes de Córcega un asilo más seguro. El filósofo español Séneca escribía a su madre, desde el destierro, que los Corsos usaban la vestimenta cántabra y hablaban aún la lengua primitiva de España, alterada por la mezcla del griego y del ligurio. La más numerosa de las colonias ibéricas llegó hasta el Cáucaso y fundó el, floreciente imperio de la Iberia asiática, del cual *Argiri*, *Artanize* y *Afanize* fueron ciudades principales. El Ebro y el Araxes, cuyos nombres se conservan aún entre los Vascos pirenaicos, regaban el territorio de los Iberos orientales; Pompeyo sometió ese pueblo a su yugo.

El itinerario seguido por los Godos en su conquista de España, vuelve a trazar fielmente la marcha de los antiguos Celtas y, como sus predecesores, los nuevos bárbaros se apoderaron primero de la Celtiberia; los Vándalos Silinges, costeando el Mediterráneo, se echaron sobre la Bética; que obtuvo de ellos su nombre moderno de Andalucía; los Alanos se hicieron dueños de la Lusitania que se llama, además Portugal; los Suevos se establecieron en Asturias y Galicia. Pero, a la llegada de Los Godos, la España, viuda de sus poblaciones primitivas, no ofrecía sino una mezcla de antiguos Celtas, Fenicios, Cartagineses, Persas y Griegos, que los Romanos tenían sujetos a la misma cadena y que la misma servidumbre había confundido. El territorio de los Aborígenes euskarianos se limitaba en esta época a los valles de la Vasconia. Varrón le designa exclusivamente con el nombre de Iberia, asignándole por extensión la quinta parte de la Península. El docto romano comprendía sin duda

en esta delimitación las provincias celtíbericas recientemente desmembradas de la federación cantábrica, cuyo destino habían seguido, participando de su gloria hasta su sometimiento definitivo bajo el emperador Augusto.

Los Aborígenes, al establecerse en los Pirineos occidentales, quemaron las sombrías florestas que los cubrían: Posidonio, Diodoro de Sicilia y Estrabón hablan de ello, y no faltan a sus relatos circunstancias fabulosas, dignas del genio pueril de los Griegos. Estos autores cuenta que el ardor del incendio fundió los metales que los Pirineos guardaban en su seno, brotando el oro y la plata por mil grietas para derramarse en arroyos. La palabra Pyrene, de origen griego, recuerda, según se dice, ese gran incendio; según otros filólogos, designa el rayo que hiere tan frecuentemente las cimas escarpadas de las montañas; tal vez hace alusión al fuego creador y a la fábula de los Titanes.

El suelo virgen de las montañas desplegaba un lujo desordenado de vegetación parásita; los Pirineos conservaron durante mucho tiempo su aspecto salvaje y los productos monstruosos que la naturaleza bruta desarrolla en sus primeras creaciones. Los Vascos tuvieron que defenderse contra los ataques de enormes serpientes que salían periódicamente de las partes más húmedas y más profundas de los bosques. ¿A qué familia pertenecen aquellas hidras pirenaicas? ¿No se hallaría en otra edad geodésica el continente europeo situado bajo una zona más cálida, y el cambio de clima, consecuencia de cataclismos, no habría hecho perder a esos dragones su energía vivaz al mismo tiempo que les dejaba el tamaño y las proporciones de su especie? Las crónicas nos enseñan que en la Edad Media los Pirineos no se hallaban aún libres de esos terribles huéspedes y que los Caballeros de la Montaña empleaban en perseguirles y combatirles los intervalos de reposo que les permitía la guerra contra los Moros. He contado ya la victoria de Gastón de Belsunce sobre el dragón de Irubi. Un hecho análogo se produjo durante el siglo xvi en el valle de Zuberoa, en que el escudero de la casa Zaro consiguió matar a uno de esos monstruos. El caballero prudente atrae al reptil fuera de su caverna por medio de un cordero vivo atado a la entrada para servir de cebo. Había dispuesto bajo el inocente animal una especie de máquina infernal que hizo explosión en el momento en que el dragón furioso se enroscaba en su presa. De Zaro, que había tenido el valor de prender fuego a la pólvora, huyó con la cara cubierta de la sangre y tierra que saltaron sobre él. La idea de que

era perseguido, junto al horror que sentía, precipitó su carrera. Había franqueado el umbral de su mansión y hallábase delante de su mujer cuando perdió la respiración y cayó muerto sin haber podido proferir palabra. No trato de garantizar de ningún modo la exactitud de estos detalles de los cuales algunos habrán sido desnaturalizados al pasar por la boca del pueblo; pero sería difícil colocar en el rango de fábulas hechos atestiguados por crónicas y relatos diariamente sin otro matiz maravilloso que la poesía de tradiciones populares.

Las habitaciones de los Vascos, desparramadas a lo largo de los ríos sobre los declives de las colinas y en las profundidades de los bosques; la riqueza de vegetación, la variedad de sitios, el aspecto pintoresco de montes cultivados hoy hasta sus cumbres; un aire de vida, libertad, placer animando a todos los paisajes, y la magia de recuerdos históricos, forman de los Pirineos occidentales un país de los más interesantes. Su clima es templado, pero muy variable; la vecindad del Océano comunica al aire una frescura agradable que el soplo ardiente del *Solano* o *Egoa*, viento del sudeste, reemplaza a la proximidad de los equinoccios y de los solsticios. Los vientos este y nordeste se sienten raras veces y convierten el aire en más fresco y puro, haciendo brillar al firmamento con vivo resplandor durante las serenas y hermosas noches de otoño. El viento del sudoeste interrumpe la sequía del verano con violentas tormentas que trae en su ala; los picos de los Pirineos que le sirven de conductores eléctricos, concentran explosiones rápidas; el rayo estalla sobre peñas insensibles y hiere en lo desierto mientras el aguacero cálido y radiante fertiliza los valles; la tempestad ruge y se disipa en algunas horas, pero a veces es seguida de algunos días lluviosos. El otoño es casi siempre magnífico en los Pirineos; los inviernos, a veces muy rigurosos, no acrecen de hermosos días; las lluvias prolongadas solo reinan en primavera, estación que a veces termina con heladas tardías y punzantes y se ve turbada por tormentas precoces de que el invierno mismo no se ve exento. La naturaleza ha reunido en los Pirineos occidentales todas sus riquezas; multiplica sus oposiciones y sus contrastes mezclando a la vez estaciones y climas; la temperatura se halla expuesta a las transiciones más súbitas; a menudo, al declinar el más bello día, el horizonte se cubre con velo sombrío, la lluvia cae durante toda la noche y, al amanecer, el sol se alza resplandeciente en un cielo que ha vuelto a serenarse: imagen de la belleza, que brilla con nuevo lustre después de haber secado las lágrimas que la inundaran.

La vegetación de los Pirineos no es menos rica ni menos variada; describe el clima, con su movilidad, contrastes, colores fantásticos, mil matices, que tan pronto se funden armoniosamente como resurgen vivos resaltando por su oposición. Los accidentes bruscos del terreno y la diferencia de las exposiciones acercan a todas las especies, a todos los géneros; se ven crecer las plantas acuáticas junto a las alpinas y las que produce un suelo árido y calcinado: las saxifragas, la campanilla, el liquen o musgo, el aconito, las soberbias liliáceas, eléboros, valerianas, titimáneas, la genciana, la germandrina, eufrasia, el esquinanto, la tormentila, sensitiva, elemátide, el calamento, la pequeña salvia, el pan de cuchillo, la digital purpurada, la mandrágora, el árnica. La Flora de los Pirineos occidentales cita con distinción entre sus amantes más estudiosos e infatigables a Tourneford, Palassou, Picot de Lapeyrouse y Ramond.

La clase de mamíferos que disputan al hombre la residencia y posesión de nuestras montañas es muy numerosa. Sin contar el lince, que ha llegado a ser raro, y la marta que se esconde en el fondo de los bosques, se encuentran la ardilla (*urchainch*, come-avellanas), la comadreja (*andereiger*, linda-señorita), el erizo (*sagarroi*, come-manzanas), el tejón (*arzku*; el «kursus meles» de Lineo), la liebre (*erbi*, doble-labio), la nutria (*uain*), el lobo y zorro, huéspedes libertinos y destructores que merodean aunque sus cabezas estén puestas a precio. La caza del jabalí (*basurde*, cerdo salvaje) compensa al Vasco de los perjuicios que este animal ocasiona en las plantaciones de maíz. La familia preciosa de los rumiantes provee el ciervo (*orkatz*), gamo (*orein*), corzo (*basaaitz*), la cabra montés con sus grandes cuernos nudosos plegados hacia atrás; la gamuza, bonito animal cuyo pequeño cuerno derecho termina en gancho puntiagudo, con el labio superior ligeramente partido y sin lagrimal como los ciervos y los antílopes, de conformación que se acerca a la de la cabra. En ausencia de más formidables cuadrúpedos, el oso (*artz*) es el rey de nuestros bosques y de nuestras alturas solitarias; el oso negro frugívoro es más común que el pardo carnívoros; uno y otro no se muestran durante el día sino en la bella estación; el primero se alimenta de moras, uvas salvajes y fresas perfumadas que tapizan hasta el fin del otoño las peñas expuestas al mediodía, pero su regalo más goloso consiste en una miel rústica que se desliza como en arroyuelos a lo largo de las hendiduras de ciertas rocas piramidales en que las repúblicas de abejas se establecieron secularmente por millares de enjambres sin temor a que jamás la mano del hombre llegara

a arrebatarse de su patria inaccesible los tesoros de sus colmenas repletas.

La gran águila pardo leonada es la más notable de las aves sedentarias de nuestros Pirineos; vive solitaria y taciturna, tan distinta de la pequeña águila chillona de plumaje gris de hierro, pintada de blanco y negro. El nombre del rey de los pájaros (*arrano*) indica en euskera su costumbre de encaramarse sobre las peñas más enhietas y salvajes para establecer allá su nido y reinar soberano. Todos los pájaros huyen de los sitios que frecuenta el águila; únicamente la alondra, más atolondrada o más confiada, se muestra durante el verano para ir a picotear sobre el césped incoloro la tierra fresca que una variedad de topos salvajes echa al construir sus galerías hacia la proximidad de los ventisqueros. Hago notar que el euskera designa la yedra y el buho con la palabra *untz*, sin duda porque la yedra se ata a los viejos troncos de los árboles y a los escombros que habita el enemigo del día. La misma expresión caracteriza entre los Vascos al hombre estúpido cuyo espíritu se halla sumido en las tinieblas, por alusión al ave nocturna que jamás ve el sol y cuya luz le cegaría. Los Griegos y Romanos hicieron, al contrario, del buho consagrado a Minerva el símbolo de la prudencia y de la razón, y es que los Griegos y los Romanos, hijos de la Noche, eran tribus célticas. Los Euskarianos, raza meridional y solar, comprendían de otro modo que los Bárbaros las claridades de la inteligencia y la vida luminosa de la creación. ¡Así se encuentra hasta en los más pequeños detalles del lenguaje el genio particular de las dos grandes razas humanas y el carácter esencial de los dos verbos que se disputan de edad en edad el mundo social!

Los Pirineos, situados entre el Mediterráneo y el Océano, son punto de descanso natural para las tribus de pájaros viajeros que dirigen sus emigraciones anuales tanto hacia el norte como al sur. La cadena occidental, menos elevada y menos árida, atrae preferentemente a esos huéspedes pasajeros que la diversidad de su instinto, canto y plumaje hacen tan interesantes a la observación. Las cacerías a que los montañeses se libran con ardor, proveen de un rasgo más a las magníficas escenas que el amigo de la naturaleza no puede cansarse en admirar. Desde la primavera golondrinas de mar remontan nuestros ríos recorriéndolos con ala rápida, seguidas por gaviotas y otras aves marinas cuyos nidos reposan en arrecifes del Océano; pronto se presenta la abubilla en las puntas de los brezos que comienzan a verdear, y canta erizando las plumas

de su bonita cresta; el cuclillo se adelanta en los bosques al nacimiento de las hojas y hace oír las dos notas de su monótono cuplé repetido por los niños de la aldea y por el eco. Llega, el estío y, de regreso, el brillante verderón desafía a los mirlos con silbidos joviales y cadenciosos; la naturaleza despierta, y se anima; los bosques se han repuesto de su verdura y la gran voz de los Pirineos, elevando sus armonías, proclama la estación del amor. Los buitres, desterrados en invierno, entran en muchedumbre a las montañas; el barbado toma un vigor poderoso con sus alas anchas cuya envergadura sobrepasa aún la de la gran águila; el buitre pirenaico, de cabeza calva, desciende a lo profundo de los barrancos y planea sobre las aguas. Con el otoño llegan los picofinos, los papafigos, el estornino, los tordos, las codornices, en tanto que sobre la retama dorada y los Chaparrales amarillentos el ruiseñor, los jilgueros, pardillos y todas las familias de pájaros cantores vuelan por bandadas numerosas, se llaman vivamente reuniéndose para redoblar en coro estribillos de adiós en pos de otra primavera y de otros amores en la lejanía.

La paloma oceánica, la torcaz azul que desempeña tan gran papel en la cosmogonía ibérica, llegan a los Pirineos en septiembre. Los naturalistas consideran esta hermosa ave como el tronco de los pichones domésticos; nada iguala la rapidez de su vuelo ruidoso y es imposible hacerse idea del estrépito que acompaña a esos pájaros cuando caen por millares en los grandes bosques de hayas; huéspedes inofensivos convertidos en símbolo de la inocencia y de la dulzura. Viven de bellota y su carne provee entonces un manjar delicado; por lo que los cazadores, les preparan mil muertes. La caza más divertida se hace con grandes redes tendidas a la extremidad de una cañada. La elección del lugar y la habilidad de los cazadores concurren a convertirla en de más o menos éxito, siendo su producto bastante lucrativo para hacer de cada red de tirada una propiedad importante y lucrativa. El gavilán y el aguilucho son las únicas aves de rapiña que la torcaz debe temer, pues la rapidez de su vuelo la pone al abrigo de todas las demás. El gavilán se lanza de tierra perpendicularmente y se vuelve de espaldas para coger a su víctima a quien hiere con su pico, cortante y su pecho óseo; pero las torcaces, conocedoras por instinto, evitan su alcance derribando súbitamente el vuelo. La idea de la caza en redes esta fundada en esta observación. Los cazadores se apostan sobre las colinas en un radio de media legua al alcance de las redes, armados de raquetas blancas cuya

forma imita a un gavilán. Sus ojos penetrantes no se quitan del horizonte en que vapores perceptibles le hacen reconocer cada bandada de torcaces hasta veinte minutos antes de acercarse. Se avisan mutuamente con gritos y señales y lanzan sus raquetas con tanta inteligencia y oportunidad que rara vez evitan que las torcaces tomen la dirección fatal. El instante solemne de su triunfo es aquel en que las tímidas aves, apretándose en columnas con vuelo atolondrado que las precipita al terror, hincan el pico en las redes que caen para envolverlas. Todas las palomas cogidas vivas se venden para guarnecer la mesa del Vasco durante el invierno; las que se sirven en otoño fueron muertas a tiros y, según se dice, son hasta mejores. Para atraerlas se utilizan cebos vivientes a los cuales se les ha privado de ojos. Los Vascos, pueblo noble e hidalgo, cazaban aún en tiempo de Enrique IV las torcaces con aguiluchos, así como toda especie de caza con halcón (*autore*). El perfeccionamiento de las armas de fuego ha hecho abandonar esta distracción prohibida en toda Francia bajo pena de muerte y reservada a los placeres de la nobleza y de los reyes bajo el régimen de los Bárbaros.

La llegada de las aves viajeras a una comarca se determina por la madurez de los frutos de que cada especie se alimenta. Unas vienen a los Pirineos al principio de las cosechas; otras en la estación de las vendimias. Las grullas (*kurloo*) forman la retaguardia de la emigración, pero dirigiendo su vuelo sobre las regiones que el águila frecuente en verano, esas aves pasan sin detenerse a menos que el mal tiempo y las nieblas no molesten a su línea de batalla obligándola a descender. La garza, cerceta, pato salvaje, ganso salvaje, avutarda y cigüeña residen en los Pirineos durante parte del invierno. Existe un ave viajera más famosa y rara: es el cisne salvaje, distinguido por su pequeñez del cisne doméstico y cuya conformación singular la clasifica entre las aves canoras. Las observaciones hechas por Mongez en Chantilly no permiten dudar más acerca de que fueron verídicos los antiguos en la tradición del cisne que canta. Picot de Lapeyrouse ha disecado algunos. No aparecen en los Pirineos sino de siglo en siglo durante los inviernos más rigurosos;

La imaginación de los Vascos, ayudada por la reminiscencia confusa de los países que los primeros Euskarianos habitaron, no ha dejado de poblar los Pirineos de seres misteriosos y abigarrados que sirven de lazo supersticioso entre la creación material y visible y el mundo fantástico de larvas y espíritus. El más popular de esos mitos pirenaicos es el Señor Salvaje (*Baso-Jaun*), especie de mons-

truo con figura humana, que el Vasco coloca en el fondo de los negros abismos o en las profundidades de los bosques. La talla del *Baso-Jaun* es alta, su fuerza prodigiosa; todo su cuerpo está cubierto de un largo pelo liso que semeja una cabellera; marcha de pie como el hombre, bastón en mano, y sobrepasa a los ciervos en agilidad. El viajero que precipita su marcha por la cañada, o el pastor que conduce su rebaño ante la proximidad de la tormenta, se oye llamar por su nombre repetido de loma en loma: es el *Baso-Jaun*. ¿Alaridos extraños vienen a mezclarse con el murmullo de los vientos, con el quejido sordo de los bosques a los primeros atisbos del rayo?: es también el *Baso-Jaun*. ¿Un negro fantasma iluminado por rápido relámpago se yergue en medio de los abetos o se agacha en el hueco de algún carcomido tronco de árbol, separando sus largas guedejas a través las cuales brillan unos ojos centelleantes?: el *Baso-Jaun*. ¿La marcha de un ser invisible se escucha detrás de uno acompañando su paso cadencioso al ruido de los de este?: es siempre el *Baso-Jaun*.

El Vasco cuenta en el rincón del fuego el encuentro que tuvo con el Señor-Salvaje cuando era joven y llevaba la existencia de los pastores: refiere la hora y el sitio, describe el paisaje y no vacila en declarar su terror, de que vivamente participa el auditorio infantil que atiende al relato del abuelo con la mayor curiosidad. Era una noche oscura, noche fría de invierno; los vientos silbaban a través de las ramas de los árboles; la niebla había descendido, la nieve caía blanca y helada; el pastor, que regresaba de la alta montaña, caminó solo hasta media noche. Se vió obligado a detenerse en el bosque, pues el espesor de la niebla le escondía su ruta. Se para; un tronco de árbol cortado a la altura del ramaje se alzaba ante él, blanco de nieve. El montañés distraído le dió maquinalmente un golpe con su palo y, repentinamente, el tronco, inanimado al parecer, dió un salto terrible dejando caer como un velo la nieve que le cubría, para aparecer ante el pastor, inmóvil de terror, el *Baso-Jaun* rugiendo como un león, ojo avizor y con la crin erizada.... El narrador de junto al fuego cuenta este extraño incidente con un tono de verdad persuasiva y deja creer que él es el héroe de la aventura. Heredó el relato de su padre, quien a su vez lo recibió de su abuelo. Se podría así remontar doscientas generaciones, hasta el tiempo de la estada de los Euskarianos en Africa, porque el *Baso-Jaun* de los Vascos es sencillamente el Orangután que proveyó a los antiguos Egipcios y Griegos la fábula de los Silvanios y de los Sátiros.

Este nombre de *Baso-Jaun*, dado al Orangután por los Euskarianos, expresa con una especie de ingenuidad el asombro. mezclado de terror que se apoderó del Aborigen a la vista de un animal tan parecido al hombre. Aún en nuestros días los negros de la costa se imaginan que el mutismo de los grandes monos es astucia de su parte a fin de sustraerse a la tiranía de los blancos y a los penibles trabajos de la esclavitud. El Euskaro, mejor observador, no tardó en reconocer en el Orangután a un sér desprovisto de razón, privado de palabra e inferior al hombre social con toda la distancia que separa a la reflexión inteligente del ciego instinto. Consagró este descubrimiento por la fábula del Herrero y el *Baso-Jaun*, cuya forma pueril (23) oculta esta moralidad filosófica: el Señor-Salvaje es un bruto, un animal, un simio; y el hombre, un hombre, el ser excelente, inteligente, *Guizon*, *Gu-iz-on*, nosotros-ser-excelente, perfecto.

No se deben rechazar indistintamente como apócrifos o fabulosos los relatos de los Vascos acerca de apariciones del hombre de los bosques en los Pirineos occidentales. Se encuentran en estas montañas verdaderos salvajes y su existencia, por inexplicable qué sea, no está menos confirmada. Obreros que trabajaban en 1790 en el bosque de Iraty observaron en varias ocasiones a dos de esos individuos. Le Roy, que dirigía los trabajos, cuenta un hecho interesante en una de sus memorias científicas: Uno de los salvajes, joven mujer de largos cabellos negros, completamente desnuda, era notable por sus formas elegantes, por sus rasgos regulares y bellos, a pesar de la extrema palidez de su cara. Se había acercado a los trabajadores y les miraba aserrar los árboles con aire que testimoniaba más curiosidad que temor, y las palabras que se dirigían los obreros excitaban visiblemente su atención. Animada por el éxito de su primera visita, volvió al día siguiente a la misma hora. Los obreros se habían formado el propósito de hacerla prisionera. si era posible conseguirlo sin hacerla daño, y uno de ellos se acercó a ella arrastrándose mientras otro de sus camaradas hablaba alto gesticulando con viveza para cautivar la atención de la joven salvaje; pero en el momento en que el leñador tendía su brazo para cogerla de una pierna, un grito de alarma salió del bosque vecino advirtiendo a la muchacha de la naturaleza del cepo que se la tendía.

(23) El Herrero pincha la nariz del Señor-Salvaje con tenazas enrojecidas al fuego (Nota del Autor).

Dió un salto de asombrosa agilidad y huyó hacia la selva con la rapidez del relámpago. No volvió más, y se ignora la suerte de la pareja salvaje.

La gruta de Balzola, en Vizcaya, tiene la reputación de alimentar en sus entrañas toda clase de monstruos. Hace algunos años los habitantes de una casa vecina oyeron durante varias noches alaridos prolongados que parecían provenir de voz de mujer. El buen humor malicioso, que anima en las provincias meridionales de Francia a los *Loups-Garous* y a los *Ganipotes* de aldea, no podía tener relación alguna con esos gritos nocturnos. Varios jóvenes llevaron a cabo una batida a favor de un claro de luna magnífico, y el primer objeto que percibieron a la entrada de la cueva fué un fantasma negro con figura humana, que se precipitó en la caverna repitiendo su alarido siniestro.

La palabra significativa de Balzola equivale a Fragua tenebrosa. Este vasto subterráneo, dividido en numerosos compartimentos y galerías parece haber sido alguna rica mina de hierro explotada por los antiguos, y se halla situada en la extremidad de una cañada salvaje en medio de la cual se eleva una roca pintoresca naturalmente tallada en arcada, llamada *Jentil-Zubi*, Puente de la Muerte (?). La entrada de la gruta, practicada en la roca viva, conduce a un vestíbulo espacioso y Sombrío en que vienen a terminar todas las salidas del laberinto. Las aguas que la roca destila dan humedad al suelo, el cual se halla sembrado de huesos, de los cuales algunos son humanos; los aldeanos, están persuadidos de que pertenecen a personas devoradas por las serpientes. La bóveda del negro pórtico está tapizada de murciélagos aferrados por millares unos a otros, como las abejas que penden en racimos de las colmenas. Sus gritos y bordoneo de alas chocan al principio en el oído del viajero a su entrada en la caverna; pero, a medida que avanza, murmullos sordos y profundos, silbidos agudos, redobles lejanos se escuchan por todas las bocas del subterráneo. Por momentos diríase que son gemidos humanos que las vergas de las Furias arrancaban a sus víctimas; otras veces, ruidos fuertes y cadenciosos imitando el latido de una fragua y los pesados martillos de los cíclopes cayendo sobre el yunque de bronce. Hay días y estaciones en que esos ruidos formidables aumentan y se extienden al exterior; la imaginación de los aldeanos los interpreta de manera a acrecentar el terror que inspiran, pudiendo tener por causa la caída de torrentes interiores y compresiones del viento en las cavidades sonoras del subterráneo.

La gruta de Balzola no es la única del mismo género en las regiones vascas, sino que existen gran número de ellas que servían antiguamente de refugio a la población de los valles contra la invasión enemiga, y los guerreros de la montaña mismos, cuando la victoria había traicionado su valor, se encerraban a veces para volver a salir invencibles. La Baja Navarra o Benabarre posee unas de esas profundas cavidades, capaz de contener más de diez mil combatientes. Una colina disimula su abertura; la *Torre del Diablo*, que le sirve de coronación, contiene huesos humanos y cráneos; el color del cemento petrificado por los siglos atestigua que fué humedecido en sangre. Recuerdos trágicos se unen a estos monumentos terribles; algunos datan de la guerra de los Vascones contra los Romanos; los hay que remontan hasta las primeras luchas de los montañeses contra los Celtas.

El Vasco, desde su establecimiento en los Pirineos, no ha conservado de invariable más que la divina lengua y la libertad originaria de sus antecesores, habiéndose modificado su ser físico con la larga estadía en las montaña. Las influencias de otra tierra y de otro cielo han hecho perder al Euskaro el tinte moreno y la cabellera rizada que Tácito atribuye a los antiguos Iberos; su talla, primitivamente pequeña, ha aumentado hasta acercarse a la de los gigantes, hijos del norte. El alma euskariana ha sufrido en el curso de los siglos la metamorfosis de una encarnación nueva y, por decirlo así, local; pero este cambio, más exterior que esencial, no ha destruido las formas y las armonías características que hacen de esta raza uno de los más bellos tipos de la especie humana.

La defensa y el cultivo de sus valles ocupaban laboriosamente a los Vascos, priváronles pronto de la riqueza y del ocio que les hubiera sido indispensables para mantener la civilización literaria de los Iberos en el seno de su pequeña confederación guerrera. Los magos de la república solar (*Jaun-Aztiak*) no fueron ya en los Pirineos sino astrólogos ignorantes y brujos miserables que no por eso dejaron de conservar una reputación adquirida con justo título. Los Romanos, en tiempo de Séptimo-Severo, les comparaban todavía a los adivinos de Hungría y a las profetisas escandinavas, hijas sabias de la Voluspa. La poesía euskara, privada del auxilio de la escritura, no tuvo más eco que la improvisación inculta de los bardos y sus cantos fugitivos, olvidados en seguida. Los Vascos perdieron hasta la inteligencia de su lengua, y este oscurecimiento de la luz social favoreció el establecimiento del politeísmo en algunas villas

de la llanura y, por consiguiente, de la religión católica profesada hoy por la universalidad de los montañeses. El sol de los *Videntes* se apagó en su horizonte durante la era de sangre y tinieblas, y la influencia de un genio malo desató los lazos de la fraternidad primitiva, cambiando las condiciones del deber, aislando la abnegación y expatriando el amor.

Los Vascos no pudieron desprenderse de la preeminencia esencial que resulta de su origen y de una independencia hereditaria, y permanecieron superiores a todos los pueblos de raza céltica, por leyes, costumbres, usos que recibieron de la naturaleza, y por la alta prudencia que ella les inspiraba en los detalles de la vida práctica. Su establecimiento en los Pirineos fué una toma de posesión pronta y completa, como debía serlo la de un pueblo que treinta siglos de civilización ininterrumpida había armado de todas las condiciones necesarias para combatir y vencer a la naturaleza más rebelde. Los Vascos, al llegar a las montañas, eran agricultores consumados, y sus mujeres habían adquirido celebridad europea en el arte de fabricar telas, de tejer la lana y de variar los colores de los tejidos por el tinte y el bordado. Mientras los Galos y los Celtíberos formaban medio desnudos bajo las banderas de Anibal, los Cántabros echaban sobre sus espaldas elegantes y ricas capas, ostentando brillantes armas cuyo cincelado las daba mayor realce. El sable galo, de mal temple, se plegaba a la menor resistencia, se retorció al golpe; el Bárbaro se veía obligado a enderezarlo cada vez en la refriega exponiendo al furor del enemigo su cuerpo de gigante, desnudo hasta la cintura, sin otra defensa que un tatuaje abigarrado y jeroglíficos groseros. La espada cántabra, adoptada por los Romanos, era por el contrario de perfecto trabajo y de forma sabiamente calculada, no pudiendo el hierro más duro ponerse a prueba de su filo. Horacio ha elogiado el broquel redondo de los infantes vascones; su hacha de armas ofrecía en el bronce una fusión de metales de que la Edad Media perdió el secreto. Los Vascos son hoy el único pueblo del Occidente que reúne claramente y sin confundirlos los dos aspectos predominantes de la fisonomía general de la humanidad: la civilización primitiva de los patriarcas meridionales y el genio guerrero de los bárbaros hiperbóreos.

La irrupción de los Celtas en la Península Ibérica y el establecimiento de las tribus euskaras en el seno de los Pirineos occidentales iniciaron en los montañeses un duelo secular, convertido en más sombrío y más exaltado por una serie no interrumpida de guerras

con los pueblos dominadores de la Península y de las Galias: Celtas, Cartagineses, Romanos, Visigodos y Moros. No hablaré de las luchas más recientes que la loca presunción de la monarquía debía desatar vergonzosamente contra las libertades de los hijos de Aitor y la gloria de sus instituciones.

La invasión de los Bárbaros había sustituido en todo el mediodía la esclavitud a la libertad primitiva, la iniquidad de la guerra y de la conquista a la divina justicia, el código político de los tiranos al derecho de las naciones. El movimiento humanitario se efectuó además de norte a mediodía fuera de sus vías naturales de luz y de paz. La independencia de los Vascos no les impidió sentir el golpe de rechazo del derribo social que hizo perder al hombre su armonía y su ley en el estado de pueblo y de familia, y los montañeses se convirtieron en un pueblo soldado, siendo para ellos de necesidad imperiosa la adopción de algunas leyes copiadas de los Bárbaros, como condición de fuerza y resistencia.

Ya, bajo los Romanos, últimos representantes de la invasión céltica, la legislación de los Vascones había sufrido alteraciones, y la llegada de los Godos determinó su decadencia para hacer que las leyes marciales de los Bárbaros fueran votadas bajo el roble patriarcal en toda su brutalidad salvaje. ¡El código suletino encierra una singular tarifa. para golpes y heridas: tanto por un golpe de javalina, de hacha, de lanza, de pica, de daga o de puñal! La cuota de la multa variaba según la gravedad de las heridas, y jurados expertos estaban encargados de sondear su profundidad, medir sus dimensiones. Quien quisiera ver por curiosidad la marca de un sable vascón hundido hasta la empuñadura en un pecho de hombre, la hallará dibujada exactamente sobre una página del código suletino. Esas leyes góticas introdujeron entre los Vascos las venganzas de familia a familia, tales como se observaban en la época entre los montañeses escoceses, con las rivalidades. y enemistades feroces de los clans y de las tribus (24).

El desafío legal, el duelo, y el juicio de Dios, usados entre los Vascones de ambas vertientes durante la Edad Media, no fueron adoptados sino en el siglo décimoquinto por los Vascos propiamente dichos. La ley de Guernica transmite que el *Jaun*, o señor de la república, debía asistir al duelo sentándose al pie de un árbol. Los duelos

(24) Se refiere a las pependencias de los Parientes Mayores, que dieron motivo a nuestra novela corta titulada *El Caballero de Amezqueta*. («M. de A.»).

por procuradores y campeones estaban sobre todo en uso en las refriegas de región y región. Un tratado antiguo concertado entre el vizconde de Bearn y la Junta de Zuberoa (Soule) determina que los Suletinos acusados de robo o muerte cometidos en territorio gascón tendrían la facultad de purgar la acusación por el duelo o por juramento que debía hacerse puesta la mano sobre el evangelio o sobre santas reliquias; pero preferían sostener su inocencia espada en mano. El tratado mencionado decide que *en lo futuro tales combates tendrán lugar en el territorio de Bearn, y que los Vascos no acudirán nunca más de cincuenta acompañando a sus campeones*; ¡tanto terror inspiraban a los Gascones el ardor indomable y la impetuosidad de nuestros montañeses! Estos detalles no parecerán insignificantes a los lectores que rebuscan en las costumbres y usos de un pueblo la traza de sus destinos históricos y de las influencias sociales que han modificado su carácter en la sucesión de los siglos.

Hay para las naciones un ambiente humanitario, como para el hombre un medio social, y el movimiento irresistible de un mismo torbellino arrastra a los individuos y a los pueblos.

.

. El hombre familiar vive en su tribu, nación, pueblo, como el pueblo vive en la humanidad, como el género humano vive en Dios, motor supremo, universal; y la creación reacciona en una escala descendente, del gran todo a los individuos, por círculos armónicos. Ciertamente, las fases humanitarias son generales, sea en bien, sea en mal, y se suceden por edades. La sociedad no tiene sino dos maneras de ser y es del Norte de donde la llegan siempre, con la invasión, tiranía, guerra y crimen, el babelismo del lenguaje y las tinieblas del espíritu.

El Vasco es el hombre del Mediodía, el patriarca ibérico revestido de la armadura del bárbaro desde las invasiones del Norte. El pacífico Aborígen, una vez que se vió recluso a los Pirineos occidentales, encaró sin miedo sus nuevos destinos adquiriendo en el más alto grado el instinto guerrero de sus opresores y, extremándose en todo, les sobrepasó en luz, nobleza y virtud. La necesidad, la desesperación y el derecho natural de la defensa le pusieron las armas en la mano, y la embriaguez de sangre desvió a veces su coraje; pero sus excesos mismos eran justicia y venganza, porque la agresión no procedía de él. Un poeta en quien respira entero el genio de Roma etrusca, de Roma conquistadora y soberana, Luciano

¿no dice que los Iberos pirenaicos habían llegado a ser el horror y el espanto del universo? ¡Con qué colores altivos el cantor de la guerra púnica, Silvio Itálico, traza el retrato de aquel Cántabro, hijo mayor de la Iberia, a quien ni el hambre ni la sed, ni los ardores del estío, ni las escarchas de los inviernos pudieron derribar, y para quien todos los trabajos y peligros se convertían en ocasiones de gloria! El valor salvaje de los Montañeses, expuesto a la admiración de los pueblos, vino a ser motivo de exageraciones y de fábulas. Se contaba en Roma que los guerreros de Cantabria cuando llegaban a la edad en que blanquean los cabellos y se debilita la mano, trepaban a las rocas enhiestas, entonaban al sol declinante su himno de muerte y se lanzaban a los precipicios para terminar una existencia ya insoportable desde que no podía consagrarse a la gloria de los combates.

Independientemente de estos rasgos sublimes que forman hoy su fisonomía nacional, el Vasco presenta gustos e instintos generales a todos los pueblos montañeses. Lleva hasta la idolatría el amor de su país natal, tanto más excesivo cuanto en general los objetos a los cuales se refiere se hallan más desheredados por la naturaleza. La residencia en estos montes tiene para él un atractivo a que nada iguala, encantos cuya magia, nada puede destruir. Los sudores que le costó su cultivo, la sangre con que los regó tantas veces, les hacen más caros a su corazón, y este sentimiento exaltado aumenta más por la pasión dominante de la libertad y de la nacionalidad. Para estudiar al pueblo vasco con fruto en las situaciones diversas de la vida social y para comprender bien el drama filosófico de su historia, no hay que perder jamás de vista los tres aspectos que presenta el resplandor de su fisonomía noble y poética: Aborigen de raza solar, soldado indomable, montañés civilizador y predestinado.

Los Vascos, exceptuados los habitantes de las costas del golfo de Vizcaya incluso Laburdi, que se entregan a la marina, constituyen un pueblo agrícola y pastor (2). El ganado constituye su principal riqueza, y se nota que en su idioma patriarcal la palabra *aberratsua*, designando al rico, significa poseedor de numerosos rebaños: Los Vascos no crían bueyes; las vacas tiran de las carretas en los valles y, las que se dejan vagar en gran número sobre los montes, son pequeñas, ágiles y casi salvajes; los caballos que hay son igualmente vivos y robustos, pero pequeños. La hermosa raza que los escuderos navarros mantenían con tanto esmero durante las guerras contra los Moros, se ha perdido ya, o poco menos.

Los años de paz que siguieron para los Vascos después de estas luchas gloriosas, trajeron su fruto. El cultivo, tan rico en las cuencas de los valles, ha continuado sus conquistas hasta las cimas más ásperas; cobra su tributo sobre los más pequeños trozos de terreno y las menores tiras de verdor que le disputan las peñas. Las rampas más excarpadas ofrecen campos cultivados, y sería imposible trazar los surcos por medio de la carreta. El instrumento de que los Montañeses se sirven para labrar, lleva el nombre de *laya*: es un gran tenedor de hierro con empuñadura de madera, cuyos dientes pueden tener diez y seis a diez y ocho pulgadas. de largo por tres o cuatro pulgadas de separación. Las mujeres y las mozas toman la misma parte que los hombres en este trabajo que se hace marchando hacia atrás, y la *laya* que manejan sus manos no es ni más pequeña ni menos pesada. Los trabajadores de todo sexo se colocan en filas con una *laya* en cada mano, acercándola de modo que queden los brazos con la fuerza y libertad necesarias; después, encorvados hasta los riñones, golpeando todos sobre la misma línea en cadencia, levantan y dan vuelta profundamente a un mismo terrón de tierra con la fatiga y esfuerzos de que es fácil hacerse idea. Este fuerte ejercicio contribuye a dar a los Vascos una anchura de pecho y de espalda que, unidos a la talla esbelta y a la agilidad proverbial del montañés, imprimen a su manera de andar, un carácter de majestad primitiva, de elasticidad y de vigor.

Es sobre todo al recorrer los valles pintorescos de Vizcaya y Guipúzcoa cuando el viajero percibe asombrado sobre las alturas aparentemente inaccesibles esas filas de trabajadores que se encorvan, se yerguen y vuelven a doblarse con movimiento fuerte y medido. No puede menos de reconocer en este aspecto al pueblo más laborioso del Occidente, maravillándose de que muchachas jóvenes de formas elegantes y a menudo quebradizas, puedan afrontar medio desnudas en este penible ejercicio la duración y el peso de todo un día. Al fin, cuando se esconde el sol, cesa el trabajo, las filas se deshacen y las *layas* son arrojadas a tierra. Al mismo instante, la; notas joviales de un silbo agudo y los redobles de un tambor se escuchan disipando con sus sonos mágicos la fatiga. Los grupos se animan en seguida; muchachas y mozos se dan las manos para ejecutar rondas ágiles sobre las plataformas de las peñas. A cantos de vírgenes se unen gritos claros de Montañeses, y frecuentemente la noche ha extendido sus sombras hasta los declives de los valles para que los danzarines desaparezcan en la oscuridad mientras el tam-

borcillo de hada y la flauta de gnomo envían a los ecos sus sonidos prestigiosos. Alguna observación de este género habrá dictado la frase espiritual de Voltaire cuando este poeta quiso pintar a los Vascos con un solo trazo llamándoles *un pequeño pueblo que brinca y baila en lo alto de los Pirineos*.

Los antiguos se entregaban con éxito a la explotación de las minas de hierro, supliendo la falta de máquinas hidráulicas con la acción del fuego. Plinio y Estrabón han descrito confusamente los procedimientos empleados por los Cántabros. Los Vascos modernos no se muestran ni menos asiduos ni menos hábiles en esta labor. (Las fábricas de anclas para navíos, de hierro fundido, de armas de fuego y de armas blancas, son las mejores de toda España, y estas últimas rivalizaban sin desventaja con las de Toledo y Córdoba, en tiempo de su mayor celebridad bajo los Moros). La región de Vizcaya sola posee más de ciento cuarenta fraguas y martinets que funcionan día y noche. La mina más rica que se encuentra es la de Somorrostro, la cual parece inagotable aunque se saca de ella por término medio cada año un millón de quintales de mineral. En las cañadas más abruptas en que no se descubre traza de cultivo y donde los rebaños se aventuran rara vez, en medio de bosques que deben proveer el carbón necesario para la explotación, los talleres de cíclopes ocupan los sitios más agrestes. Los animales salvajes, inquietados por el genio del hombre hasta en sus retiros más escondidos, apenas pueden ocultar su pavor, y los ruidos de los martinets de las fábricas se mezclan sin cesar con el rodar de cascadas, gritos de águilas y murmullos solemnes de las selvas.

Las costas de Vizcaya y de Guipúzcoa presentan otras escenas. He dicho que la cordillera de los Pirineos se separa bruscamente del golfo labortano y se dirige hacia Galicia atravesando la Cantabria: las montañas que se suceden del lado del Océano disminuyen de tamaño a medida que se van acercando a la orilla: el terreno se hace arenoso y descubierto para terminar en peñascales pintorescas contra los cuales el mar acude tan pronto a adormecerse riante y apacible, como a romperse con estruendo. Lequeitio, Bilbao, Deva, Guetaria, San Sebastián, Pasajes, son los puertos más considerables que marcan la línea de las costas. Los Vascos que las habitan son audaces navegantes, excelentes marinos y, en ocasiones, formidables corsarios. Si quisiera esbozar la actividad, elegiría por asunto del cuadro, los puertos vascos. Una circunstancia que sorprende a los viajeros es que las mujeres se ocupen de la carga y

descarga de los navíos. Se sentiría pena al verlas soportar fardos pesados si su porte ligero, sus diálogos espirituales y sus risas alocadas no anunciaran que el cansancio no puede abrumarlas. He visto a menudo dos muchachas de talla esbelta, las manos en jarras, sostener sobre sus cabezas el mismo fardo sin perder el equilibrio, y andar coquetamente de frente con paso ligero y cadencioso. La jornada termina con danzas. Los extranjeros no cesan de admirarlas y encuentran singular una vida tan sencilla. En todo país donde el hombre busca el peligro, la mujer se dedica alegremente al trabajo; y las Vascas se hallan familiarizadas con el uno y con el otro.

¡Ay!, los siglos pacíficos que siguieron a la expulsión de los Moros han terminado su curso en nuestras montañas. Los pueblos de Occidente se agitan, las convulsiones, revolucionarias se suceden con rapidez. ¡Los últimos días de, la tribulación han visto alzarse el sol de sangre, y las luchas por la libertad han empezado para los hijos de Aitor! ¿Cuál será tu destino, oh pueblo del *Agnus*? ¿La raza antigua del Sol deberá por maravillosa transfiguración elevarse a nuevo destino social, a una gran misión del futuro? ¿O la decisión fatal ha de pronunciarse contra la nación de los *Videntes*? ¿Esas últimas tribus tendrán ya que llevarse a la tumba las claridades agonizantes de las civilizaciones ibéricas y la santa imagen de la primitiva libertad? ¡No están tal vez lejanos los días en que los guerreros de los collados, diezmados por el sable de los Cagotes, irán vagabundos a sus peñas sin otro asilo que selvas sombrías y grutas subterráneas en que nuestros antepasados se refugiaron en tiempo de los bárbaros con sus armas sangrientas y sus banderas hechas girones!

(Continuará)